This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07586661 0

NPC

VIDA Y HECHOS
DE
ESTEBANILLO
GONZALEZ,
HOMBRE DE BUEN HUMOR

COMPUESTA POR EL MISMO.

NUEVAMENTE CORREGIDA Y ENMENDADA EN ESTA ULTIMA IMPRESION.

TOMO II.

CO LICENCIA:
EN MADRID: EN LA OFICINA DE RAMON RUIZ.
AÑO DE 1795.
Se hallará en las Librerías de esta Corte.

PROLOGO EN VERSO,

COMPUESTO

POR ESTEBANILLO GONZALEZ.

Lector pio como pollo,
O piadoso como Eneas,
O caro como el buen vino,
O varato qual cerbeza:
Señor en lengua Española,
Monsieur en legua Francesa,
Domine en lengua Latina,
Y Minheer en la Flamenca;
Yo, Estebanillo Gonzalez,
Que fui niño de la escuela,
Gorron de nominativos,
Y rapador de molleras:
Romero medio tunante,
Fullero de todas tretas,
Aprendiz de guisar panzas,
Sota-Alferez de vanderas:
Criado de un Secretario,
Marmiton de una Eminencia,

Barrendero, y niño Rey
De un Principe de la Iglesia:
Barbero de mendigantes,
Cirujano de apariencia,
Maestro de mancar brazos,
Y enfermero sin conciencia:
Mozo de plata de un Grande,
Alguacil de vara enhiesta,
Amparador de garduños,
Residente de las tretas:
Menino de un pretendiente,
Peregrino con cautelas,
Bubonero con engaños,
Brandevinero con tretas:
Mandadero de prisiones,
Vendedor de tabaqueras,
Complice de la temblona,
Trasegador de bodegas:
Nuevo peon de Albañil,
Joven faquin de mareas,
Moderno Pastor de cabras,
Tierno limpiador de cuevas:
Aguador con tres oficios,

Sirviente de la comedia,
Tonillero entre Españoles,
Soldado de sus Galeras:
Vendedor de agujas finas,
Rezador de coplas nuevas,
Picaro de la Marina,
Gavilan de la pesquera:
Navegante fugitivo,
Sinon de la gente Hebrea,
Inventor de lamparones,
Page de rumbo y librea,
Mercadante de Millares,
Don Monsieur de la Alegreza,
Torvellino de Provincias:
Cosario de todas levas:
Sentenciado á ser racimo,
Mondonguero de plazuela,
Patron del mal cocinado,
Faraute de todas lenguas:
Zurcidor de agenos gustos,
Trainel de toda braveza,
Mandil de toda hermosura,
Casamentero de á medias:

Cocinero de portante,
Tratante de hierro á secas,
Valiente sobre montañas,
Gallina en campaña yerma:
Pastelero de caballos,
Gorgotero de á dos cestas,
Destilador á el Aurora,
Y vivandero á la siesta:
Mosquito de todos vinos,
Mono de todas tabernas,
Raposa de las cantinas,
Cuervo de todas las mesas:
Grande de España en cubrirme
Caballero en preeminencias,
Hidalgo de todas chanzas,
Infanzon de todas muecas:
Menor criado de un Duque,
Que es el Marte de la guerra,
El Achiles en las Armas,
Y el Alcides en las fuerzas:
Entremetido burlesco
De un Infante; cuyas huellas
Entre Alcatifas de luces

Pi-

Pisam tapetes de Estrellas:
Gazeta comun de todo,
Postillon de buenas nuevas,
Correo de Magestades,
Y Embaxador sin grandeza:
Enamorado y zeloso,
Siendo á costa de mi hacienda
Asistente de Xarama,
Y hombre bueno de Cervera:
Con gota por mis pecados,
Por mi gran culpa Poeta,
Y por mi desdicha Autor
De historias y de tragedias:
De parte de Dios te pido,
Amigo Lector, que leas
Hasta el fin aquestas burlas,
Pues van mezcladas con veras.
Pues en ellas hallarás
Donayres, chistes, destrezas,
Enredos, embustes, flores,
Ardides, estratagemas,
Quietudes, sosiegos paces,
Temores, recelos, guerras,

Vic-

Victorias, aplausos, triunfos,
Pérdidas, desdichas, penas,
Suertes, venturas, bonanzas,
Combates, males, tormentas,
Ingratitudes, mudanzas,
Amor, lealtad y firmeza.

Y si te cansa vida tan molesta,
Quando tu escribas otra, dí mal desta.

VIDA Y HECHOS

DE ESTEBANILLO GONZALEZ,

HOMBRE DE BUEN HUMOR.

CAPITULO I.

En que declara la vuelta que dió á los Estados de Flandes sirviendo de correo: y lo que le sucedió en el socorro y batalla que dió su amo en Tionvila: y de como fue recibido en el servicio de su Alteza Serenísima el Infante Cardenal; y otra mucha variedad de sucesos.

Mi amo, que siempre andaba solícito y cuidadoso en el servicio de su Magestad Católica, partió de Viena el primer dia de Quaresma á los Estados de Flandes, con un nuevo socorro de lucido Exercito; y yo me quedé en Viena á cobrar los gages de

haber alegrado á los Alemanes, y entristecido á los Hebréos, y mas los donativos competentes á mi oficio. Dióme su Magestad Cesarea una cadena de oro, y otra el Archiduque Leopoldo su hermano, y otra el Principe Matias, sin otras dádivas de Titulos y Señores. Al tercer dia de mi ocupacion, y recogimiento de preseas, me envió el Marqués de Castañeda (que estaba en aquella Corte por Embaxador de España) por correo á los Países Baxos, con un despacho de su Magestad Católica por su hermano el Serenísimo Infante Cardenal. Quando me ví entronizado en tanta altura, olvidandome de todos mis oficios y beneficios, como no puede decir, de page vine á Marqués, como Don Alvaro de Luna: dixe, de bufon vine á correo, que fue el primer escalon. Hice tan buena diligencia, que ensanche mi fama, y quedé opi-

opinado por persona de confianza. Holgóse mucho su Alteza, quando me vió tan abanzado, y supo con la brevedad y cuidado que habia traído el despacho: por lo qual toda aquella campaña exercité el nuevo oficio de andar al trote, volviendo otras dos veces á Alemania, á Lorena, á Lucemburgo, á las fronteras de Francia, y al Exercito que traía mi amo para socorrer á Tionvila, llevando despachos, zangoloteando postillones, y desorejando postas. Quiso mi ventura, que me hallé con mi amo al tiempo que, hecho otro segundo Dios de las batallas, la venia á dar al Exercito de Francia, que nos tenia sitiada y oprimida la dicha Villa. Supliquéle, en albricias de la victoria, pues yo la tenia por cierta, por ir el Hercules de Florencia á socorrer la combatida Troya, que en acabando de despachar á la otra

vida al Exercito contrario, me enviáse á llevar las nuevas á su Alteza. Respondióme: Señor Estebanillo, vuesa merced es hombre muy diligente para correo, y muy cobarde para estas ocasiones: y asi, supuesto que sé yo que no ha de pelear, y que ha de hacer lo mismo que hizo en Norlinguen, segun me han contado, yo le concedo lo que me pide: y asi pongase en otra montañuela, y si viere que Dios fuere servido de darme victoria, vaya á darle aviso á su Alteza, que yo sé que ganará mas en ello, que en buscar rendidos despojos. Yo, estimando la merced, y tomando su consejo, por no ponerme en contingencia de que pasáse detrimento el viage que esperaba hacer, me subí en una montaña, á dos leguas de ambos campos, á tiempo que cerrando mi amo con el del enemigo, obrando prodigios de valor, y

portentos de bizarría, lo deshizo, venció, y arruinó, quedando la Villa libre, y la campaña por suya, hecha toda ella un cimenterio de finados. Viendo, pues, que nuestro valeroso Exercito (en virtud de llevar tan heroyco é invencible General) apellidaba la victoria, y abanzaba al desvalijo, baxé de mi revelado Olimpo, á llevar la dichosa nueva á su Alteza: mas encontrando en el camino á un vivandero de los nuestros, socolor de apagar el polvo que habia cobrado en la batalla, fingiendo haberme hallado en la primera embestida, bebí de tal modo, celebrando el valor de mi amo, y brindando á su salud, que dentro de un quarto de hora me hallé con mas gana de dormir, que no de correr postas. Pero animandome lo mas que pude, por codicia de ganar las albricias, con estar aturdido, y medio fuera de mí,

con ayuda de un vivandero, y de un amigo mio que le estaba acompañando, volví á subir á caballo; pero en ocasion tan desgraciada, que tirando la Villa un cañonazo (quizá por salva de la victoria, pues vino acompañado de otros muchos) con pasar la bala mas de una legua de mí, fue tanto el pavor y sobresalto que recibí, que pensando que me habia hecho pedazos á mí, y á mi caballo, me dexé caer de él, tan desatentadamente, que dando con todo el cuerpo una grande caída en tierra, me lastimé con la punta de un desgajado baston una pierna, y me salieron de ella algunas gotas de sangre, las quales, al instante que las llegué á ver, y á sentir el dolor, tuve por cosa cierta, que el cañonazo me la habia hecho menudas hastillas, y empecé á dar voces, que atronaba toda la campaña, diciendo: Jesus, que me han

han muerto: confesion, confesion; á cuyas lamentables quexas acudió el vivandero y el conocido amigo, é informandose de la causa de ellas, les certifiqué haberme hecho pedazos la pierna una vala de artillería de las que habia tirado la Villa. Ellos, que habian oído el estallido de los rigorosos bronces, y veían los extremos dolorosos que yo hacia, y una poca de sangre que campaba en el nevado campo de la calceta, lo creyeron de tal suerte, que llevandome en peso entre los dos, me metieron en el carro, y me llevaron á la victoriosa Villa. Buscaronme una buena posada; y porque vieron que iba necesitado de sueño, por lo mucho que habia bebido, me recostaron sobre una limpia cama; y dexandome sosegar, se salieron en busca de un Cirujano, para que me curáse. Tardaron mas de quatro horas en volver

á la posada, por haber hallado todos los Cirujanos ocupados en curar algunos heridos de los nuestros, y de los muchos prisioneros que se habian hecho. En cuyo término desistí los vapores de la cabeza, y quedé libre del dolor y borrachera. Y estando durmiendo despacio lo que habia bebido de prisa, entraron en mi aposento mis enfermeros, y un venerable y barbaro Cirujano, con media docena de Platicantes, que al olor de haberle dicho que tenia muy linda china, y que era criado del victorioso General, me venia á curar de ostentacion. Al instante que llegaron, aligerando todos á un tiempo de capas y sombreros, empezaron á destripar estuches, á limpiar sierras, y á afilar navajas, hacer hilas, y á romper paños, haciendo capirotadas de huevos, y cocimientos de vino. Al tiempo que estuvo todo á punto, mandó

el

el tal Maestro que me despertasen, para ver la cura que requeria el destrozo de la bala. Y habiendolo yo hecho (aunque no con mucha facilidad, porque estaba en lo mejor de mi sueño) me senté sobre la cama, y quedé medio escandalizado de vér tantos cuervos con herramientas de hacer anatomía. Díxome el Maestro, que descubriese la pierna, para reconocer el golpe, y aplicarle el remedio conveniente. Yo, sonriendome, como quien ya tenia su juicio cabal, la eché con brevedad al ayre, y haciendo el Cirujano acercar una vela encendida, y poniendose apresuradamente unos cristalinos anteojos, le dió una atenta miradura de alto á baxo, y un sobado de dedos, que parecia que maduraba brebas. Pero hallandola toda sana y buena, sin tener otra lesion, mas que un pequeño rasguño, me dixo muy atufado,

y

y medio corrido: ¿Vuesa merced acaso hace burla de mí, pues me envia á llamar para curarle sus heridas fingidas y fabulosas? Respondíle: Vuesa merced me ponga en el estado que estaba quando lo envié á llamar, y echará de vér, que quando la herida no fuese verdadera, por lo menos me lo parecia: pero porque no se quexe de mí, ni diga que ha trabajado en valde, tóme esta pieza de á ocho, para que no salga de aqui lo que ha sucedido, y haga cuenta que me ha echado media docena de estopadas. Recibió el dinero, y riendose él, y la chusma de oficiales, nos desocuparon el aposento. Fui á visitar á mi amo, á quien dí el parabien de la victoria, y le conté la causa de no haber llevado la nueva de ella á su Alteza Serenísima, y lo corrido que habia quedado el Cirujano, quando me habia hallado aun sin señal de he-

herida: lo qual fue añadir á una alegría otra alegría, y á un gusto otro gusto. Salí á recorrer la campaña, para ver donde habia mi amo emprendido tan gran resolucion, obrado tan grande hazaña, y ganado tan gran renombre: halléla toda cubierta de cadaveres sangrientos, que movian á piedad aun á los mismos homicidas. Ví una multitud de prisioneros, adonde, demás de estar en ellos la mayor parte de la nobleza de Francia, estaban sus mas valientes y animosos Soldados. Enseñaronme la gran copia de vencidas vanderas, mostraronme la gran suma de sus rendidos estandartes, la grandeza de su artilleria, y la riqueza de sus despojos. A este tiempo mandó mi amo retirar las piezas y municiones á la Villa (la qual, como á su libertador, le aclamaba y aplaudia, dandole, trás infinitos parabienes, infi-

finidad de agradecimientos) y llevar todos los prisioneros á Brusellas. Y despues de haber hecho hacimiento de gracias al Señor, cuya mano poderosa es la guia de todas las victorias y prosperidades de este mundo, le dió aviso por entero á su Alteza Serenísima, con cuya victoriosa nueva se alegraron todos los Países, y tocando la trompa su invencible fama, se acobardaron los estraños, y se animaron las plumas, por tener tan valeroso asunto los no apasionados Coronistas. Y habiendo hecho enterrar todos los difuntos, y curar los heridos, y refrescar su Exercito, se entró á tomar algunas Villas de la Francia, molestando sus fronteras, y poniendo horror á toda aquella Provincia. En cuyo tiempo, en premio de tantos y tan reales servicios, y en recompensa de tantos socorros y hazañas victoriosas, le envió su Real Ma-

Magestad la merced y titulo del Ducado de Amalfi, Estado que fué de sus ilustres progénitores, y restauracion de tan valeroso soldado. Hizo aquel dia mercedes á todos sus criados, y demás de ser yo uno de los favorecidos, me prometió dar en el dicho Estado, con que pudiese descansar y vivir en marchitandose la flor de la juventud, y llegando á los umbrales de la vejéz. Yo acepté la promesa, como aquel que no sabia el fin que vendria á tener, ni el estado en que me hallaria en aquella edad: y pues *no hay plazo que no llegue, ni deuda que no se pague*, y es refran Italiano el asegurar, que *ogni promesa é debito*; tengo por cosa cierta, y por caso asegurado, como quien tambien conoce su generosidad, que si Dios me dá vida, veré este plazo cumplido, y esta deuda pagada. Y por aumentar el regocijo de tan alegre

gre dia, y darle á mi amo muestras de agradecimiento; compuse un Soneto en su alabanza, no conforme á su gran merecimiento, pero por lo menos harto trabajado, por declarar sus primeras letras su gloriosa estirpe de Aragon, por cuya atencion y hazañas notorias se le habia hecho la merced; y en las letras de en medio el nombre de su Ducado; en las ultimas lineas los atributos tan debidos á su persona, y tan conocidos en la Europa; el qual, si no me he olvidado, decia de esta manera:

Guerrero insigne,	Ilustre y	Poderoso,
Laureado de	Daphne por	Prudente:
Onor del Orbe	Ulises	Eminente,
Romano Cesar,	Que triunfó	Animoso:
Iris de Flandes,	Vencedor	Famoso:
Alexandro sin par,	Hector	Valiente,
De cuya fama,	Dulce y	Resplandeciente
Está el Imperio	Sierno y	Victorioso:
Atlante en fuerza,	Aquiles	Aplaudido,
Mayo en la guerra,	Marte en ser	Soldado,
Anibal de Cartago,	Amon	Temido,
Gloria de Siena,	Tauro	Venerado,
Onor de	Flandes, donde sois	Querido,
Norte de	Italia, donde sois	Amado.

Contentóle á mi amo la novedad de

de la curiosidad de la compostura; y aunque no creyó que los versos fuesen hijos de mi ingenio, se satisfizo de mi grande voluntad. Despachóme por la posta en busca de su Alteza Serenísima, á llevar ciertos pliegos de importancia: y dando tres higas á Atalanta, y quatro á los irracionales partos del Betis, le hallé en Esteque: el qual habiendo recibido los despachos, tuve, demas del premio, el tenerme siempre en su gracia. Alli fui bravamente favorecido de los Señores del País, porque como yo les contaba todo el suceso de la batalla, y como me veían en servicio de tan esforzado y valeroso General, y amparado de un Principe, hermano de un Rey de España, se inclinaban todos á hacerme mercedes, y yo á recibirlas. Marchó despues de lo referido su Alteza la vuelta de Dunquerque, por estár aguardando la Ar-

Armada, que venia á cargo de Don Antonio de Oquendo, y de Don Andrés de Castro: Determinéme á irle acompañando, por lo que se me pegaba, y porque sabia que gustaba mi amo de ello. Llegamos á aquella pequeña Villa, que por ser grande en valor, es terror de Olanda, y opresion de las demás Armadas enemigas; cuyos invencibles Baxeles, siendo ruina y destruccion de las Flotas Olandesas, son los que abasten y enriquecen estos Países. Llegó la referida Armada con mas grandeza que gobierno, y con mas velocidad que ventura. Salióla á recibir la Olandesa con menos fuerzas, y mejor disposicion; y al tiempo que se empezaron á pelotear, no agradandome aquel juego de requeta, por no llevar algun pelotazo de barato, estando en tierra, y las Armas dos leguas á la mar, dexando á su Alteza

za Serenísima en campaña, me fui á la Villa, y me entré en una cantina, adonde se vendia cerbeza, por si acaso diese algun cañonazo en su edificio, no me pudieran empezar sus obras muertas: y pidiendo cerbeza, cosa que jamás habia probado (porque me dexasen estár en ella), estuve bebiendo toda una tarde potes de purgas, por no recibir recipes de píldoras Olandesas: y con hallarme las tripas encharcadas como rana, no tuve ánimo para salir, hasta tanto que cesó el ruido de la refriega, y me aseguraron haber dado fin la disputa de las dos Armadas. Entró el proceloso Invierno, coronandose los montes de escarchados turbantes: vistiéronse las sierras de tersas alcandoras, y el tirano de las flores, y vandolero de las hojas, asaltó el bosque, y combatió la selva. Volvió el Leon Español á su leonera, y yo,

como oso colmenero, le fui acompañando, para lamerme los dedos en la cueba de la Corte. Al cabo de mucho tiempo marchó mi amo el Duque de Amalfi con su Exercito la vuelta del Imperio, por orden de la Magestad Cesarea, habiendo enviado para conducirlo al Conde de Lesen. A esta ocasion me sobrevino una tan rigurosa enfermedad, que me obligó á no poder seguirlo, y á quedarme en Brusellas. Publicóse mi dolencia por toda la Villa, por lo qual me venian á ver muchos amigos y conocidos. Visitabanme los mejores Doctores, serviame con mucha puntualidad la huespeda de la posada, asistianme las criadas, y regalabanme los vecinos. Faltóme el dinero, añadiendose á una enfermedad otra: presumo que es mucho mayor la de la bolsa, que la del cuerpo. Faltaronme á un mismo tiempo amigos y conocidos, Doc-

to-

tores, huespeda, criadas y vecinos: con que me desengañé, que aquellas visitas no se hacian por ganar una de las obras de misericordia, ni por vér á Estebanillo, sino á la fama de mi dinero, y para ser esponjas de él. Este exemplar me ha hecho conservarlo el tiempo que lo he tenido, aunque en ello he ido contra los preceptos y reglas de mi profesion. Y porque con razon se diga, que *cosa mala no se muere*, tuve entera y cumplida salud en muy pocos dias: y hallandome convaleciente, fui á visitar á su Alteza Serenísima, y á pedirle licencia y ayuda de costa para ir á buscar á mi amo: el qual, no consintiendo que me fuese á Alemania, me mandó quedar en su servicio. No repliqué á esta proposicion, por verme muy débil para ponerme en camino. Y por lo bien que me estaba, entré á servirle con muchísimo gus-

to, y aunque mi oficio no era jurado, tiraba racion cada dia, y provechos cada hora. Aqui fue donde se me infundió un abismo de gravedad, viendo que de bufon de una Excelencia, habia llegado á serlo de una Alteza Real: y como otros dán en querer perros, monos, y otros diferentes animales, dió su Alteza en quererme bien (que *hay hojos que de legañas se enamoran*: y como hay hombres de bien con poca dicha, hay picaros con mucha suerte) y mostrarlo en mandarme hacer muy ricos y costosos vestidos. Gustaba de llevarme á la caza á caballo, y en sus coches, quando salia á tomar descanso del peso de su gobierno, y á dár alegría á sus súbditos, y regocijo á la Corte; en cuyo apacible estruendo, y sonoroso ruido me hallaba como el pez en el agua, ó como el aceyte sobre ella. Tocóme la desvanecida por línea

nea de presuncion, por verme favorecido y premiado; y como tal, solo trataba de la comodidad de mi persona, aseo y regalo de ella. Y para que se entienda el mal tiempo que gozamos, hubo mas de quatro pares de presumidos, que llegaron á tenerme envidia, y procurar que cayese de la privanza, sin advertir que no era yo segundo Ruy Lopez de Avalos, sino un pobre Caballero alegre, con quien gustaba de entretenerse un Principe, y que ellos, si querian usar mi oficio (pues tanto lo envidiaban) lo podian hacer, y se hallarian tan favorecidos, como me juzgaban. Viendome cargado de tantos émulos, traté (por si acaso de la próspera llegáse á la adversa) de hacer recluta de doblones, que son los amigos del alma, y regaladores del cuerpo; para lo qual hice una lista de todos los Principes, Duques, Condes, Mar-

queses, y Barones del País, llenando un pliego de la letanía de sus nombres, con anotacion al márgen (en lugar de *Ora pro nobis*) de las calles y Palacios en que vivian, y conforme la lista, los iba visitando, al tiempo que estaban sobre la tabla, por ser propio (demás de gozar yo de muchos regalos) de hacer los Señores mercedes, porque á las mañanas se levantan mustios y desabridos, y á las tardes se hallan enfadados de negocios, ó fatigados de acreedores. Hallaba en los Señores referidos tanta liberalidad, magnificencia y obstentacion, que echaba de vér, que ni habia otra Flandes en el mundo, ni otra generosidad en la Europa. Iba por mis turnos cogiendo la ofrenda, y agradeciendo el beneficio. El dia que me hallaba melancólico no visitaba á nadie, porque fuera contra razon ir á buscar quien me alegráse, sien-

siendo mi oficio alegrar á todos; ni entrar pensativo y murrio, quien iba á pedir dineros, sin llevar prendas de oro, sino una poca de parolina. Llegóse el tiempo de las Carnestolendas, y yo, por agradar á su Alteza, y alegrar á todos los Señores de la Corte (por el bien que me hacian) saqué un carro triunfal muy compuesto y adornado, y dentro de él una docena de bebederos escogidos á moco de candil: que con ser tan buenos despaviladores, quedaron á la noche de moco de pavo. Llevaba una redonda mesa, donde los doce comian pan, muy explendida de fiambres y cecina salada, y dos botas de cerbeza, para apagar los apetitos de la carne. Representaba yo el zambo mayor de aquellos doce monos, teniendolos instruidos á mis ordenes y mandatos. Iba en cabecera de mesa uno, que por ser tan amigo de Baco, lo

representó aquella tarde muy al vivo. Iba desnudo en cárnes, y con una guirnalda de hojas de parra contrahechas, que le ceñia toda la cabeza, y otra enramada de las mismas hojas, que le tapaba las pertenencias y bosques de la baxa Alemania. Iba sentado sobre una bota de vino, y por ser tiempo de Invierno, y tierra no muy acomodada para triunfar en carnes, con tener asiento cálido de vapores, y con ir menudeando jarros de su tridente, iba tan de Baco hibernizo, que mas parecia alma penando en Sierra nevada, que pellejo encima de tonél. Llevaba cada uno de los de mi quadrilla, en lugar de cifras y cañas, un gran vaso en la mano derecha lleno de cerbeza, y en emparejando con qualquier coche de Damas ó Señores, les brindaba yo á su salud, y mis compañeros á un mismo tiempo y compás (sin saber

pun

puntos de solfa) empinaban los codos, y hacian la razon. Llevaba de mas á mas otros tres criados, el uno, para que fuese sacando la cerbeza de los toneles, y los dos para que fuesen hinchendo las tazas que se iban vaciando; con tal cuidado y puntualidad, que jamás pareciamos virgenes locas, porque siempre estuvieron llenas las lámparas, y las orejas encendidas. Dimos tres ó quatro vueltas al tur, bebiendo á tantas saludes, que padecieron detrimento las nuestras; y quando ya iba el aduar cuesta abaxo, y nos hacia el vino, y la señora doña cerbeza, á unos estár de *Asperges me Domine*; y otros de *Humiliate capita vestra*, acertó á pasar su Alteza, y haciendole todos una salva Real de tragos puros y refinados, nos fue forzoso salir rendidos, habiendo entrado triunfantes. Cayó nuestro Desnudo Baco de la es-

esfera de su ronél encima de la mesa de la comida, y echando abaxo tablas, jarros, platos y vianda, se puso en postura de paciente en espera de ayuda: acudimos todos á ayudar á levantar á nuestro Xefe, y demás de no poder conseguir nuestro deseo, nos quedamos de paso de Judios de la resurreccion sin poder ninguno levantarse del puesto. Viendo los carroceros que llevabamos, que habiamos dado fin á los toneles, y á la representacion, y que todos habiamos caído sin ser Faetónes, y que por ser á vista de todo un Pueblo, nos empezaban á tirar lagrimas de Moysés (quizá porque pasára yo el martirio de mi Santo, aunque lo sintiera mucho menos) dandole rienda á los caballos, nos sacaron del paseo bien acompañados de silvos y voces. Nos llevaron á una posada que tenia yo fuera de Palacio, y como quien descar-

carga pellejos de vino de carro Manchego, nos fueron poniendo en tierra, tan domésticos y pacíficos, que ninguno meneó pie ni mano. Baxaron á mi helado Baco, y á puros azotes de los carroceros, y de un concurso de muchachos que se habian juntado, le volvieron toda la frialdad en calor. Era tanto el tumulto de la gente que iba acudiendo, que tuvo por bien la patrona, por vér desembarazada la puerta, y por saber qne habia de quedar satisfecha (por ser yo el Autor de aquella danza) de entrarnos adentro, y tendernos en un patio, á que nos diese el sereno. Alli pasamos la noche, sin picarnos pulgas, ni inquietarnos mosquitos, ni despertarnos gallos. Venida la mañana, volví en mí, y me hallé harto molido el cuerpo de la cama de losas, en que habia dormido. Contemplé la parva lobuna, que cogia todo

el distrito del patio, y á mi amigo y compañero Baco en medio de ella en cueros (metido entre cueros) y roncando mas y mejor. Despertélos á todos, y pagandoles su jornada de racion y representacion, y habiendo contentado á la huespeda, me fui á Palacio á esperar que su Alteza se levantára, para que por mayor me pagára los gastos de la fiesta, y la salva real que se le habia hecho: porque se reiría el mundo de mi, si despues de haber bebido dos botas de cerbeza, y una de vino, y dormido una noche al sereno, por el mes de Febrero, y en Flandes, fuera condenado en costas. En efecto alcancé aun mas de lo que pretendia; porque yo siempre pedia como criado de los mas pequeños, y su Alteza me daba como Principe de los mas grandes. Determinéme, por razon de estado, ó por satisfacer al vulgo de la sospe

cha que de mí tenia de lo de la prision de Rupelmunda, ó por mejor decir, por andar al uso como los demás, de tener un poco de quebradero de cabeza, con entretenimiento de galantéo. Aficionéme de una doncella de su señora, y Dama de dame, labradora en el aséo, y cortesana en guardar fé. Tenia pocos años, y muchas astucias. Traía todo su dote y ajuar acuestas, y el testamento en la uña. Servia (por ser huerfana, y por estar en parte recogida) á una tia suya tabernera, adonde yo tenia conocimiento y entrada los ratos de mi ociosidad. Puse los ojos en la tal polla, y pareciendome que estaba ya en edad de poner huevos, la dí un dia un pellizco tan apretado como el amor que la tenia, y ella me pagó la lisonja con una coz tan desigual á su adamadura, que malos años para la mas briosa yegua. Y como es muy pro-

propio de pollinos el hacer el amor á coz y bocado, no estrañé el son de la castañeta. Entróse ella en su aposento muy enojada de mi atrevimiento, y yo me quedé en el portal muy alegre, por el favor de su coz. Huía de alli adelante de mí, como del demonio, y no tenia poca razon; porque es muy fuera de las leyes del interés, entrar enamorado con las pertenecientes á Cupido: porque ni Lucrecia tomára el acero, ni Porcia pildoras de brasas, si sus pretendientes hubieran entrado en pluvias de oro, y no en torbellinos de conceptos, dando, en lugar de galas, pesadumbres; y pidiendo, en lugar de favores, celos, hinchendoles la cabeza de ayre, y los cofres de Sonetos, como si fuese mercancía, que se halláse sobre ella para los forzosos gastos. En efecto, viendo que no llevaba bien los dedos para organista, y que galan-

lanteaba al tiempo antigüo, y que en el presente no hay Elisas, Heros, ni Tisbes, y que es mas estimado el relox que dá, que no el que señala, le envié un buen regalo á mi señora Dulcinéa con un criado mio, retrato de Sancho Panza, y un amoroso billete, dandole á entender mi pretension. La tal bobilla, como habia sido niña de muchos Gomez Arias, y de aquellas *nunca en tal me ví*, agarró la dádiva, recibió el recado, y remitió el decreto para la consulta de su tia; dandome licencia, para que en achaque de entrar á apagar la sed del cuerpo, entráse á mitigar el calor del alma. Desde aquel dia empecé á menudear en las visitas, y desde aquella hora comenzó la corderilla á pelarme, y la tia á desplumarme. Diome por primer favor una rosa de listón, diciendome, que me la pusiera en su nombre, porque era

el

el primer galan que habia dado. Yo le dixe: Reyna mia, el galan yo lo soy, y me vengo á entregar á la prision de los ojos que me han cautivado: Damas son las que busco, y no galanes: nómbrese Vmd. por mia, é irán las cosas derechas, pues tendré yo Dama, y vuesa merced galan. Agradóle á la tia el discurso, y agarrandome la cinta, dixo: El señor Esteban tiene razon, que á las Damas se han de dar galanes, y á los galanes Damas: y por derechos de esta sentencia me quedaré yo con este favor, que no faltará ocasion en que emplearlo. Llegó nuestro amor tan adelante, con el curso del tiempo, que nos miraban con cuidado los Cofrades que acudian á la Hermita, y que nos murmuraba el barrio y la vecindad: y porque no perdiese por mí su buena reputacion, que era reputada por doncella, sin ser piado-

so

so Enéas, la saqué una noche de aquella encendida Troya, y dí con ella en mi casa. No tuve á poca suerte (sino á gran milagro) el haberme librado del emplasto de su tía, por vér que jamás le dió para libros. Era tan melindrosa esta Dama, que no comia caracoles, porque tenian cuernos; pescado, porque tenia espinas; ni conejos, porque tenian colas. Desmayabase de vér salir un raton de su nido, y alegrabase de vér entrar una Compañia de Mosqueteros en el cuerpo de guardia. Comia en mi presencia por adarmes, y en mi ausencia por arrobas. Era enemiga de reclusion, y amiga de libertad; y con rebozo de melancolía, era celosia de la ventana, y umbral de la puerta. Recibia al principio muchas visitas, con achaque de primos: y por informarme yo, que todos los que la venian á visitar lo eran carnales, no

queriendo sufrir segunda vez las armas que me hizo poner el Principe Tomás, la metí en clausura, y tomé aposento sin ventana á la calle, y en calleja sin salida: no me faltó sino ponerle un torno, para parecer el celoso Estremeño. Dexábale, quando salia fuera, á mi criado, para que estuviese de centinela de vista, y que fuese espia de aquel campo; pero entiendo que esta Diosa lo adormecia como á Argos, ó que me servia de espia doble. Cantabame ella cada noche que venia á casa, aquella copla de *madre la mi madre, guardas me poneis, &c.* Iba todas las fiestas á Misa (y oía la de San Gregorio) y volvia á casa á hora de Completas: por lo qual dí yo en acompañarla, y ella en sentirse de llevar tan cuidadoso escudero. Perdiaseme de quando en quando, y al tercer dia, como ahogado, remanecia en casa de

su

su tía: por cuya causa estuve muchas veces determinado á hacerla pregonar, ó á ponerle un rotulo en las espaldas. Y aunque me hacia creer con lagrimas y juramentos, que por mi mala condicion se habia retirado á casa de su tia, y no habia salido un punto de ella, ni dexadose vér de persona; con todo eso no dexaba de castigarla, con tal rigor, que la pobretilla no se atrevió á hacerme mas falta, sino fue una sobra de voluntad, por un antojo que la dió de ser Capitana, pudiendo ser Real por lo velera y bien despalmada. Aficionóse tanto al son del parche, que despues de haber servido de page de gineta, hube menester orden de su Alteza para hacerle borrar la plaza, y que la volvieran á casa de su tia, fingiendo, que un Oficial conocido suyo se queria casar con ella. Cumplió la orden, y *al cabo de los meses*

mil, volvieron las aguas por dó solian ir: con lo qual quedó ella pesarosa, y la tia alegre, y yo celoso. Despiqueme en visitar tabernas, adonde entraba gastando largo, pagando adelantado, y haciendo muestras de centenares de doblas para opinionarme de rico, y cobrar credito para adelante: en habiendo hecho cargadilla, con dilaciones de trueques, y de hoy á mañana mudaba de quartél, y buscaba nuevo alojamiento, adonde hacia la misma embestida y la propia retirada; de tal manera, que en termino de un año no tenia credito ni retiro. Todas las huespedas me buscaban, pero yo no queria que me hallasen: salianme á recibir á sus puertas, quando pasaba por sus calles, y viendome perseguido de tanta demanda, y seco de hacerles tantas promesas, determiné de andar de alli adelante en haca de buen paso, y

sordo de ambas orejas. Fue muy provechoso á mi oficio el dexar el divertimiento de la Dama, y la ocupacion de las tabernas, para poder acudir con mas puntualidad al servicio de su Alteza, y al amparo de muchos Titulos y Señores, que cada dia me favorecian y remediaban. Y asi, despues de haber venido de campaña (que por no ser Coronista de guerras, ni tratar cosas de tantas veras, voy prosiguiendo con mis burlas) llegaron otras Carnestolendas, no tan heladas como las que refriaron á Baco, ni tan calientes como salimos sus compañeros. La codicia de la dádiva de su Alteza, y el deseo de alegrarle, me obligaron á trazar otra mascarada en otro carro como el pasado, pero con diferente asunto. Alquilé una cama con todos sus aderentes, y un jumento de buen tamaño, que no fue poca suerte el hallar-

lo en esta Corte, donde hay tanta falta y sobra de ellos. Hice aderezar la cama en la testera del carro, y meter en ella al pollino, amarrado de pies y manos á dos fuertes palos fixados para el proposito: cubrílo con una sabana muy delgada, y con una muy labrada colcha, y dexandole sola la cabeza de fuera, le puse debaxo de ella un cabezal, y dos almohadas de muy blanca pluma. Vestí á un compañero de muger, para que representando serlo del pollino, fuera lamentando el verlo enfermo, y en visperas de morir, la qual encubria debaxo del abantal un gran orinal con su vasera. Llevaba otro en habito de Barbero, con una cesta llena de ventosas y estopas, y un fingido oficial con una geringa, que podia servir de aguatocha para apagar fuegos. Iba yo vestido de Doctor, con una ropa de levantar, y un bo-

bonete de caer, unos guantes arrollados, y un gran sortijon de piedra de xaqueca, y chinelas terciopeladas. Llevé de mas á mas quatro violones sentados en la cabecera de la cama de nuestro afligido enfermo, y un pequeño tonél de cerbeza para que sirviese de orina. Con toda esta preparacion entré con mi carro en el tur ó paseo, al tiempo que todo lo brillante y lucido de esta Corte estaba en él, y en parandose alguna tropa de carrozas de Señores, ó Damas de calidad, empezaba la fingida muger á llorar en altas voces, enjugando las dolorosas lagrimas con las sabanas del cuitado. Tomábale yo el pulso con mucho reposo, pedia la orina, la qual me daba la afligida dueña con tristes suspiros: tomábala yo en la mano derecha, y con la izquierda me ponia unos anteojos, y mirandola, haciendo con ella muchos

espantos, y arqueando las cejas, alzaba el orinal, y de bote y voleo me bebia toda la orina, haciendo muchos ascos. Con los labios hacia señal al Barbero, para que le echáse las ventosas, el qual llegando á la cama, y sacando de la cesta media docena de grandes ventosas, le metia á cada una media libra de estopas, y encendidolas á la luz de una vela, se las iba pegando en el pescuezo, y del fuego de la estopa y pelo del jumento se levantaban una grande humareda, y olor de chamusquina. Con el dolor de la quemadura se alborotaba el enfermo, y dando embiones por soltarse, hacia entremecer la cama. Volvia la muger á gritar, y yo acallandola, y limpiandola con una rodilla de cocina, hacía señas al Barbero, que le quitáse las ventosas, y mandaba á lo mudo al oficial, que le echára la

ayu-

ayuda. Obedeciame con puntualidad, aunque no le echaba bodrio, por guardarla para mejor ocasion. Volvia á respingar el señor burro, á soltar tantos espumájos por la puerta de la dentadura, como presos por el postigo desdentado. Fingia un desmayo la bella malmaridada, y por volverla en sí, hacia al oficial que sacáse el sacabuche, y haciendo señal á los musicos, tocaban sus violones, con que dabamos fin á nuestra callada y lamentable representacion. Pasabámos adelante, y en encontrando otras carrozas de Titulos y Personas, á quien yo tenia obligacion, haciamos lo mismo. Sucedióños un cuento harto solemne en el discurso de nuestro viage, y fue, que saliendo hácia una parte de paseo, que está sin poblacion, en un pedazo de praderia, cerca de los muros de esta Corte, estaban dos pollinas en cintas,

men-

mendigandó un seco pasto, y quando nuestro doliente las vió, olvidando sus ardientes ventosas, y ayuda de camara ú de costa; empezó á alzar el cuello sobre las almohadas, y á dar unos rebuznos tan recios, que obligaron á la triste de su esposa, á trocar el llanto en risa, y á caerse todos los oyentes sobre los estrivos y testeras de sus coches, del mismo achaque. Fue tanto lo que se celebró la tal música, que en un instante pasó la palabra por todo el paseo, y todos me pedian, en acabando de vér la fiesta, que hicisse rebuznar al enfermo. Respondiales, que yo no entendia su lengua, y asi no me atrevia á suplicarselo; pero que fuesen por las dos burras, que podria ser que se alentára á servirles, y darles gusto. Solemnizaban la respuesta, prosiguiendo su viage, y yo el mio. Vine al cabo de hora y media á encontrar

trar la carroza de su Alteza, y mandando hacer alto á mi carro, volvia á hacer las mismas ceremonias, con mas gracejo que en las demás partes: porque demás de la puntualidad y presteza, nos ayudó el señor pollino, haciendo su papel en tal modo, que á mí y al oficial nos hizo llorar, y á su Alteza y á sus criados reir. Y fue de aqueste modo: que despues de haber hecho las ceremonias acostumbradas, llegó el diligente oficial con su flauta llena de agua fria (reservada para aquel paso) y alzando la ropa, y apartandole el dilatado mosquedador, haciendo puntería, le dió un flautazo, y le apretó los condutos de tal suerte, que dexó muy bien aguado el paciente, sin haberse desayunado: el qual, sintiendo la frialdad del regadío, y la borrasca de las tripas, como otros se echan con la carga, él se quiso levantar con ella,

ella, echando todo el resto de su fuerza; y al tiempo que el pobre Barberote le sacó la alatonada culebrina, le dió un cañonazo de sebo mascado, con tal violencia, y abundancia de tacos en medio del rostro, que le turbó la vista, y le engrasó toda la delantera del vestido: y quebrando las ligaduras de los pies, enseñaba las virillas Vizcainas, tirando zapatetas á pares, y truenos á docenas. Yo porque no peligrára mi estercolado geringador, pensando que me tuviera respeto por ser Doctor, me llegué á su merced, por volverlo á ligar, y á arroparlo, porque no se refriára; mas no atendiendo á las insignias de mi ropa y sortijon, ó creyendo que le habia errado la cura (como suelen hacer muchos parientes suyos) me dió dos pares de cocés, tan bien pegadas en la boca del estomago, que haciendome pedazos

el

el orinal, dió conmigo sobre las tablas del carro. Acudió el Barbero á limpiar á su oficial, la muger del llanto fingido á llorarme de veras, el asno á tirar respingos y cabriolas, y los musicos á huir de él. Su Alteza se moria de risa, y sus criados de placer. Siguió la carroza su comenzado paseo; y mis dos guiadores, viendo que nuestra fiesta habia acabado de tragedia, desligando las manos al pollino, lo levantáron del lecho á que convaleciera, y lo ataron á una parte del carro; y mandando á los violones que tocasen, salieron muy de espacio del paseo. Llegaron á la posada á tiempo que habia vuelto en mí, y apeandome, me llevaron á mi aposento, y me echaron sobre mi cama. Roguéle á la Patrona, que me cerrase la puerta, y que no dexáse aquella tarde á ninguno entrar á hablarme, porque me sentia muy malo. Hízolo

asi,

asi, y aquella noche, aunque me sentia quebrantado de las coces, me brindó de tal suerte al sueño la referida orina, que de un tiron alcancé la luz del venidero dia.

CAPITULO II.

Donde prosigue el fin que tuvo la referida mascara: la salida que hizo á campaña, quando se sitió Arrás: el chiste que le sucedió con un vivandero: lo que pasó á la retirada con su Dama, y la nueva campaña de Ayre: enfermedad y muerte de su Alteza; y su partida á Alemania en busca de su amo el Duque de Amalfi.

Apenas el hijo de Latona por el tur de su quarta esfera (embanastado en su carricoche) nos vendia alegria, en lugar de naranjada, quando los llantos y suspiros de una muger, y el estruen-

truendo y alboroto de una tropa de gentes, que subian por las escaleras de mi aposento, me inquietó, no con poco sobresalto, al oir sus confusas voces, y ver, que abriendo mi puerta, entraron á un mismo tiempo á darme los malos dias (pues no los pueden dar buenos, los que madrugan á pedir) la huespeda de casa, el ama del pollino, el dueño de la cama, los musicos y el Barbero. Lloraba con tiernas lagrimas la dueña del jumento, el haber salido su fingida enfermedad verdadera, y con duras razones me pedia le pagáse el valor de él, por causa de tener todo el pescuezo quemado, y andar desordenado de tripas, y estar inutil para servirle. Poniame por cargo de conciencia la tiranía que habia usado con animal tan donoso y humilde: jurabame, que á saber para el efecto que lo queria, que antes me hubiera dado un hijo suyo, que á su

que-

querido pollino; porque demás de verlo criado, era sus pies y manos, y quien le ayudaba á sustentar su pobre casa. Pediame el oficial el valor de su vestido, ó que le compráse otro nuevo, alegando, que por mi causa habia quedado el suyo de manera, que no solo no se lo podia poner, pero ni llegar con media legua á la parte donde se lo habia quitado, por los aromaticos olores que de sí expelía. El camero decia, que era cosa de gentiles lo que habia usado con él; pues su cama hecha para descanso de Christianos, le habia hecho lecho de animales, y que estaba resuelto á no recibirla, por estar medio chamuscada, y llena de operaciones sardescas. Los musicos pedian su jornada, y la huespeda su quebrado orinal. Consideré, que todos tenian razon, y concertéme con ellos lo mejor que pude, por no tener ruidos por cosa tan justa.

ta. En efecto, todos partieron contentos, y yo quedé harto triste, de apartar de mi lado las doblas, á quien habia dado eterno sepulcro, y en hallarme algo lastimado de las coces del enfermo, y tener que pagar el alquiler de la ropa de Doctor. Por saber que la buena diligencia es madre de la buena ventura, me levanté á dar modo de recuperar el gasto de lo pasado. Y porque su Alteza no me dixera, que lo iba á executar de contante, y que lo regocijaba á fuerza de interés, tomé la pluma, invocando el auxîlio de las nueve (estando la vena pronta, por estar en ayunas) le compuse un Soneto, dandole el atributo de, *el Señor Infante Principe invicto*; para que sirviese de acuerdo de la fiesta, y de anticipacion á la paga. Advierta el Lector, que la ene de una linea sirve de eñe, que no le habia de dar á su Alteza renombre de

Nau, y que demás de ser licencia poëtica, es libertad bufonica: Decia de esta manera:

El que dará á su
Lauros ganando, y
Siendo al mundo
Excede á Grecia, dando
Numa en la paz, y
Otro de Europa,
Rayo de luz:
Iris argenta, quando
Nunca vencido,
Felice siempre, y con
Angel divino,
Nadie ignora su fama,
Tú, Lector, si por
Esas dos
Patria eterna hazaña
Rayos expeliendo:
Inmortal, pues que vencien-(do
Nombre á España:
Giro en la campaña,
Y Felix renaciendo.
Pues atomos vertiendo
Estrellas baña:
Y centro de venturas,
Nacer muy hombre,
Y Sol de las criaturas.
Y su renombre:
Torpe conjeturas,
Orlas te dirán su nombre.

Agradóle á su Alteza, por parecerle compostura dificultosa, y demás de quedar en opinion de entendido, conseguí mi pretension, agradeciendo á las Musas la brevedad de mi despacho.

Volví á hacer paces con mi ingrata Dulcinéa, dandome de nuevo mas sustos que los pasados, y algunos madrugones. Quando me veía cargado de chola, y en oficio de siete durmientes, se le daba de mi amistad

tres

tres caracoles; y yo de su amor, quando despertaba y la hallaba ausente, tres rabanos. Con estos pleytos ordinarios, y con este extraordinario sobrehueso, anduvimos alborotando posadas, é inquietando barrios todo aquel Invierno. Llegó la Primavera, y á la mitad de su florido curso, salí con su Alteza á campaña con un lucido Exercito. Llegamos á la vista de Arrás, con intento de socorrerla, por tenerla sitiada cerca del campo Francés. Habia oído decir á su Alteza, que aquel dia no se habia de preservar su persona, ni la de ninguno de sus criados de entrar en la batalla, si la presentaba el contrario, ú de embestir con él en sus mismas fortificaciones. Estas palabras infundieron en mi casi cadaver cuerpo un miedo tan intrinseco y helado, que ya me parecia que el tronitoso bronce fulminaba sobre mí sus carniceros estra-

gos. Fuime deslizando de las Marciales Tropas, trayendo los achaques por los cabellos. Culpaba el caballo de floxo, y las cinchas de apretadas, á la brida de corta, y á los estrivos de largo; y por mas que me procuré quedar atrás, siempre tomé compañeros: Anduve montaráz, hasta que otro segundo yo (que se habia retirado herido de la flecha de Baco) me dixo, que se habian mudado los votos, por serenarse los primeros impetus, con que sacudí mis ultimos temores. Ofrecióse de ser mi lucero, inquiriendo adonde pudiesemos refrigerar los macilentos miembros, tan trémulos con el miedo, como fragiles con la gazuza: discurrimos los conocidos tabernaculos del trago, penetrando los límites del quarto de la salud, y los hallamos tan desiertos de refrigerio, como poblados de quien lo buscaba. Aqui fue adonde dí al diablo

blo la guerra, y adonde tuve por insensato al que tiene con que pasar en la paz, y viene á buscar picos pardos, y entre abismos de descomodidades anda solicitando su muerte. Fue tan general la ambre que se pasó, que para poder exágerar, basta decir que llegó á mí, que quando le falta á uno de mi oficio, que es perro de todas bodas, y registro de todas mesas, muy de rota va el negocio. Llegamos una tarde á hacer frente de vanderas cerca de un pequeño Village, desamparado de sus moradores. Y teniendo noticia, que un vivandero traía medio saco de pan y dos jamones cocidos, y que por tenerlos reservados para él y su familia, no queria, por ninguna cantidad, socorrer á los mas amigos y conocidos suyos: traté de que alcanzáse la industria, lo que no podia la fuerza del dinero: y compelido de la hambre, le acechè y aondé mas de

una hora por el contorno de su tienda, desde adonde columbré, que como hombre experto y cuidadoso de aquello que tanto le importaba, tomó una pala, y haciendo un profundo hoyo á una parte de la tienda, metió en él el referido bastimento en dos sacos mediados, y cubriendolo con unas tablas, hizo encima su cama, y se acostó (á mas no poder) con su muger y criaturas. Yo, que atentamente estaba mirando por la vislumbre de la tela y resplandor de la luz el mal lance que habia echado, me quedé mas avergonzado que triste, por haber blasonado delante de muchos Señores, que le habia de dar asalto á su guardada provision. Al tiempo de quererme retirar de la parte donde habia estado sirviendo de atalaya, ví que la tienda habia estado arrimada á una zanja, que servia de division y atajo á una acostumbrada vereda, y de im-

pe-

pedimiento de poder pasar gente de á pie ni de á caballo por ella; y por causa de tener mas bien guardada su ropa, y que le sirviese de foso y trinchera, habia puesto el redomado vivandero su tienda en aquel sitio. Pero como no hay cosa que mas avive y sutilice el ingenio que es la necesidad; se me ofreció á la idéa un ardid, con que me juzgué señor del pan y los jamones. Y por no perder tiempo, fui á dar parte de ello á tres mozos de cocina, que servian á ciertos Señores Italianos, que prevenidos de cuchillones, y de la mejor herramienta que pudimos hallar para este efecto, nos encaxamos en la zanja; y á la hila, como banda de grullas, fuimos marchando hasta la tienda, al tiempo que palpitaba un cabo de vela que habia quedado. Tomamos á la luz de sus boqueadas el derecho de la cama de su dueño, que no estaba muy dis-

tante, y poniendonos de rodillas, y no á hacer oracion, comenzamos los dos á abrir mina al fuerte de los sacos, y los dos á ir retirando los desperdicios de ella. Tuve tan buena suerte, que hallando el terreno arenisco y blando, en termino de hora y media (estando ya rendidos y cansados) desembocamos la mina en el pozo de los viveres, y cargando con los sacos nos retiramos, sin ser sentidos, á hacer la reparticion, y á remediar la gazuza. Tomando doblada parte de la presa por ingeniero, minador y guia, me retiré á dormir lo que quedaba de la noche. A la mañana, saliendome á pasear, y á ver si el Sol habia descubierto lo que encubrió la soledad de la noche, hallé al vivandero muy triste, á su muger muy llorosa, y á sus hijos y criados carizcontecidos, y llena la puerta de la mina de Oficiales y Soldados, los

unos

unos celebrando el disculpado hurto, y otros santiguandose de la sutileza de la empresa. Dexéles á todos echando juicios, y volvíme á requerir lo que habia ganado en buena guerra, temiendo no le hiciesen otra mina. Con esta proporcion me remedié, hasta tanto que salimos á tierra de promision, adonde estuvo todo sobrado. Y dexando aparte los sucesos de aquella campaña para el Coronista, á quien le competen, digo, que al fin de ella nos volvimos á Brusellas, adonde yo cobré una vida y nuevo sér, por verme libre de los trances de la guerra, y del rigor de los enemigos. En la bonanza de este mar me deleytaba, en el golfo de esta grandeza me divertia, la dulzura de sus sirenas me conhortaba, y la suavidad de sus Anfiones me entretenia: y últimamente, yo era el pez Nicolao de aqueste Mediterraneo; porque en

sa-

sacandome de este centro, pasaba desmayado de recelos, y parasismos de temores. Aqui solo trataba, por ver que andaba melancólico su Alteza, de alegrarlo y divertirlo, unas veces contandole los discursos de mi vida, y otras haciendole relacion de las agenas. Ihquietaba mi sosiego, y perturbaba mi quietud un Italiano de mi arte y profesion, llamado Leonora, el qual, algunos dias que acudia á la mesa de su Alteza, lo que le faltaba de prosa, le sobraba de manos, y á costa mia hacia alarde de su graciosidad, alargandome unas veces el pescuezo, sin ser ahorcado, y otras arañandome la cara, como si fueramos verduleras, con que provocaba al cónclave á risa, y á mí á colera: porque en oponiendome á la defensa, con solo un papirote, daba con mi débil cuerpo en tierra. Aprovechéme de aquel refrán de, *á fuerza de villa-*

nos

nos hierro en medio, y saliame muy mal la industria; porque siendo él, demás de fuerte, animoso, me hubiera despancijado muchas veces, á no ser su Alteza el Iris de paz y amparo de mi defensa. Deciale, porque no blasonáse de sus fuerzas, quando veía que estaban inquietos los nublados de su cólera, que tres cosas de valor no se estimaban en el siglo presente, que eran consejo de pobre, galas de cortesana, y fuerzas de ganapan. El, por motejarme de miserable (porque no gastaba con él los doblones, que no se perderian por mal guardados) me respondia, que tres cosas le eran necesarias á un bufon, para poder campar alegremente, y para grangear amigos, que eran boca de Confesor, espada de Mercader, y bolsa de Señor generoso. Con estas disputas graciosas y batallas burlescas daba gusto y placer á quien tantas mer-

ce-

des me hacia, no reparando en hacer escaramuzas de gatos, pues siempre salia arañado, ni en rodar media hora por la sala como vellon de lana. Llegábase el tiempo en que su Alteza cumplia años, y para celebrarlos, alabando el dichoso mes de Mayo, en que habia nacido, hice un Romance, y por dar á entender á algunos acaballerados fisgones de aquello que no entienden, que muy presumidos de discretos, no estimaban mis versos, porque no eran de Poëta con don, ó descendientes de Godos: que tambien los pobres y humildes saben hacer cosas de ingenio, pues tienen un alma y tres potencias como los mas poderosos, y cinco sentidos como los mas calificados; y que no hay cláusula en el testamento de Adán, que dexáse, como señor que era entonces de todo el mundo, á los caballeros mejorados en tercio y quinto en las aguas de

Hy-

Hypocrene, y á los pobres herederos del caño de Bacinguerra: la una fuente del Parnaso con licores poëticos, y el otro caño Cordovés con inmundicias selvaticas. El Romance decia de la forma siguiente:

O qué galan venís Mayo;
Mas teneis razon que os sobra,
Teneis justicia que os vale,
Teneis verdad que os abona.
Despues que sois Rey jurado
Por las flores olorosas,
Excelso Arturo os alienta,
Supremo Favonio os sopla.
Amaltea en vasallage
Os ha feudado su copia,
En tormentas de claveles,
En avenidas de rosas.
De jazmines y arrayanes
Formais matizadas flotas,
Siendo la campaña mar,
Siendo las flores sus ondas.

Direis, que hoy hace Fernando
Años justos, y que os toca,
Por nacer en vuestro mes,
El baston, el peto y gola.
Es asi, yo lo confieso,
Que por ser verdad que consta,
Hoy Madrid se regocija,
Hoy Brusellas se alboroza.
Hoy, Mayo, ha de haber dos Mayos,
Dos Primaveras hermosas,
Dos Alvas en sólo un dia,
Y en un dia dos Auroras.
Dos Soles verá Brabante:
Uno farol, otro Antorcha;
Uno Planeta, otro Infante;
Uno en carro, otro en carroza.
Lleguémos á cuentas, Mayo,
Y confesad sin lisonja:
¿Quál merece mas aplausos?
A quién mas triunfos le tocan?
Direis, que por mas antigüo
Sois de la Mesa redonda,
Principe, Par y Caudillo,

Si-

Siglos, lustros, años y horas:
Que por vos es Marte Adonis;
Lasciva Venus, Belona;
Incasta dueña, Lucrecia;
Inconstante dama, Porcia:
Que mientras teneis el cetro,
La senectud se remoza,
La estéril vega se anima,
El inutil tronco brota:
Que ufana produce Ceres,
Que alegre dibuja Flora;
Y sin ser Reyna Amaltea;
Pensiles jardines forma:
Que al Alva las avecillas
Sobre el sauce cantan solfa,
Sobre el alamo gorgean,
Sobre el myrto verde entonan:
Myrra la floresta vierte,
Cinamomo el monte aborta,
Diamantes da en risa el Alva,
Perlas da en llanto el Aurora:
Que hacen gratos maridages
Las fieras mas portentosas,

Ce

Celebra el mar Hymeneos,
Ostenta el Zefiro bodas:
Que sale halagüeño el Sol,
Con su mostacho á la moda,
Sin nuve que se le atreva,
Sin vapor que se le oponga:
Que por dar tapete al prado,
Dan las plantas mas frondosas
Una tempestad de flores,
Un torbellino de hojas:
Que vos, Mayo, sois del campo
Quien lo enriquece, ó lo agosta,
Quien lo alienta, ó lo destruye,
Quien lo levanta, ó lo postra.
Estas son vuestras hazañas,
Declaradas ya por propias,
Que ni el olvido las niega,
Ni el tiempo anciano las borra.
Aleguémos por Fernando,
Mayo alegre de esta Zona,
Feliz Primavera en Flandes,
Sol hermoso de esta Europa.
Que es moderno, no hay duda;

Pero mas argenta y dora
Quien al Oriente da luces,
Que quien al Ocaso sombras.
Este Mayo, en pocos Mayos,
Muchos privilegios goza,
Prevista Deidad le alienta
Hesperio candor le adorna.
Este, el Sol es su menino,
El Alva es su precursora,
Y es el dia mas sereno
De aquesta perla la concha.
La palestra se estremece:
¿Que á quién no admira y absorta
Ver un pielago de dichas,
Ver un golfo de victorias?
Sin numero son sus hechos,
Sus acciones velicosas,
Dignos de laurél sus triunfos,
Dignas de palmas sus glorias.
Su natural es divino,
Su condicion milagrosa,
Su compostura suprema,
Su conversacion heroyca.

¿Quién vió lebrél arrojado,
Cuya piel, por prodigiosa,
Aspira á vellon de tygre,
Y espira en vellon de onza;
Que por falta de discurso,
O se enfurece, ó se enoja
De ver en el tur del Cielo
Correr á la Luna postas;
Y ella á su arrogancia muda,
Quanto á sus ladridos sorda,
De luces la tierra inunda,
De plata las minas colma.
O nube densa atrevida,
Que llena de vanagloria
Se opone al Sol cara á cara,
Y le embiste proa á proa;
Mas el celeste diamante,
Que por ser tan luminosa
Su claridad, quiso el Cielo
Vincularlo por su joya,
La deshace en plumas rizas,
La disminuye en garzotas,
En lluvias la desvanece,

En

En vapores la transforma.
O mariposa, que al prado
Sus varios matices roba,
Siendo pintada alcatifa,
La que fue blanca alcandora;
Que puesta á la ardiente llama,
Fluctúa el cerco animosa,
Para ser despojo débil,
Lo que fue altanera pompa;
Y el fuego, que refulgente
Sus atrevimientos nota,
Ni precipitado ofende,
Ni enternecido perdona?
Pues de aquesta misma suerte
A aquesta Luna Española,
A este claro Sol del Austria,
A esta llama vencedora
El que se le opone altivo,
El que de Alcides blasona,
Es, á rayos de este Apolo,
Lebrél, Nube y Mariposa.
Si es su estrella favorable,
Si es su suerte poderosa,

Si va en bonanza su dicha,
Si va su fortuna en popa,
Fuerza es, Mayo, que os exceda:
Pues su ventaja es notoria,
Su valor mas conocido,
Su calidad mas grandiosa.
Rendidle á Fernando el Cetro,
Entregadle la Corona:
Sea Mayo, y como Rey
Fueros quite, y leyes ponga.
El solo en el año impére,
Qual la Deidad portentosa,
Que es por gusano, y por ave.
Hija y madre de sí propia.
Dadle el victor de sus años,
Lleve el grado con la borla,
Los arboles lo respeten,
Las flores lo reconozcan.
A sus años tan felices
Tocad la sonora trompa,
La caxa la tierra altere,
El clarin los rayos rompa,
Flores el parque derrame,

El Palacio vierta aromas;
Porque goce en holocaustos
Lo que su fama pregona.

Díselo á su Alteza, y como Príncipe tan perfecto, sin reparar en la humildad del verso, premió lo realzado de mi voluntad: porque son escusas de avaros y malos pagadores, el calumniar al Poëta, y censurar sus versos, para quedarse de *gratis* con sus obras; pero tienen poco de Xerxes, pues no estiman el corcho de agua, y mucho de Midas en guardar su dinero. En este tiempo gastaba yo el que tenia en regalar á mi Miñona, sin reparar que eran obras hechas en pecado mortal, y que sembraba en mala tierra. Queriala por lo que me costaba, y estimabala por ser muger, y porque al fin habemos nacido de ellas. Mas la tal señora no me estimaba, sino porque la sirviese de Mar-

qués del Gasto, y Conde de Cabra. Tenia yo la fama de ser su galan, y otros cardaban la lana. Deciame, que me tendria por Idolo de su altar, si llegára á verme ciego, mudo y sordo, y alabando mis dádivas, vituperaba mi persona. Y mientras mas pesos falsos me hacia, queria que yo la estimáse mas, y la maltratáse menos. Pediame unas veces Matrimonio, otras divorcio, y eternamente *danari y piu danari*. Y por darme mas muestras de su fineza, y obligarme á quererla mas, amaneció un dia en mi casa, y amaneció veinte en las agenas. Por lo qual, mas por venganza que amor, ó mas celoso que desapasionado, la hice prender á pedimento de su tia, y meterla en una torre como á Doña Blanca de Borbon, adonde se sustentaba á mi costa, pareciendome en todo y por todo al perro del hortelano. Quiso mi dicha, que para apar-

apartarme de esta fiera Esfinge, y cruel Lamia, llegáse la alegre Primavera, acompañada del Zefiro y Favonio; y lisonjeada de Flora y Amaltea, la qual, dando esmeraldas á los prados, librea á las selvas, y esperanza á los montes, animó las flores, resucitó las plantas, y enamoró á las fieras: por cuya venida, y por haberse puesto el Exercito Francés sobre la Villa de Ayre, salió su Alteza á campaña para socorrerla, no quedandome yo en zaga: porque mas queria arriesgarme á ser prisionero de un Turco, que esclavo de mi perversa Dálila, porque mucho mejor me estaba ser burro de una tahona, que consentir que ella me acabáse de sacar los ojos. Despues de varios sucesos que tuvo su Alteza en campaña, unos prósperos, y otros adversos, habiendo vuelto á sitiar la Villa, por haberla ganado el ene-

migo, y hechas fortificaciones tan inexpugnables, que daban terror á los sitiados; fue Dios servido de darle una enfermedad tan de repente, y tan violenta, que le fue necesario retirarse á la Villa de Cortray, quedando el Exercito á cargo del Baron de Bechk, tan celebrado por sus hechos, como conocido por sus hazañas, y en quien tanto genero de alabanza es muy corto á su gran merecimiento. Hallóse su Alteza tan indispuesto, que pasó fama de que era muerto; y aun hubo personas tan incredulas de lo contrario, que quisieron ver y creer, sin ser Apostoles. Al cabo de algunos dias fue volviendo en sí, y cobrando mejoría: por lo qual, pidiendome yo mismo albricias, por depender de su salud toda mi alegria, y la de estos Estados, le hice los siguientes versos, tomando el asunto de la gran calentura que habia tenido.

Dió

Dió Fernando entre arreboles, Soles,
Brotando sus pocos Mayos, Rayos, (res.
Y sus lucientes albores, Explendo-
Viendo el mal tantos fulgores,
Fue Faëton precipitado,
Que el vuelo le han abrasado
Soles, Rayos y Explendores.
Tuvo el mal por enemigo, Castigo: (to
Dandole su atrevimiento, Escarmien
Gozando, pues se condena, Pena.
Si á la Primavera amena
De su Alteza se atrevió.
Tenga, pues lo mereció,
Castigo, Escarmiento y Pena.
Si nunca reserva el mal, Cardenal,
Mirára que es el triunfante, Infante,
Y que es en todo y en parte, Marte.
Mas ya abatió su Estandarte,
Quando admiró su virtud;
Porque tuviese salud
Cardenal, Infante y Marte.
Goce en edades lozanas, Semanas:
Y á despecho de Olandeses, Meses:
Y para azote de estraños, Años.
Pues á España evita daños,
Porque el mundo se alborote,
Viva siglos, y en paz goce
Semanas, Meses y Años.

Es-

Estos le aliviaron alguna parte de su tristeza: y hallandose algo convaleciente, se pusieron en camino de Brusellas, para dar con él en la gloria. Llegó á esta Corte, que se le mostró ufana y regocijada de verlo con algunas premisas de salud, aunque despues volvió su regocijo en sentimiento, por verlo recaer con menos esperanzas que tuvieron en la caída. Al fin, quiso el Cielo llevarse lo que era suyo, dexando á estos Estados sin Principe que los gobernáse, á España sin Infante que la socorriese, y á los Soldados sin Padre que los amparáse. Contar el sentimiento que hizo esta Corte, y todos los Países, Principes y Señores de ellos, y todas las demás Naciones, fuera proceder en infinito. Solo diré, que como yo, puesta cada cosa su tanto, perdia mas que todos, estuve tres dias sin comer ni beber, hechos mis ojos dos fuentes,

y

y mi corazon un centro de ardientes suspiros. Y por satisfacer en algo tanta merced y beneficio, como me habia hecho, compuse una glosa funebre, para poner en su Real Turnulo, que es la siguiente:

Si la libertad llorais,
Ojos, que perdido habeis,
Aunque mas lagrimas deis,
En vano las derramais.

Ojos, una muerte esquiva
Le dió fin al sufrimiento,
Porque un fuerte sentimiento
Vuestra libertad cautiva:
Y si el gran dolor os priva
Del curso que exercitais,
El raudal no suspendais;
Pues viendo tales despojos,
No ceseis de llorar ojos,
Si la libertad llorais.
Si en su bella juventud

Ad-

Adquirió renombre eterno,
Si aplaudisteis su gobierno,
Si admirasteis su virtud,
Si visteis su rectitud,
Si su fama conoceis,
Si sabeis lo, que perdeis,
Llorad, que será tibieza
No llorar la gran riqueza,
Ojos, que perdido habeis.
Cortó un golpe de guadaña
Cetro y corona de gloria,
Llevó el Cielo la victoria,
Y perdió su Infante España:
Y aunque el Cielo su luz baña,
Pues yace el cuerpo, qual veis,
Llorad, ojos, no ceseis;
Pues á deuda tan debida,
Solo pagais con la vida,
Aunque mas lagrimas deis.
El alma en celeste vuelo
Partió triunfante y ufana,
Porque flor tan soberana
No era flor para este suelo:

Llorad, ojos, con desvelo,
Pues ya al Orbe lo inundais;
Y aunque mas lagrimas dais,
Son pocas, y no me espanto,
Que si no es eterno el llanto,
En vano las derramais.

Al quarto dia me apretó la hambre, aunque fue mas fineza en mí el haberme pasado sin beber que sin comer, imaginando que mis lagrimas no lo habian de resucitar, y que no era cosa decente llorar por quien estaba pisando rayos de luz, manojos de estrellas, y racimos de luceros. Dixe: *El muerto á la huesa, y el vivo á la hogaza*: y entrando en un penitente bodegon, al compás de *Dios te tenga en su gloria*, henchí todos los vacios, y refresqué todos los secanos: y despues de haberme animado, salí á desistir pesares y á buscar mi vida. Como me veian sin señor ni

am-

amparo, todos huían de mí, á todos enfadaba, y mis gracias eran desgracias: nadie conocia á Estebanillo, ni nadie se dignaba de llegarme á hablar, como si yo hubiera sido Doctor, y errado la cura de su Alteza. Viendo, pues, que aun mi moza se me hacia de pencas, despues de haberla sacado de la prision, y que queria que mandasemos á semanas, y que calzasemos los calzones á meses; me determiné de irle á hablar al Conde de Traun, que estaba en esta Corte por Embaxador Extraordinario de la Magestad Cesarea, al qual le supliqué, que le escribiese á mi amo el Duque de Amalfi, de como habia quedado huerfano de tan Gran Principe, sin herencia, y reformado: que si gustaba su Excelencia, que se cantáse por mí aquella copla que dice: *Vuelve á casa pan perdido.* El qual no se descuidó en hacerme merced, pues en el

el primer correo tuvo respuesta de mi amo, el qual le suplicaba me enviáse á Alemania, que era donde se hallaba su Excelencia, con la mayor brevedad que pudiera. Envióme el Conde á llamar con un criado suyo: dióme la orden que tenia, y mandó que me pusiese en camino, y me dió para el gasto de él. Pasó la nueva por esta Corte, y empezó su burgesía á llover embargos sobre mí, y á querer hacer arrestos, sin haber en todo mi aposento sobre qué tropezar, ni Alguacil que me prendiese, ni Carcelero que me quisiese recibir en su prision. Salió contra mí una querella de una vidriera, á quien, despues de haberle quebrado muchos vidrios, le habia dado una cuchillada. Estando en tres dormidas, como gusano de seda, pediame una Patrona el menoscabo de una cama, porque estando una noche acostado en ella, y qual digan due-

dueñas, soñando que vertia aguas en la proa de una galera de Malta., le inundé todos los colchones. En efecto, no quedó vinatera ni cocinera de tripa y callo que no cargasen á molestarme. Yo, ni negando la deuda, ni ofreciendo la paga, les prometía satisfaccion, antes de hacer mi viage: y al cabo y á la postre quedaron satisfechos de quien yo era, porque quedára yo muy desayrado, y no se estimára mi caballería, sin pagar á mis acreedores, porque ni tuviera quien me cortejára á todas horas, ni quien se acordáse de mí en todos tiempos. Fuime á despedir de Don Francisco de Melo, que estaba por Gobernador de estos Estados, y de todos los Señores, asi del País como Estrangeros, y habiendo juntado muy buena garrama, por respecto del dueño á quien iba á servir, me fui á decirle á Dios á mi querida Belerma, y á der-

derretirme con ella, como si fuera Portugués. Y despues de haberle dado con que poder pasar muchos dias, y de haber hecho muchas finezas y sentimientos de la forzosa partida, le prometí de que daría muy presto la vuelta por solo verla y regalarla; y que si habia de sentir mi ausencia, y gustaba de que me quedáse, obedeceria su gusto, y despediria las postas. Ella muy sonriendose, y reventandole por los ojos rayos de alegria, por quedar en su libertad, sin tutor ni curador de su vida y milagros, me respondió: Señor Estebanillo, que vuesa merced se vaya, ó se vuelva, que se quede, ó no, *pour moy est tout un.* Y aunque tal despejo y desvio declara el corazon mas firme y constante; á mí se me encendió de tal suerte, teniendo sus ofensas á favor, que salamandra de su fuego, sentia cada instante encenderme en la lumbre de

sus ojos, y gustaba de estar hecho Tántalo de su belleza; porque es muy de mugeres como la tal, desestimar á quien las regala, y idolatrar á quien les quita lo que tienen, y les da muchas bofetadas; y de hombre como yo, perder el juicio, y gastar la hacienda por quien no lo agradece, ni sabe guardar fé ni lealtad: pero al fin, era yo tal como ella, y ella tal como yo. Pudo mas en mí ir á buscar á mi amo, que no la prision de mi libertad, ni el estar en la gloria de Niquea: y dexandola en un Monasterio, mas por fuerza que de grado, tomé las prevenidas postas, y repitiendo al son de su trote, á Dios Brusellas, pasé á Namur, Marcha y Lisel, adonde despues de romper los cristales de la Musela, y fatigar el bosque de Crucenaque, y desempedrar las calles de Wormes, Franquendal, Espira y á Donaverte (Plaza del Duque de Bavie-

viera, adonde me embarqué en el caudaloso y nombrado Danubio, cuyas rápidas corrientes bañan el Reyno de Ungría, y con soberbia del golfo desembocan en el Mar de Constantinopla), desembarquéme en Viena, harto cansado de haber ido sobre elemento tan prodigioso para todos, y de tan poco provecho para mí: y antes de descansar, ni tomar posada, fui á visitar las Cesareas Magestades, teniendo orden del mismo Emperador, asi que entré en su Real sala, que no habláse cosa que tocáse á su Alteza Serenísima el Infante Cardenal, por el gran sentimiento que hacia, quando lo oía nombrar la Cesarea Magestad de la Emperatríz su hermana. Holgaronse de verme y de oírme, y haciendome aliviar el mareamiento de mi embarcacion, fui á besar la mano al Marqués de Castel-Rodrigo, que estaba por Embaxador Ordinario de

la Católica y Real Magestad, y por su primer Plenipotenciario para el tratado de las paces: el qual, procediendo como tan gran Señor, me amparó y honró, no por quien yo era, sino por el valor de su Excelencia. Estuve algunos dias hecho Caballero festejador, y recibidor general de quanto me daban, mareandose de tal suerte la cochinilla del gracejo, que no trocára mi oficio por el mejor gobierno. En este tiempo partió mi amo por la posta del Exercito Imperial, para venir á Viena, y teniendo yo noticia de ello, le salí á recibir al camino: y echandome á sus pies, le pedí perdon de haber dexado tres años su servicio, dandole por disculpa haber quedado enfermo á su partida, y el haber entrado á servir un bisnieto de Cárlos quinto, hijo de un Rey de España, y hermano del mayor Monarca del Orbe. Hizome levantar y cu-

cubrir, y dixome, que se hallâba indigno de recibir en su servicio á quien habia tenido por dueño un tan gran Principe. Entró su Excelencia en la Corte, y asi que se apeó en su Palacio, me mandó que tuviese cuidado de visitar todos los oficios tocantes á la bocolica, y que yo los ajustáse de suerte que fuera bien servido. Yo, no solo tomando el mando, sino el palo, que asi lo hacen los que no han sido nada, y llegan á verse en bragas de cerro, hice visita general en cocina, cantina y potajeria, y los meti de tal manera en pretina, que decian, que me habia dado mi amo el pie, y me habia tomado la mano. Y al fin quise ser tan recto veedor, que me enemisté con todos los de casa, desde el mayor al menor: los unos, porque les quitaba el mando; y los otros, porque les quitaba los provechos. Cantabame un criado, á quien no le habia tocado

la residencia, todas las veces que me encontraba:

Mal lograda fuentecilla,
Detén el paso, y advierte, &c.

En efecto, tuve un poco de buen tiempo en aquella Corte, teniendo muchos provechos de dádivas fuera de casa, y muchos regalos dentro de ella; pero en lo mejor de él, se fue mi amo á gobernar las Armas Imperiales, por muerte del General Francisco Alberto, quedandome yo enfermo del mal de los ricos: porque como me vió la fortuna puesto en razonable estado, quiso, mostrandose liberal conmigo, que demás de un millon de arrobas que habia bebido, le pagáse una sola gota de pension, porque tambien ella reparte en la jurisdiccion de los cuerpos sus millones y alcavalas; y algo se me habia de pegar á mí de andar entre Principes y

Señores. Apenas habia mi amo salido de casa, quando se conjuraron contra mí todos los criados de ella, por haber sido mequetrefe, metiendome en aquello que no me tócaba, ni era perteneciente á mi oficio. Llegó á tanto su atrevimiento, quizá por verme medio tullido, que habiendome un dia sentado en la cocina, por gozar un poco del calor del fuego, llegó el cocinero, y echandome, como á Luzbél, de la silla abaxo, enarboló, en lugar de espada, un asador, y pienso que se quedó en solo el amago, por ver que al tiempo de quererme levantar, me dió un picaro de cocina tal sartenazo en la mitad de la cabeza, que á no ser de llano, me dexaba para siempre libre de la enfermedad de la gota. Y no paró solo en esto, pues una criada barrendera, con quien no habia usado de mi comision, descargó sobre mis hombros

media docena de escobazos, con que me obligó á besar dos ó tres veces la tierra, sin ser parte sagrada. Acudió el Mayordomo al son del paloteado, y despues de haberse holgado infinito de verme aporreado, y tendido en el duro suelo, dandoles á todos razon, y á mí baldones, me puso de pies en la calle, dandome con las puertas en la cara, adonde se me vino á la memoria aquel sentencioso adagio de que, *en furia del Conde, no mates al hombre.* Yo, temiendo que pluvia que habia empezado en palos y sartenazos, no acabáse en torbellino de sangre, animandome lo mas que pude, tomé la posta, y me fui á buscar á mi amo, al qual hallé al cabo de algunas jornadas en la Moravia, en una Villa llamada Helbruna, adonde le dí mis quexas; y criminé lo que habian hecho en mí contra los criados. Mas aunque me hizo mucha merced,

y

y me prometió dexar vengado; al cabo de la jornada se quedaron todos ellos en casa, y yo con mi sartenazo. Llegó á aquella Villa con su Armada el Archiduque Leopoldo, y juntandola con la de mi amo, hizo Plaza de Armas general. Dió su Excelencia un grandioso banquete al Archiduque, y todos los Cabos de la Armada, por agasajarlos: y porque corriese parejas su valor con su grandeza, bebióse en él á lo Alemán; pero yo, sin ser la Torre de Babél, bebí en todas lenguas, caí de todas maneras, y dormí de todas suertes. Otro dia muy de mañana marchamos en seguimiento del Sueco, el qual nos tenia sitiada una Plaza en la Silesia, llamada Brique; pero siendo advertido el enemigo de la gran resolucion que llevaban el Archiduque y mi amo de socorrerla, aunque se arriesgáse el perder la Armada, no osando atender á tan va-

valiente determinacion, se resolvió, con hallarse muy fortificado, no solamente en levantar el sitio, pero en dexarnos libre una Villa, llamada Nais, que está á quatro leguas de Brique, despues de haberla puesto fuego por quatro partes, sin haber emprendido por ninguna. Y habiendo sido informado el Archiduque de mi amo, lo diligente que yo era, y la confianza que en diferentes ocasiones se habia hecho de mí, y la merced que me hacia su Alteza (que esté en gloria) quando estuve en su servicio; me mandó, que haciendo oficio de correo llevàse estas buenas nuevas á sus Cesareas Magestades. Llegué á Viena á toda diligencia, y apeandome en el patio del Palacio Imperial, dí el despacho al Conde Buchaim, que hacia oficio de Camarero Mayor, queriendo mas usar de las obligaciones de correo, que de las prehemi-

nen-

nencias de Gentil-hombre entendido. Regalaronme todos los Señores de Palacio; y criados de importancia, porque demás de mi buen humor, servia de correo de buenas nuevas. Mandomé dár su Magestad Cesarea una cadena de horo de harto precio, y que se me despachásecon nuevos pliegos á la Armada, adonde volví con mucha brevedad, y serví en ella toda la campaña el oficio de correo: advirtiendo al postillon, que corriere estos renglones, por si escrupuléa sobre el nombre de Armada, ó Exercito, que en Alemania se apellida de este modo; y que quando no fuera asi, nadie me puede quitar que yo la llame como quisiere, porque lo que se escribe de veras, no goza la libertad y privilegios de lo que se compone en chanza. Sitiamos una Villa, llamada Glogau, que está en el fin de la Silesia, y en los confines de Polo-

lonia y de Pomerania, adonde mi amo visitaba muy amenudo las trincheras: y por probar mi valor, aunque ya tenia harta noticia de él, me llevó una mañana consigo, mas forzado que de voluntad, diciendome, que me queria hacer un valiente Soldado, siendo cosa irremediable, sino es quitandome el pellejo como á culebra, y volviendome á hacer de nuevo. Esguazamos una ribera llamada Odra, que pasa por medio de la asediada Plaza, y llegamos cerca de las murallas, desde adonde el enemigo nos enviaba colacion de balas sin confitar, y de peladillas amargas. Yo empezando por el Credo, y acabando en los Articulos le dixe á mi amo, que no me agradaba mucho aquel almuerzo: que me dexáse á mí ir á nuestro quartel, y que traxese otro criado, que yo le renunciaba mi parte del honor que habia de ganar en aquella accion.

cion. El me respondió, que de aquella suerte ganaria opinion, y me haria memorable, que tuviese buen ánimo. A lo qual le repliqué: Certifico á V. Excelencia, que no me falta otra cosa, y que yo no busco en este mundo pundonores, sino dineros en serena calma, sin sirtes, ni baxíos. Apenas acababa de pronunciar estas ultimas razones, quando nos tiró la Villa un cañonazo tan derecho, que á baxar la punteria, nos llevaba á los dos de bola, ó á uno de calles: y aunque no mostré flaqueza, por estar mi amo delante, quando ví, que poco distante de nosotros hizo á un Soldado volatin de carnaval, dandole remate de vida, no habiendolo tenido de paga, cumpliendo con mi profesion, y gustando mas que dixesen: *Aqui buyó*, que no: *Aqui cayó*, me afufé con tal donayre, que parecia el suelto caballo, á quien movian tan-

tantos vientos como espuelas. Llegué al quartél con una tilde de vida, y menos de aliento: subíme al pajar, y sepultéme en la paja. Al cabo de una hora vino mi amo, y preguntando por mí, le dixo un page, que me habia puesto en la pajada á madurar como nispero. Mandóme baxar, y llegando á su vista, no limpio de polvo y paja, me dixo: Picaro, ¿cómo sois tan cobarde, que me habeis dexado, y á vista de una Armada habeis vuelto las espaldas, y puestoos en huída? Yo le respondí: Señor, ¿quién le ha dicho á V. Excelencia, que yo soy valiente, ó en qué ocasion no lo he hecho mucho peor que hoy? Si V. Excelencia me envió á llamar á Flandes, para que le sirviese de Soldado, está mal informado de mis partes, porque como otros son Archiprestes de Presbyteros, yo soy Archigallina de gallinas. Obligóle la res-

respuesta á convertir su enojo en placer, y á disculparme de lo sucedido.

CAPITULO III.

En que prosigue el fin que tuvo aquel sitio, y del viage que hizo al Reyno de Polonia, y de lo que le sucedió á la vuelta en la batalla de Lipsic, que dieron los Imperiales á los Suecos, y un reencuentro que tuvo con un trozo de vivanderos, y de la vuelta que dió á Flandes, y despues al Imperio.

Al cabo de ocho dias, y habiendonos retirado de la Plaza, por venir el enemigo con gran poder, su Alteza el Archiduque me despachó á Polonia con dos pliegos de cartas, el uno para el Rey, y el otro para la Reyna su hermana. Tomé la posta, llevando de compañia un ayuda de Cá-

ma

mara del Gran Duque de la Toscana, el qual llevaba la nueva del felíz nacimiento del primogenito de aquel Estado; el qual anduvo tan liberal conmigo, que me hizo la costa todo lo que duró el viage. Llegamos á la Corte de Polonia, adonde se apartó de mí á dar su embaxada; y yo, anticipandome con la mia, me fui al Palacio Real, y dí el pliego en mano propia á su Magestad: el qual, como no me conocia, ni tenia aviso de quien yo era, me hizo mil honras, y mandó que me fuese á descansar, que él tenia particular cuidado de despacharme. Fui al quarto de la Reyna, dí el pliego del Archiduque su hermano; y ya por mis extraordinarias cortesias, ó por advertirle en el pliego la calidad del portador, me mandó cubrir, y en lugar de enviarme á descansar, me mandó regalar, y que cuidasen del señor Embaxador.

Dió.

Dió aviso de ello á su Magestad, el qual se holgó mucho, celebrando la gravedad y tesura con que le habia dado el pliego. Al cabo de tres dias me despacharon, dandome trescientos ducados para guantes; y enviandole la Reyna á su hermano, entre las demás cartas, una, en que le encargaba, que si acaso me despacháse á los Países Baxos, me diese comision de traerle unas puntas, y una muñeca vestida al trage Francés, para que sus sastres tomasen el modelo, y le hiciesen de vestir á uso de aquel Reyno, por ser el de Polonia embarazadó, y no á su gusto. Recibidos los despachos y dineros, partí en busca de la Armada, y por no poder entrar por la parte de los confines de Alemania, por estar tomados los pasos del enemigo, pasé por la Ungria; y habiendo llegado á la Corte Imperial, el Señor Marqués de Castel-Rodrigo,

Embaxador Ordinario del Rey Católico, me dió otro pliego de cartas para la Armada: y partiendo con toda brevedad en su alcance, entré en el Reyno de Boemia, y pasando por Praga, llegué á Dresde, Corte del Duque de Saxonia. Alli tomé lengua de la Armada, y me dixeron, que marchaba la vuelta de Lipsic, en seguimiento de la Sueca. Yo me dí tan buena diligencia en seguir aquella derrota, que á las veinte y quatro horas, una legua de Lipsic, descubrí á las dos Armadas, puestas en batalla campal, y dandose muchos bodocazos y cuchilladas. Aqui fue adonde el señor Correo perdió todo el brio, y quedó mas cortado que una cernada. El caballo que llevaba, animado de las trompetas y caxas, queria embestir con los Batallones; y yo atemorizado de oír una fragua de Vulcano, y de vér desatadas todas

las

las furias del Averno, queria ponerme en huída. En efecto estabamos de contrarias opiniones yo y mi camarada el rocin. Temia por una parte el perder los pliegos, por venir sin postillon; y por otras dos mil el perder las ganas del comer, y arriesgar el caballo que me habia costado muy buen dinero. Era tan grande y tan espeso el humo que causaba la artilleria y mosqueteria, y tan copiosa la polvareda que levantaban los alados Ungaros y Frisones, que no me daban lugar á ver quien llevaba lo mejor. Estuve un gran rato sin determinarme si pasaria adelante, ó volveria atrás, porque la gran turbacion que tenia, no me daba lugar á determinarme; pero al tiempo que me quise acercar un poco (sabe Dios con quanto sobresalto) llegó á mí un batallon de los nuestros, diciendo, que perdiamos la batalla por falta de la Caballeria

del cuerno izquierdo; y preguntandome, pues era correo, si sabia algun buen camino donde poder salvarse, le respondí, que dexasen aquel cuidado á mi cargo, y que me siguiesen: y con mas miedo que todos ellos, los alexé de la tremenda palestra, de tal manera, que á la noche los aquartelé en un Village, á veinte leguas de ella, porque si yo fuera tan diestro en los alcances, como en las huídas, ya estuviera escavechado á pocos laureles. No fueron tan pocos los que me siguieron, que no pasaron de dos mil, con que pudiera blasonar haber sido restaurador de tanta Caballeria. Llegamos á puerto salvo, despues de pasar la borrasca, por hallar en el Village una infinidad de vivanderos, que iban á nuestra Armada cargados de bastimentos, ignorando el siniestro suceso; y habiendonos juntado todos á Consejo de Guerra, para darles

les un Santiago, y no de azavache, me enviaron á que sirviese de espia de los pobres demonios, para reconocer la cantidad que habia, y si estaban alerta. Volví al cabo de un quarto de hora, y disminuyendo el campo contrario, y animando el mio á la empresa, cerró con tal valor, que si aquella mañana perdió una batalla en campaña, aquella noche ganó otra en poblado, con harto menos peligro, y con mucho mas provecho. En efecto, entraron los amigos á saco: era un confuso laberinto, oír en el peso de la obscuridad de la noche los gritos de los derrotados vivanderos, los llantos de sus tiernas criaturas, los golpes de los descerrajados baúles, las embestidas á los sacos del pan, los asaltos á las botas de vino, y el cierra, cierra las arcas de ropa, sin usar de ninguna piedad ni misericordia, porque como tienen á los vivan-

deros en opinion que los roban, y que se llevan todo el dinero de la Armada, se habian revestido de Nerones. Yo quise tambien probar la mano, y ganar algunos despojos, pues habia sido guia de los vencedores, y espia contra los vencidos: y dexando á guardar mi caballo á un Soldado, que se me habia dado por amigo, con intento de pescar otro mejor entre los muchos vivanderos, cargué con mi maleta de pliegos, y llevandola debaxo del brazo izquierdo, metí mano á la espada, y cerré con el esquadron de carros; á tiempo que estaban todos ellos en Cruz y en quadro, sin que hallàse otra mercancia mas que lagrimas y ternezas de sus dueños: por lo qual fue fuerza retirarme sin caballo. Y volviendo en busca del mio, hallé, que el Soldado á quien se lo habia entregado, se habia acogido con él, de manera, que me quedé

dé sin el uno y sin el otro, por ser disparate dexar lo cierto por lo dudoso; de forma, que entre tanto despojador, vine yo solo á ser el despojado, quizá por lo que habia tenido de vivandero. Venida la mañana, marché á pie, cargado con la maleta, siguiendo nuestras derrotadas Tropas, y encontrando con un Coronel, me preguntó, que ¿cómo caminaba á pie? Yo le respondí, que en la batalla me habia llevado la bala de un cañonazo el caballo de entre los pies. Díxome: por cierto, Estebanillo, que fuiste dichoso en no llevarte á tí, y que lo puedes atribuir á milagro, y ser buen Christiano de aqui adelante. Marché poco á poco, hecho correo de á pie, hásta llegar á la Corte de Praga, adonde hallé á su Alteza el Archiduque Leopoldo, y á mi amo, que estaban recogiendo la gente que se habia escapado de la pasada refrie-

ga. Preguntóme su Alteza, ¿cómo me habia ido en Polonia? Y yo le encarecí las mercedes que en ella habia recibido; y deseando saber la causa de mi venida á pie, le satisfice con decir, que habia llegado á la Armada al tiempo de la batalla, y que animandome de ver á su Alteza opuesto á los peligros, empecé á escaramuzar con las Tropas enemigas, adonde me dí á conocer bien á costa de mi sangre; pero que habiendome sido forzoso el retirarme, por ver al enemigo victorioso, rendido el caballo de haberme puesto en salvo, me fue fuerza el dexarlo, y venir á pie. Dió credito á todo ello, por ignorar la batalla de los vivanderos. Leyó las cartas, y en recompensa de haber salvado los pliegos, y traídolos acuestas, me mandó dar para montarme. Fui á ver á mi amo, y contéle lo mismo, aunque como me co-

nocia, no pude (como con los demás) acreditarme de valiente. Envióme otro dia su Alteza con un despacho á Viena, para su Magestad Cesarea, y con otro para los Estados de Flandes, dandome trescientos escudos para el camino. Fuime á despedir de mi amo, el qual me dió otro pliego para Don Francisco de Melo. Llegué por la posta á Viena, dí los pliegos, y otros que asimismo traía á la Magestad Cesarea de la Emperatríz, y al Marqués de Castel-Rodrigo. Allí conté maravillas de la batalla, y mentiras ni vistas ni imaginadas, ganando mucho mas con ellas, que no gané en Yelves á coger aceytunas. Y habiendome despachado, me volví á empostillar, y dandome unas pocas de alas el rapáz virotero, resucitando en mí las cenizas del amor pasado, llegué en ocho dias á Bruselas, adonde despues de haber dado

mis

mis despachos, y hacer mis embaxadas, me salí á pasear, y á ver la tia de mi cuidado, la qual me lo acrecentó con unos pucheritos que hizo, lamentandose de la desconsolada vida que habia pasado aquel enjaulado Serafin. Limpiéle las lagrimas con unas doblas que le dí (Iris de tales tempestades) para que la sacáse de empeño, y la traxese á casa. Partió como una saeta; y yo quedé lastimado de su relacion, aguardando el retrato de una penitente Egypciaca. Mas presto me consolé por verla entrar por la puerta, pálida como un madroño, flaca como una trucha, y con mas papada que un Canónigo. Por estas señas conocí lo que habia sentido mi ausencia. Abrazóme tierna y estrechamente, y yo la dí los brazos sospechoso y desengañado, y mas quando ví unos asomos de lagrimas en sus neutrales ojos, que debian de

ser

ser por la reclusion pasada, ó por la que esperaba entrando en mi poder. Pasamos aquel dia con gusto, mas no tanto, que no dexamos de tener tres pesadumbres, y en la semana trescientas, por ocasion de que por regalarla; gastaba lo que tenia, y lo que buscaba; y ella, por verme tan liberal, lo era tambien conmigo en darme lo que le pedia, que eran celos y mas celos. Volví á hacer una visita general á todos los Señores de esta Corte, guiandome por la carta de marear de mi antigua lista, aunque por haber sido cosario en seguir aquellos rumbos, no necesitaba de ella. Satisfice algunos deudores, por pedirme la deuda con humildad, y ofrecerme de nuevo sus casas con amor; que á quien esto no obliga, ó se precia de muy caballero, ó de gran tirano. Visitabanme los amigos que me habian menester: saludabanme

los

los Soldados que me querian pedir, y pegabanseme los brazos que me intentaban estafar. Mi Dama, por desquitar algo del encarecimiento pasado, volvió á hacer de las suyas, y dandoles á todos piques de esperanzas, me daba á mí repiques de celos, y capotes de desesperaciones. Determiné de vengarme por los mismos filos, y de sacar un fuego con otro fuego: para lo qual, habiendome acariciado otra Dama tan buena como ella, y de no menos servicios y virtudes, y que basta, para decir qué tal era, que ella me hubiese acariciado. En efecto, acepté el favor, y en agradecimiento de la mala eleccion que habia hecho, la convidé á merendar fuera de los muros: y por parecer hombre de mi palabra, otro dia la envié á advertir por la puerta que habia de salir, y en el puesto que habia de esperar, y á la hora que habia de ser. Llegado

el

al plazo, me presenté al desafio campal, llevando por armas un gran jarro de vino, y ciertos sazonados manjares. Llevé por padrinos un par de amigos, y por portadores de la merienda á mi querida prenda, y una conocida suya. Al tiempo que llegamos adonde la otra Dama me estaba aguardando, me adelanté un poco, despues de haberla abrazado á letra vista, la dí á entender, que las dos que venian en mi seguimiento eran criadas mias: y sañalandole la hostería donde habia de entrar, volví á retaguardia, y le hice creer á la señora mi moza ser aquella una persona de merecimiento, y á quien yo tenia muchas obligaciones, y que la habia convidado por haberla hallado en aquel puesto. Entramos en la hostería; y llamando al Patron, le pregunté, ¿qué si sabía hacer una ensalada con los tres articulos pertenecien-

cientes para salir perfecta? El me respondió, que si no fuera muy buena la que él me daría, que no le pagáse nada de todo el gasto que hiciese en su casa. Cubrieron la tabla, y poniendome yo y mi nueva pretensora en cabecera de ella, la empecé á brindar á lo Flamenco, y á dar paz á lo Francés, y á hacerle plato á lo Español, comiendo los dos los mejores bocados. Sintió de tal suerte mi antigua compañera este desprecio, que atragantaba podre por la boca, y vertia ponzoña por los ojos, no porque ella me tuviese amor, ni sintiese verme divertido en nuevo empleo, sino por la poca estimacion que de ella hacia en presencia de tanta gente: y lo mas que le llegaba al corazon, era ver, que su competidora le mandaba pedir lo que faltaba en la mesa, y le hacia que escanciáse la bebida. Al fin, pagando agravios de ce-

celos con venganzas de lo mismo, dimos fin á la obra, y principio á la cuenta del gasto que habia hecho el Patron: el qual ajustando su conciencia, me pidió un patacon de pan, cerbeza y ensalada, y de la buena pró. Yo, tomando de la mano á quien me habia servido de novia en la mesa, me iba, diciendo no era obligado á pagar lo que me pedia, por no haber sido la ensalada á mi gusto. El Patron me impidió el paso, pidiendome el escote; y por ver que se juntaba bulla de gente, porque no presumiesen que por miserable no le pagaba, ó por no tener con qué, me encaré con él, y le pregunté, ¿que si acaso se acordaba de que me habia dicho, que si no fuera buena la ensalada, que él me daba por libre del gasto que hiciese? Confesó ser asi; y que no solamente no podia estar mas bien hecha, pero que nadie le llevaba ventaja-

taja en saberlas acomodar. Yo le respondí: Pues tan gran Maestro sois en esa profesion, ¿qué tres propiedades ha de tener el que quisiere acertar á hacerla apetitosa y sin ninguna falta? Replicóme, que él no sabia mas propiedad que de cobrar su dinero, ni mas faltas de que nadie la hiciese con él en irsele con su sudor. Díxele muy puesto en cólera: pues para que veais que sois un lego y un idiota en este oficio, el hombre que hubiere de hacer una buena ensalada, ha de ser justo, liberal, y miserable: justo en el vinagre, liberal en el aceyte, y miserable en la sal; y pues vivís de presumido, teniendo tanto de ignorante, porque no presuman los que nos están mirando, que lo hago por no pagaros, ni vos os alabeis, que no habeis cumplido lo que me prometisteis; veis aqui el real de á ocho que pedis: y diciendo esto, lo saqué con un puño de

de ellos de la faltriquera, y arrojandole con mucha fuerza á unos convecinos jardines, le dixe: De esta suerte se parte la diferencia, y quedamos ambos pagados: y otro dia sed mas avisado conmigo, y seré yo mas generoso con vos. Celebrando el cuento y accion los mirones, y el hostelero avergonzado, baxó la cabeza, y volvió las espaldas: pero yo, por andar mas galante á vista de mi moderno galanteo, saqué otro real de á ocho, y llamando al que partia desconsolado, le dixe: Ahora que os hallais convencido, y no pedís nada, veis ahí lo que pretendiais, y arrojandoselo en tierra, me entré con mucha gravedad en la Villa. Acompañé á la Dama visoña hasta su casa, y con mi vieja camarada me retiré á la mia, á la qual sirviendole de escarmiento el referido desprecio, por no llegar á verse en otro acto semejante, dió en

mostrarseme mas apacible, y en darme menos enojos: porque para el veneno y letargo de celos esta es la perfecta contrayerba.

En este tiempo la Condesa de Ulst, á pedimento de mi amo, y por agradar á la Reyna de Polonia, me dió una gran muñeca, vestida á lo Francés, que habia hecho traer de París. Compré cantidad de puntas de las mejores y mas finas que pude hallar, en cumplimiento de lo que me habia mando el Archiduque Leopoldo, y llegandose el tiempo de poner el Exercito en campaña, salió Don Francisco de Melo, como su General, á visitar las Fronteras, y me mandó que le siguiese, ó presumido que yo era algun gran Ingeniero, ó teniendo noticia que era unico minador de jamones y panecillos. Fuimos recorriendo todas las Plazas, y llegando á la de Lila, me despachó como

á

á correo para Alemania, con pliegos para el Señor Marqués de Castel-Rodrigo. Dí la vuelta á Brusellas, y por tener ya mas satisfaccion de mi Dama, la dexé en casa de un Mercader, que á saber la buena mercancia que le dexaba, estoy cierto que no la hubiera recibido. Dexéle pagados algunos meses adelantados, y todos los vestidos y galas que yo mas estimaba, por ser dádivas de su Alteza; y despues de haber dispuesto mis negocios lo mejor que pude, y despedidome de mi Infanta Palancona y de los amigos del trago, tomé la posta, y empecé á desmoler lo que habia comido, á sudar lo que habia colado, y á trocar en el trabajo del camino la vida palaciega de la Corte. Partí de Brusellas en el mes que los enamorados sirven á sus amores: y divirtiendome la variedad de las flores, la hermosura de los campos, el

susurro blanco de los despeñados arroyuelos, y el gorgear de las sonoras aves, llegué á Viena, y entregando los despachos que llevaba, por hallarme desocupado, y por tomar algun descanso de tan dilatado camino, trocando el oficio de correo en mi antigua dignidad, en achaque de *entrome acá que llueve, y hace un Sol que rabia*, me entraba en el Imperial Palacio, y en las casas y posadas de todos los Señores, unas veces echando lances en vacío, y otras hinchendo la red, tomaba del pecador, como venia, y solo sentia á par de muerte unos pegatostés, que como emplastros de resfriado se pegan á los poderosos, y pensando que lo que me daban á mí, les habia de hacer falta á ellos, me hacian mal tercio, y muchas veces eran ocasion de salirme en *albis*, y otras de disminuirme las dádivas. Yo les decia: Caballe-

lleros lanzarotes, ya que no gozais de la gloria del dar, no impidais el infierno del pedir; y si sois tutores de las haciendas de los Señores, sed curadores de sus honras y famas; pues no la gana un poderoso con henchiros á vosotros las balixas, ni á sus criados los jergones, ni con transformarse en Primaveras de galas: pues diferente renombre ganó Alexandro con dar, que no Heliogabalo con banquetearse, y desperdiciar brocados y diamantes: y diferente fin tuvo el uno por ser dadivoso, que el otro por ser gloton: y el que da imita á Dios, que siempre nos está dando á manos llenas infinidades de gracias y mercedes; y el que no da imita al mismo demonio, que solo nos regala con pesadumbres y sobresaltos. Despues de haber hecho mi ronda, dí en querer probar la ventura, y en jugar con todos los Titulos y Coroneles, como

si yo lo fuera, ó gozára de sus rentas: y unas veces por venir la mia debaxo, y otras por entrarle á treinta y nueve el *As*, me dexaron á escuras de lo que habia ganado en todas mis corredurias, y de las mercedes que me habian hecho en aquella Corte, y de las mercancias que yo habia vendido en ella; porque á tanto extremo ha llegado mi codicia, que no he hecho ningun viage, que no haya cargado de ellas, llevando siempre cosas de poco volumen y de mucho valor, y de aquello que carecia en el Reyno adonde llevaba los despachos: pero no hay estreñido que no vaya de cámaras. Al fin, sin poderme aprovechar de las lecciones de mis primeros amos, por jugar con gente de *Libera nos Domine*, me vine á hallar como Juan Paulin en la playa, y tan aborrecido de todos, por la gran pérdida que habia hecho, que

que andaba como el alma de Garibay, que ni la quiso Dios, ni el diablo. Pero por no dar un buen dia á las corrientes de Flegetonte, ni venganza á mis competidores, valiendome de unas resultas que me habian quedado, tomé la posta para ir á la Villa de Pasan, junto del Danubio, Corte del Archiduque Leopoldo. Pero apenas habia corrido media legua, quando pasando por un ameno jardin, que está cercano al camino Real, me conocieron unos Señores y unas Damas, que estaban en él holgandose, y hicieronme apear á tiempo que se cubrian las mesas de un opulento banquete; y yo, por ser rogado, y por aliviar mi melancolía, cerre los ojos, y embestí con platos diversos y con vinos diferentes: pero entrando de victoria, salí de rendimiento, porque tantos á uno, era fuerza que diesen conmigo al través, y para aco-

modarme mejor de ropa blanca, el postillon que llevaba por guia quedó de tal forma, que no le pudiera guiar á él un Exercito entero: y creo, que á ser convidados los caballos, pasáran tambien el mismo detrimento. Corrimos los dos parejas tan iguales, que nos apeamos á un mismo tiempo, comimos, y bebimos á un mismo tiempo, y caímos á un mismo punto. Acabado el banquete, hicieron diligencias aquellos Señores, segun supe despues, para ver si nos podian volver en sí, pero advirtiendo que era cosa irremediable, nos mandaron llevar á una praderia, dentro del mismo jardin, adonde estaban nuestros caballos. Cargaron con nosotros dos docenas de criados, cantandonos cien responsos, y haciendo cinquenta paradas, y echandonos mil jarros de agua; mas fuera muy poca toda la del convecino Danubio, para apagar tan-

tanto fuego. A la tarde, despues de haberse holgado muy bien con diferentes instrumentos, se volvieron todos aquellos Señores y Damas á la Corte, dexandome encomendado al Jardinero, para que tuviese cuidado de mí, y de los caballos y maletas. Quiso mi ventura, que otro dia de mañana acertáse á pasar uno de los caballos nuestros, tan cerca de su dueño, que le puso pié con pata, y zapato con herradura. Obligóle el dolor y la carga á volver á este mundo, habiendo estado en el paraíso de Baco. Sentóse lo mejor que pudo, por no atreverse á levantar, desde adonde no costandole poco trabajo me despertó. Sentéme tambien á su lado, tan atolondrado como él, y tan fuera de mí, que no reconocia en la parte que estaba, porque imaginaba haber pasado de la gran Constantinopla. Preguntéle al postillon, ¿que quán-

quántas postas habiamos corrido? Y respondióme, que á su parecer mas de docientas, segun se sentia de molido y cansado. Puseme en pié, sirviendome de bordon la cola de uno de los dos caballos: el qual, por no ser casado, tuvo ánimo de al son de un medio relincho darme dos pares de zapatadas, con que dió conmigo en un acopado nicho de una frondosa murta, con que me dexó hecho estatua de Baco en jardin de Flora. Y columbrando por sus berdes celosias, que el Jardinero venia hácia la parte adonde estabamos; olvidado del dolor, é imaginando que estabamos en el camino Real, y que él era pasagero que venia por él, le pregunté, ¿que quántas jornadas habia desde alli á la Corte de Viena? El, riendose de la pregunta, y ayudandome á salir de mi capilla, me volvió la cara á la parte del Medio dia, y me di-

dixo: Vé alli vuesa merced la Torre de la Iglesia Mayor de la Corte por quien pregunta? por el distrito que hay de aqui allá, puede conjeturar las jornadas que ha hecho despues que salió de ella. Quedéme mas atonito de lo que estaba, por ver el poco viage que habia hecho, pensando, segun me habia dicho el camarada, que estaba á vista de la Villa adonde iba. Dile priesa al postillon á embridar los caballos, el qual, ayudado del jardinero, se levantó, y por ponerles las bridas en las cabezas, se las ponia en las colas, lo de adentro afuera, y lo de arriba abaxo; y por ser conocido de los trotones, no llevó de la colacion que yo participé. El piadoso Velardo de aquella guerra, viendo que los tragos obligan á lo que el hombre no piensa, lo puso á punto de leva, y nos ayudó á montar en ellos; que entiendo que no le costó

tó poca fatiga, segun estabamos de pesados. Abriónos la puerta del jardin, adonde se empezó á santiguar mi Católico postillon, y picando trásero, y amorrando á la parte delante, tomó el camino de Viena, yendo yo en seguimiento. El Jardinero, como sabia que no era aquel el viage que yo hacia, nos empezó á dar voces, diciendonos, que nos volviamos á la Corte. Yo, con darle al postillon mas olas que hay en el estrecho de Magallanes, para hacerlo parar, era darlas al ayre, por lo qual, apretando las espuelas á mi descansado rocin, pasé delante de él, y habiendolo detenido, y enseñadole las torres y murallas de Viena, aun no lo podia persuadir á que iba errado. En efecto, reduciendo al caballo antes que á él, empezamos á hacer nuestra jornada. Llegué al cabo de las diez y ocho á los pies de su Alteza, el qual

se

se holgó de verme, y mucho mas quando supo que llevaba la muñeca y puntas que habia mandado traer de Flandes, y pagandome diez doblado de la costa que me habian tenido, dentro de ocho dias me despachó á toda diligencia, con aquel presente y despachos, á la Reyna su hermana á Warsovia, Corte de Polonia.

CAPITULO IV.

En que cuenta el segundo viage, que hizo al Reyno de Polonia: el desafio que tuvo con un Estudiante Polaco: la llegada á Viena y partida á Italia, y lo que le sucedió en el camino con un Capitan Aleman; y los viages que hizo á Roma y Napoles, hasta llegar á España.

Despues de haber corrido muchas postas, y pasado malos dias y peores no-

noches, por ir siempre zangoloteandoseme quaxar y tripas, por ir el uno lleno de comida, y las otras de los mejores vinos que hallaba, sin guardar la disciplina de los correos, llegué á Polonia, y dí mis pliegos y regalos á su Magestad Real, siendo Embaxador sin titulo, y Grande sin señorío. Tratóme, al fin, como Reyna, porque siempre he hallado mas afabilidad y llaneza en Emperadores y Reyes, que no en ciertos engollettados, que se bautizaron en su Alteza, y se confirmaron, y añadieron un *Don* en el anchuroso dominio de Neptuno, y se endiosaron en el primer oficio que llegaron á exercer. Todos los Señores Polacos, por respeto de la merced que su Magestad me hacia, me cargaban de dádivas, y me henchian de vino, y me trataban de Señoria, con lo qual me hallaba mas hueco que un Regidor de Aldea.

Ayu-

Ayudóme bravamente el saber la lengua Latina, porque de otro modo hubiera sido imposible entender una palabra, por la gran obscuridad de su lenguage; y porque ellos no saben de la nuestra, sino el dar Señoría á uso de Italia, por haber en aquellos Países muchos Mercadantes Italianos. Partieron sus Magestades á su gran Ducado de Lituania, adonde por antiguos fueros tienen obligacion de asistir en él un año, y dos en Polonia. Es este Estado un País muy friísimo, y de muchos y muy grandes y espesos bosques: particularmente uno llamado Viala-Vexe, en el qual su Magestad mató en solo un dia seis toros salvajes, tan feroces, que daba horror el mirarlos, y tan barbaros, que cada uno de ellos podia prestar barbas á media docena de capones. En qualquiera parte que sus Magestades hacian noche, el Señor de

de aquel distrito les aloxaba y banqueteaba al uso Polaco, con tal grandeza, que á mí me causaba admiracion, y me parecia cosa imposible, que hubiese tierra que produxese tantos regalos, ni Señores que tan generosamente diesen muestras de su poder y voluntad. Dióle á su Magestad deseo de ir á caza de las grandes bestias que tienen virtud en la uña del pié izquierdo, y llegando á un gran bosque, en muy poco tiempo dió muerte á ocho: y entiendo, que á querer darse diligencia, pudiera matar ochocientas, por ser siglo abundante de bestias. Yo consideraba, quántas racionales hay mayores que éstas, y con mayores uñas, y mas virtudes para sus provechos en las manos derechas, y no hay quien ande á caza de ellas. Yo pienso que me preservé en esta ocasion, por ser bestia pequeña, y andar el Rey á caza de

de grandes. Marchamos desde aquel bosque á la vuelta de Groden, Ciudad de Lituania, adonde por venir yo algo indispuesto, de haber querido bizarrear en tanta variedad de banquetes, caí malo: por cuya razon hallandome al cabo de algunos dias algo convaleciente, pedí licencia á sus Magestades para volverme á Alemania: la qual me dieron con mucha voluntad, y un pasaporte Real para todo su Reyno, y una carta de favor y recomendacion para mi persona, para la Magestad Cesarea de la Emperatríz su prima, y pliegos para el Archiduque su hermano, honrandome para ayuda del viage con seiscientos escudos, y con dos riquísimos vestidos á lo Polaco, y con una carroza con dos bizarros caballos (porque caminára con mas descanso, y porque no me dañáse el Sol ni el viento, temiendo no volviese á recaer el señor

Embaxador) y una guia interprete, para que me comboyáse hasta llegar á los confines de Alemania. Presentaronme tres Señores de los que iban acompañando la Corte tres caballos; como si Estebanillo fuese alguna persona de gran puesto y calidad; pero el Señor que es generoso no mira el sugeto del que recibe, porque solo se atiende al valor del que da: que el que pone excepciones, son *achaques al Viernes por no ayunar.* Contemplandome tan poderoso y en tan alto estado, me despedí de sus Magestades, y de todos los Señores y Titulos de su Corte, y poniendome en camino, salí de Lituania; y atravesando todo el Reyno de Rusia, y pasando el de Moscovia, llegué á una Ciudad del Reyno de Polonia, llamada Cracovia, que es adonde se coronan los Reyes de aquel Reyno, y adonde hay gran comercio de mercan-

cancias y muchos Mercadantes Italianos, siendo todo su tráfico y trato el de la seda. Alli tuve un desafio de los que yo no suelo rehusar con un Estudiante Polaco, sobre quien beberia mas aguardiente. Yo lo acepté al mismo punto que me desafió, pero por ser de parte de noche, y estar ya bien cenado, y mejor bebido, lo dexé para por la mañana venidera: el qual no escusé por materia y razon de estado, pues pareciera genero de cobardia huir yo la cara, viniendo con carroza, criados y caballos de respeto, y con guia á faraute. Aquella noche hice provision de esponjas y estopas, y á la noche, quitandole á mi faraute unos grandes calcetones de paño que traía debaxo de unas botas, que le pudieran servir de calzones, le metí en la una de ellas todas las esponjas y estopas en lugar de escarpin y calceton, y como quien ca-

lafatea Navíos, se las calafateé muy apretadamente. Dile la instruccion de lo que habia de hacer, y avisando al huesped, y depositando seis doblones, que era el señalado premio del vencedor, le dixe, que recibiera otros tantos de mi competidor, el qual con bacanal catadura se nos venia acercando. Dió el deposito al Patron, el qual nos metió en una sala, que nos vino á servir de palenque y estacada: dióous á cada uno un jarro de azumbre y media de la mejor aguardiente que tenia, porque peleasemos con armas iguales. Sirvióme á mí de padrino mi faraute Garci-Ramirez, y al retador otro Estudiante, camarada suyo. Pusieronnos una mesa, y encima de ella dos vasos pequeños, para que empezasemos nuestra batalla, y dos pipas y un papelon de tabaco picado, y un candelero con una vela encendida, para que se entretuvieran

los padrinos, mientras duráse la refriega. Declaróse quedar por vencedor el que diese mas presto fin á su jarro: hicieronles los Jueces salva, para ver si habia algun fraude en ellos: y habiendolos dado por justos y rectos, nos partieron el Sol, poniendonos á los dos de frente en frente, y la tabla en medio, que nos servia de valla: y en lugar de trompetas y de son de embestir, despues de habernos henchido los vasos, empezaron á enflautar sus pipas, y á resollar humaredas. Yo y mi Estudiante nos dabamos de las hastas bien á menudo y con lindo denuedo, y como era por la mañana y el País muy frio, y en el rigor del Invierno, apenas dabamos lugar á que los padrinos tuviesen tiempo de escanciarnos, porque aun no estaban llenas las ampolletas, quando ya estaban vacías. Jugabamos bien de la china, mi Escolás-

tico, que ya reconocia yo superioridad: y á no haberme valido de ardides, quedára el campo por suyo, por llevárme mas de seis vasos de ventaja, aunque se veía ya tan fatigado del peso de la cabeza, que la reclinaba á menudo sobre la tabla, y desconociendo á su compañero, se le antojaba la vela Cirio Pasqual. Quando yo ví que se habia llegado la ocasion de conseguir mi intento, haciendole á mi compañero, se acercó hácia la vela, en achaque de encender la pipa, y en lugar de despavilarla, la dexó á buenas noches: empezóse á lamentar, por la gran falta que les hacia á los dos, y el padrino contrario, haciendo del cortés, tomó la vela, y fue á encenderla. En el interin, viendo á mi competidor que estaba amorrado sobre la mesa, como jugador trasnochado y perdidoso, dándole un baño de águardiente á su bota, dexó el jarro,

ro, con menos de medio quartillo, quedandole agradecidas botas, estopas y esponjas del buen desayuno que les habia dado. Vino al punto el camarada, y tomando cada uno su pipa de tabaco, mi faraute, aun antes de dar fin á la suya, dixo, que le parecia que iba muy de espacio la procesion, y que los combatientes estaban bien bebidos y calientes, y los padrinos muertos de frio y en ayunas, y que asi queria ir á hacer que les trayesen de almorzar á costa del que perdiese. Respondió el otro, que hablaba muy bien, y que pedia razon y justicia, y que quanto antes fuera, sería mejor, porque se las pelaba de hambre. Salióse mi faraute de la sala medio chillando la bota: fue á pedirle al Patron que aderezáse con mucha brevedad de almorzar para dos, y en el interi se fue á nuestro aposento, y se quitó la vizma pródiga, y limpian

piandome la bota lo mejor que pudo, se metió en ambas sus calcetones, y volvió con lindos apetitos, y con muy buen almuerzo. Cubrió el Patron la mesa, haciendo desamorrar á mi contrario; y yo diciendo que tambien queria almorzar, me levanté, y brindandole al Patron á la salud de quien lo habia de pagar, levanté el jarro, y chupando gotas, por hacer detencion y quitar sospechas, me estuve gran rato tragando mas ayre que Brandevin; y dando fin á lo que habia quedado, empecé á publicar la victoria, y á pedir el premio de ella. Dieronme todos por vencedor, y entregandome el Patron los doce doblones, me senté muy de espacio á almorzar con los padrinos, sin que el rendido estuviese de provecho para podernos ayudar. Reconocieron lo que habia dexado en el jarro, y aun apenas era un quartillo, el qual se be-

bebieron entre los dos, y los tres dimos fin al almuerzo. Despedíme del faraute; y despues de haberle dado para guantes, proseguí mi viage, atravesando la Ungria, y regalandome con sus fuertes y sabrosos vinos. Llegué á la Corte Cesarea, adonde por verme entrar con ostentacion de carroza, y autoridad de criados y caballos, tuve ciertos bostezos de ponerme un *Don*, aunque no fuera yo el primer bufon que lo ha tenido, ni me sentára mal, siendo correo Imperial y Real, que me llamasen Don Estebanillo. Pero porque no hicieran burla de mí, como de muchos que los tienen sin tener caudal con que sustentarlos, me empecé á santiguar, diciendo: *Líbrenos Dios de tan mal pensamiento.* Informaronme en Viena de como mi amo habia pasado á Italia, y que desde allí se habia embarcado para España: cuya nueva sen-

tí en extremo, por carecer de la merced que me hacia, y que por su respeto me hallaba en tanta propiedad. Fuime á Palacio á dar á su Magestad Cesarea la carta de recomendacion que traía de la Polonia, la qual despues de haberla leído, me prometió favorecerme en quanto se me ofreciera, y por ser á quatro dias de mi llegada dia de año nuevo, cobré mi aguinaldo de todos los Señores de aquella Corte: los quales me doblaban la parada, por verme Gentil-hombre de carroza. Pero por no hallarme con gusto cumplido por estar ausente de mi amo, me determiné de pasar á Italia, para ir en su seguimiento; y para ponerlo en execucion, me fui á despedir de las Cesareas Magestades: y despues de haberme mandado dar una ayuda de costa y un Imperial pasaporte, me honró la Emperatríz con una carta de favor para el Católico

y

y Poderoso Rey de España su hermano y mi Señor. Despedíme de toda la Nobleza; y haciendo almoneda de mi carroza, tomé el camino de Italia. Rogóme á la salida un Capitan Genizaro que lo lleváse á caballo hasta Milán, pues que llevaba quatro de vacío, que él cuidaria del que yo le entregára. Imaginé que no me estaria mal el ir acompañado tan largo y peligróso camino, y mas de un Capitan: por lo qual correspondí con obras á sus palabras. Montó encima del que le pareció mejor, porque era hombre mal contentadizo, y no poco presumido, aunque no lo cargó mucho de maleta, porque presumo, que habia hecho de algun escarpin de cuero la pequeña llevada. Era el tal Señor Veintiquatreno en sus comidas, y no en el paño de su capote. Y porque yo no entendiera qué era modo ahorrativo, me decia, que le hacia mal el cenar

nar de noche, y que era cosa muy saludable á la vida humana el dormir desembarazado el estomago; pero la noche que yo le convidaba, no reparaba en humanidades ni en embarazos. Pasamos toda la Stiria y el Tyról, y entramos en País de Grisones, adonde el Señor Capitan Aleman me dixo, que él era conocido por aquellos Países, y que podria ser que hubiese allí Señores ó Soldados que lo hubiesen visto en Alemania con su Compañia, y á mi con la esquadra de mis chanzas: y que así importaba á su reputacion, que yo pasáse plaza de criado suyo, y esto con un genero de gravedad, y un modo de aspereza, que me dexó atemorizado: aunque sábe muy bien el Cielo, que estuve por dexarlo á pié, para que fuese hasta Milán, sobordonándo con su ginéta, si acaso la llevaba doblada en la estrechura de su maleta. Pero te-

temiendo no se me alzára á mayores con el caballo, y á mí me diera media docena de muertos por el alquiler de él (porque como se habia salido con no querer sustentarlo, tambien se saliera con lo que se le antojára) callé y sufrí, consolandome con que mi nuevo amo comia cada dia una comida muy ténua, y el señor su criado comia tres, y bebia trescientas. Iba, siempre que caminábamos, muy adelante de nosotros, teniendo acaso de menos valer el dexarse comunicar, y yo y mis criados Polacos nos gloriabamos en irle siempre cortando de vestir, porque obligará un figuron de estos á que murmure de él el mas Capuchino: porque no hay ley ni razon que obligue á ser grave á quien ha menester servir y agradar para no morirse de hambre. Pero hoy todo el mundo está lleno de Bartolomicos, pues hay criados de Señores, que

apenas se hartan de lamer los platos, y por verse con esperanzas de rico, ó con una gala perdurable, tienen mas toldo que sus amos, y mas humos que Alcoroon.

Llegamos á Chavena, adonde me embarqué yo y mis caballos y mis criados, y en vanguardia el Capitan mi Señor: el qual como me vió que iba algo rostrituerto, y él se halló en tierra del Rey de España, me empezó á echar rodamontadas, como si fuera estraño para mí, siendo medio Gallego; y patria para él, siendo medio Aleman. Convidéle á cenar en colmo, disimulando el enojo, con intencion de pegarsela en Milán, y porque no se despartiese de mí hasta llegar á él; y sin reparar en digestiones de estomago, comió como leproso, y bebió como hydrópico. Otro dia, cumpliendose lo que yo tanto deseaba, entramos en aquella rica y nom-

nombra Ciudad de Milán, adonde elegimos por posada la de Falcon. Díxele al Capitan la noche que llegamos á ella, que pagáse la comida de su caballo, pues demás de haber venido en él de valde, le habia yo hecho la costa todo el camino, habiendome ofrecido á la salida de Viena muy diferente de lo que me habia cumplido. Respondióme, que no solamente no queria, pero que ni aun le pasaba por la imaginacion: que la pagáse yo, pues ganaba él dinero á decir gracias, que el suyo era ganado á mosquetazos, y que harta merced y honra me habia hecho en traerme en su compañia, y de admitirme en nombre de criado suyo. Yo, quitandome de ruidos, como enemigo que soy de ellos, me retiré á reposar muy de espacio, y venida la mañana, me fui á ver á su Excelencia el Marqués de Velada, que era Gobernador de

aqu

aquel Estado, al qual me quexé muy en forma de lo que habia usado conmigo el espetado Capitan, y Genizaro grave: con que se alegró mucho, por oír el modo con que se lo pinté. Y como Señor tan discreto y entendido, despues de satisfacerme con premio la relacion, no quiso que nadie se quexáse de su justicia, y asi me remitió al Auditor General, á quien habiendole yo informado de la mucha que tenia, y que mi Capitan Holofernes eran sus bienes castrenses, movibles, y no raíces, y su persona portátil; le envió media docena de Ministros Audienceros, á que lo hiciesen parecer á juicio, ó le arrestasen en la misma posada, estando todos á su costa y pension en guardia de su persona. Llegué haciendo el oficio de Judas con los tres pares de alfileres con alma á la posada, y lo hallé lavandose las manos, siendo Pilatos los

que

que venian por él, y el que había de ser sentenciado. Notificaronle el Auto, que fue para su gusto peor que de Inquisicion, y mirandome muy de espacio con sus Genizaros ojos, y dandome el vos que dán los Señores, me dixo, que no dixese mal del dia hasta que fuese pasado, porque aun habia Sol en Peral. En efecto no pude decir mal del presente, porque fui satisfecho antes de ponerse. Dióme por via de acuerdo veinte escudos, y echóme por via de ronca mil amenazas. Vendí los cinco caballos en cien doblas, con que acrecenté el caudal, y aligeré de costa: despedí los criados, porque solo los ha de tener quien tiene renta segura para sustentarlos; que para matarlos de hambre, y traerlos desnudos, qualquiera se los tendrá. Viendome libre del Capitan Faraon, y de siete bocas Polacas, que eran para mí las del Nilo en lo rápi-

das y borrascosas, me salí á espaciar, y á dar una vista á la Ciudad, y á dexarme ver. Y cómo iba hecho á lo de Brusellas y Viena, que todos me hablaban, y todos me conocian, y en todas partes entraba, y en las mas de ellas tenia provechos; estrañé el nuevo paseo, porque todos me miraban, y nadie me hablaba, y en el poco tiempo que me detuve en aquella Ciudad, si daba, lo recibian con buen humor; y si pedia, me daban esperanzas con buenas palabras: y asi por las vísperas saqué los difuntos, echando de ver, que no era mercancía la mia al uso de aquel Estado, pues solo dos Señores compraron, y gustaron de ella, que fué Don Fadrique Enriquez, Gobernador del Castillo de aquella Ciudad, y Don Vicente de Gonzaga, General de la Caballería. Estos fueron los dos peregrinos en esta Jerusalén; pero mas vale pocos

y

y buenos, pues cada uno de ellos me dió muchas doblas. Supe que mi amo no volvia á Italia, y que me aseguraban, que se habia de embarcar para Flandes, y viendome sin amigos ni conocidos, ni tener parte donde divertirme ni entretenerme, dí en hacer visitas á costa de mi dinero, y á darme á conocer á peso de mi caudal, y á cebarme en el juego en destruccion de mi bolsa, y sobre todo, en tener amigos que solicitaban mi perdicion. Y para concluir con mi suceso, digo, que en solos dos meses que jugué como poderoso, que desperdicié como pródigo, que gasté como heredero de padre miserable, me quedé como en Viena, quando me obligó otro tal disparate como el presente á ir por la posta á la Corte del Archiduque Leopoldo. Y porque en todo imitára este trance al otro, me despedí del Marqués de Velada, de quien tuve, de-

más del pasaporte, con que poder pasar el camino. Salí á boca de noche de la Ciudad, como gran Señor, ó como Mercante de banco roto: metíme en la carroza que iba á Florencia, adonde nos hallamos una mezcla de todas yerbas, asi de oficios, como de Naciones; porque iba en ella un Judío de Venecia, un esmarchado Milanés, que salia á cumplir diez años de destierro, una Dama Siciliana, que por ser antigua en aquella milicia, iba á ser visoña en la de Liorna, un Frayle Catalán, que iba á Roma á absolver de ciertas culpas, y un peregrino Saboyardo, que iba á confesar algunos pecados reservados á su Santidad. Llegamos á Bolonia la Grasa, adonde nos detuvimos dos dias, por ver el gran concurso de gente que se habia juntado á ver efectuar las paces, y publicarlas entre los Principes de Italia. Al tercer dia caminamos

por

por las montañas de aquella Ciudad y en sus confines tuve en una posada una pendencia muy reñida de voces, y muy quieta de manos, por causa de ser el huesped tan alentado como yo. Fue la causa el pedirme la cantidad de seis bocales de vino de solo una comida: cosa tan fuera de la medida de mi barriga y de la quietud de mi cabeza, que me hacia patear ver tan manifiesto robo. Porque aunque es verdad, que se han visto mis tripas con muchas mayores sumas, no ha sido quedando ellas secas, como de presente estaban, ni en la tranquila bonanza en que se hallaban, ni mi cabeza tan libre de vapores, ni el juicio de lucidos intervalos, ni la lengua tan escasa de pelos y borrones. Mas en efecto vino á valer mas su mentira, por estar en su tierra, que mi verdad, por estar en la agena, quedandome al cabo de todo yo con mis voces, y

él con mis dineros; porque todos los Países que son de confines, como éste lo es de diversidad de Potentados, son los Patrones de sus hosterias ultimos fines de la sangre y sudor de los pobres pasageros. Llegamos á Florencia, que con justo titulo empieza su nombre en flor, por ser breve jazmin de las Ciudades de Italia, y nueva maravilla de Europa, y antigua admiracion del mundo. Quando ví tan espaciosas calles, empedradas de losas, Catedrales, los desperdicios de sobras de bastimentos en la llanura de sus insignes plazas, lo abastecido de carne y caza, la sobra de fruta y flores, y lo colmada de agua de olores y de vinos odoriferos; me quedé suspenso, imaginando, que es poco curioso el que puede, y tiene con que ver esta Ciudad, y lo deya por negligencia, y que no puede decir, que ha tenido regalo cumplido, quien no ha

estado algun tiempo en ella. Y como cada uno se inclina á lo que mas apetece, yo me aficioné de tal suerte á sus vinos, que aun lloro el no poder gozar de su admirable y substancial verdéa. Parecióme, que quien habia visto esta Ciudad, ni le faltaba mas que ver, ni que habia mas que desear. Hice alto en ella, eligiendola por mi Corte, hasta tanto que supiese nuevas ciertas de mi amo. Y por curarme en salud, antes que me apretáse la hambre, cosa jamás conocida en los que son prácticos en mi oficio, fuí á visitar al Principe Matias, hermano de su Alteza de Toscana, ante cuya grandeza fue bien venido, quedando su Alteza alegre, y yo contento, por haberme conocido en Alemania, quando hice el oficio de Sacamuelas. Sin reparar en mi humilde sugeto, no pareciendo á los Caballeros gorrones atrás referidos, sino á los Principes

de su valor y calidad, me introduxo con su Alteza el gran Duque su hermano; y despues de haberle dado parte de las buenas que yo tenia, y de las virtudes y propriedades que en mí concurrian, me alcanzó licencia para poderlo entrar á ver y hablar todas las veces que estuviese en la tabla. Pero despues, habiendo gozado de mi buréo, y conociendo mi buen humor, y habiendo sido informado de un sobrino de mi amo, llamado Don Francisco Picolómini, Gentil-hombre de la Cámara de su Magestad Cesarea, y Caballero del Habito de Santiago, y Capitan de su Guardia Alemana, de como habia servido á su Alteza Serenísima el Infante Cardenal, y la gran entrada que habia tenido con sus Magestades Cesareas, y con el Rey de Polonia; me dió libre facultad, para que lo entráse á ver á todas horas, y mandó que se

me

me diesen quatrocientos escudos, y todo aquello que necesitáse para el sustento y adorno de mi persona, todo el tiempo que yo gustáse de servirle. Habiendo gozado algunos dias de tan lucido tratamiento, me envió su hermano el Príncipe Cardenal Carlos de Medicis, Generalísimo de la Mar, con un despacho de Cartas á Liorna, adónde de presente se hallaba la Marquesa de los Velez, aguardando órden y buenos temporales para embarcarse sobre quatro Galeras de su Alteza de Toscana, para pasar con ellas á Sicilia, adónde estaba el Marqués de los Vélez su marido por Virrey de aquel Reyno. Llegué á Liorna, y en virtud de los despachos que llevaba, salieron aquel mismo dia las quatro Galeras con muy próspero viento, en las quales me embarqué por orden que traía de su Alteza, de ir entreteniendo á la Marquesa hasta

la Ciudad de Nápoles. Llegamos á Puzol, quatro millas de la dicha Ciudad, adonde su Excelencia el Almirante de Castilla, que era Virrey de aquel Reyno, la salió á recibir, y á ofrecerle su Palacio y hacienda, suplicandole saltáse en tierra, para poderla servir y regalar. Y escusandose la Marquesa, por tener la mar en calma y el viento favorable, se despidieron los dos: y yo, por parecer persona de importancia, hice lo mismo, regalandome su Excelencia, por haberla acompañado desde Liorna, con cien escudos de oro. Acogíme á mi nuevo retiro de Nápoles, al qual hallé tan fértil y poderoso, como lo habia dexado; pero todos los amigos y conocidos y paraderos tan trocados, que me causó admiracion y asombro. Fuí á visitar la taberna principal del chorrillo, y halléla tan diferente, y tan en baxo estado, que llegué á dudar

dar si era aquella la misma que ser solia. Fuime al quartel de los Españoles, el qual hallé tan desierto, que parecia sombra de aquello que habia sido. Supe en él, como todos mis camaradas, que se sustentaban de ser desfacedores de tuertos y agravios de Damas de alta guisa, de hacedores de pares, y alborotadores de pendencias, estaban unos muertos en desafios, otros huídos, y otros en galeras, y otros ahorcados. Fuime á entretener con las Damas, adonde acabé de ver la mayor mudanza, que pueden contar las historias pasadas, porque las que dexé viseñas, estaban ya jubiladas; las que eran mozas y ollas, las hallé viejas y coberteras; las que habia dexado en el amago de la senectud, las hallé pasando plaza de hechiceras y brujas, y primera, segunda y tercera vez subidas en azotea, y residentes en Corozain. Consi-

deré, quán breve flor es la hermosura, y con quánta velocidad se pasa la juventud, y quán á la sorda se acerca la muerte, y qué de mudanzas hay de un dia para otro: por lo qual no me espanté de hallar en el tiempo de doce años, que habia que faltaba de aquella Ciudad, tanta variedad de mudanzas, y tanta diversidad de ecaecimientos, y mas en gente que vive muy de priesa, y ellos mismos como la mariposa solicitan su fin. Hallandome tan solo, adonde pensé andar muy acompañado de tantos amigos y camaradas viejos que habia dexado, empecéme á pasear, y á gastar conmigo lo que habia de gastar con ellos. Buscaba la mejor fruta, solicitaba la mejor caza, gastaba los mejores vinos, y ordenaba en mi posada, que estuviese la nieve siempre sobrada. Y teniendo noticia que se embarcaba para España el Duque de Medina de

las

las Torres, Virrey que hay sido de aquel Reyno, me fui al muelle, y me embarqué en su misma Galera: el qual, por la nueva conciencia, me hizo una burla, aunque ligera al parecer, muy pesada para mis costillas, pues no siendo yo nada liviano, hizo pasarme por toda la Galera en el ayre de mano en mano, como si fuera mi cuerpo un saco de paja, dandome despues, para que se me apaciguára el susto del paloteado, una docena de doblas. Tuvimos antes de llegar á Gaeta una razonable borrasca, y despues de haberla pasado, llegamos á dar fondo en el ancho y espacioso muelle de Liorna. Despedíme del Duque, y saltando en tierra, tomé la posta para Florencia, adonde dí parte á su Alteza de toda la jornada y sucesos de ella. Estuve alli muchos dias, teniendolos todos buenos, y no pasando ninguno malo; pero como

te-

tenia voluntad de ir á España á buscar á mi amo, por parecer criado de ley, estaba con algun genero de disgusto; y asi me determiné de pedir licencia á su Alteza, el qual me la dió, y un razonable donativo con ella. Y despues de haber hecho lo mismo con los Principes sus hermanos, y recibido ofrendas como de tales manos, tomé el camino de Roma, para saber antes de partir á España en el estado que estaban mis hermanas, por haber infinidad de tiempo que no habia tenido nuevas de ellas: que aunque es verdad, que por mis grandes travesuras no me habian hecho ninguna amistad, al fin eran mi sangre, y á quien deseaba todo bien. Al pasar por Siena, fui á visitar al Arzobispo de ella, hermano del Duque de Amalfi mi Señor, el qual, habiendose enterado de toda la peregrinacion de mi viage, y de los buenos ser-

servicios que habia hecho, y quan importante era mi persona para la República de los Palacios, mandó que me diesen, despues de haberme regalado, cinquenta escudos, y cartas de favor para la Ciudad de Nápoles. Agradecíle la merced, y proseguí mi camino.

Llegué á aquella cabeza de la Christiandad, á quien siempre he tenido en lugar de Patria, por haberme criado en ella: me fui derecho á mi casa, la qual hallé en poder de segundo poseedor. Pregunté en ella á qué parte se habian mudado mis hermanas; y me respondieron, que de esta vida á la otra. Sentí sus muertes como hermano, porque solo iba á verlas, para hacerlas obras de tal, arrepentido de los disgustos que las habia dado. Hice pesquiza, para ver si me habian dexado por heredero, y supe, que se habian casado, y dexado hi-

hijos, con que me encomendé á la paciencia, y ahorré de lutos. Fuime una mañana paseando á ver el Cardenal Matey, por haberlo conocido en la Corte Imperial, estando por Nuncio Apostólico, en quien tuve un buen amparo y buena estrena. Hizo lo mismo conmigo el Marqués Matey, General de las Armadas de su Santidad; á quien yo habia comunicado y recibido merced en los Estados de Flandes, estando por Coronél de la Armada Imperial, como atrás he referido. Fuile aquella misma mañana acompañando á un jardin, que tiene extramuros de Roma, llamado la Navicella, que demás de ser en hermosura un prodigio de naturaleza, es de los mas nombrados de la Europa, adonde excediendo la grandeza del dueño con la belleza de aquel Palacio de la Floreda y Alcazar de Amaltea, dió un banquete, que si no excedió á

los

los que hicieron los Emperadores de aquella Corte, por lo menos pudo merecer nombre de competidor; y por lo mas eternizar la fama de tan generoso Señor. Y como el Marqués tenia criados de todas Naciones, conducidos de Flandes y de Alemania, y de su natural no son ranas, sino mosquitos, y aquel dia todo anduvo sobrado, cargaron de tal manera con los demás criados de los convidados, que transformados en leones, se daban batallas campales unos con otros, sin atreverse nadie á meterlos en paz, por conocer de la suerte que estaban. Y habiendo yo salido harto mas cargado que todos ellos, y mas valiente què un gato viendose apretado sin recelar peligro, metí mano á la espada, y me puse en medio de ellos, sin saber á qué, ni para què, tirando á diestro y siniestro golpes, que los dexaba aturdidos; pero haciendose to-

dos una gavilla contra mi, sin respetarme por lobo mayor, me dió uno tal revés en blanco, por ser de llano, que me hizo hechar por la boca todo un tajo de tinto. Pusose toda la gente lacayuna en huída, pensando que me dexaban muerto: y yo creo que estaba en visperas de ello. Empecé á grandes voces á pedir confesion: acertó á hallarse alli un Doctor de Medicina, y llegandose á tomarme el pulso, viendo su grande alteracion, y las bascas y trasudores y agonias que pasaba, sin informarse de la causa de mi accidente, mandó al Jardinero que hiciese diligencia de buscar quien me confesára, porque tenia muy pocas horas de vida. El buen hombre, porque no muriera como un alarbe, estando en tierra Christiana, me traxo á grande priesa al Capellan del Marqués, el qual, asi que vió el penitente, se empezó á reir, por haberle di-

cho que un Doctor me habia desauciado, y queriendo ver la herida de que decian que procedia mi mal, me quitó el sombrero, y halló limpia la cabeza de sangre, y sin mas mácula que un pequeño burujon, causado del cintarazo que me habian dado. Preguntó á los que se habian hallado presentes á la pendencia, que si tenia mas heridas que aquella; y habiendole dicho que no, le dixo al Jardinero: Si todas las veces que á este hombre le da este mal, le hubiesen de confesar, fuera necesario que siempre lleváse consigo un Capellan: su enfermedad necesita de sueño, y asi hagalo retirar á un aposento, que yo salgo por fiador de su vida; y dígale al Medico que lo deshaució, que esta dolencia, como es de herida y mordedura, compete á la Cirujia, y que asi no me espanto que haya errado, porque de acertar, anduviera

contra el estilo de su profesion. Fuese á dar cuenta del suceso á todos aquellos Señores, y el Jardinero me metió en una sala baxa, adonde me hallé á la mañana fuera del peligro, y libre de todo mal. Despedíme del Jardinero, agradeciendole la amistad que me habia hecho en haber sido mi enfermero: y volviendome á Roma; me avisaron unos conocidos antiguos, de como un barrachel habia tenido noticia de mi llegada á aquella Corte, y que andaba en mi seguimiento, para prenderme por travesuras pasadas. Y por no verme en poder de Justicia, ni pagar pecados viejos, me fui á Ripa-Grande, y me embarqué en una falúca Napolitana que hallé de partida, sin tener lugar de meter ninguna cosa de regalo para la embarcacion. Salimos de Tiber con algun poco de trabajo al desembocar en la playa; pero hechos al mar, ayúdados

dos de un viento fresco, tuvímos un próspero viage. Habia embarcado un Gentil Hombre Romano, que iba en la dicha falúca, un medio tonel de vino, que por ser amable, ó angelical, lo llevaba de presente á un amigo suyo Napolitano: y tanto lo alabó, y encareció un dia, que me despertó la voluntad y me dió gana de beberlo á la noche; y aprovechandome de mis ardides y trazas, llegando por la obscuridad de la presente á una cala; me arrimé al dicho tonel, y fingiendo quedarme allí á dormir, me senté sobre un banco, y quando eché de ver que todos estaban reposando, quitando el tapadero que llevaba á la parte de arriba con un reforzado cuchillo, y haciendo caballera á una pipa que llevaba para tomar tabaco en humo, pues sin ser verdugo le quité la cabeza de los hombros, me puse sobre la mia el sombrero, por-

que si alguno despertára, no me cogiera con el hurto en las manos, teniendo en ella cubierto el rostro y tonel, y metiendo la pipa entre los cristales de aquel nectar suavísimo, empecé á chiflar de tal suerte, que no sentí la frialdad del mar, ni el rocío de la mañana. Con este alivio de tripas llegué á Nápoles, habiendo tenido siempre cuidado de volverlo á tapar bien, y de haberle hecho tales salvas, que á haber hallado ingenio con que poder alargar ó añadir la pipa del tabaco, hubiera llegado vacío: aunque si va á decir verdad, no llegó muy lleno. Desembarquéme en el Molo pícolo, adonde hallé que estaban veinte y cinco Baxeles para hacer viage á España, á llevar gente de guerra, levantada en aquel Reyno, de lo qual me holgué en extremo, por llevar en ellos asegurada mi persona y muebles. Embarquéme en aquel jar-

din de Italia, y en aquel abreviado globo, gastando el tiempo que me detuve en él, hasta partir la Armada, en oír Comedias Españolas é Italianas, que son pasto del cuerpo y recreacion del alma. Entreteniame en ver en el largo del Castillo la variedad de montambaneos y charlatanes, la poca venta de sus badulaques, y la gran multitud de sus arengas prosas y oyentes noveleros. A este tiempo se hicieron las honras por la muerte de la Reyna nuestra Señora; y en feudo de vasallage puse este fúnebre Epitafio en su Real Túmulo.

Este de lutos Pielago eminente,
Este de gradas etna relevante,
Este de luces Febo refulgente,
Este de rayos Jupiter Tonante,
Este de llamas Faeton ardiente,
Este de fuegos Icaro arrogante,
Este de olores Celestial consuelo,

Este de voces Chrubin del Cielo:
Es Túmulo Real de una Belona,
Es Pyra Imperial de una hermosura,
Es Sepulcro feliz de una Leona,
Es Urna Angelical de una luz pura,
Es triunfo de Isabél, de una Amazona,
Tan santa Reyna y celestial criatura,
Que dexando en Madrid reliquias bellas,
Al Cielo se partió á pisar Estrellas.

Iba de quando en quando á ver á su Excelencia el Almirante de Castilla, el qual me mandaba dar cien reales cada vez, como visita de Doctor de Camara Real. Favoreciame tambien el Conde de Celano, y el Principe de Vifinaro, por respeto del Arzobispo de Siena, y de Don Tiberio Carrafa. Dí en tener mis devociones quotidianas, y en visitar todas las estaciones de lo caro, por probar de todo, y dar

con lo que tenia en el lodo. Gastaba tan largo, que algunos que me conocian, y otros, que sin conocerme se me habian pegado, pensaban que habian muerto mis hermanas sin herederos, y que venia de heredarlas: que tambien tienen sus pegatostes los Gentil-hombres de la bufa, como los Generales y sus Tenientes. Pasó de tal suerte la fama de mi ostentacion y gasto, que se enamoró de mí de solamente oídas una cortesana recien venida, de razonable cara, pocos años y menos galas, que con esto se echará de ver de la suerte que anda el mundo; la qual me dixo, llegandola á ver, que se habia inclinado á mi persona, y no á mi dinero. Y aunque me pareció milagro en muger de tal porte, me persuadí tanto quanto á que podia ser verdad; porque tiene tanta fuerza y virtud la fama del generoso, que demás de ser imán de sus potencias y

sen-

sentidos, se lleva trás sí las gentes, piedras, animales y plantas, como el Musico de Tracia. Y de justa ley y razon se las habia de llevar trás sí el que es miserable; á las gentes para escarnecerle, las piedras para apedrearlo, las fieras para que lo despedazasen, y las plantas para hacerlo chicharron. Yo, escarmentado del trato de tales Damas, y no en cabeza agena, sino en la mia propia, me quise escusar, por estimar mas morir gustando vinos de taberna, que vivir probando acibares de zelos; pero al fin no me pude resistir, porque me convirtió, siendo pecadora, con decirme, que no queria de mí otra cosa, mas de que comiese y calláse, y que sirviese de mozo de ciego, en adestrar boquimuelles, y en encaminarla contribuyentes. Yo, por probar si aquella muger era de otra masa que las demás de su profesion, pues no trataba

de

de pelarme, sabiendo que tenia copia de plumas, aceté la conveniencia con todos los pactos y capitulaciones que me pedia; y desde aquel mismo dia me iba á las casas de conversacion, y en tratando en materia de Damas, aseguraba, que no habia otra como la referida, ni de mejores partes, ni de mayor aseo, ni de mas buena conversacion: y de tal manera la alababa, que provocaba á muchos de los oyentes á pedirme que los llevàse á su casa, ó á irse ellos solos, por no dar á entender su pasion; y con lo que mas los incitaba, era con decir, que no era cosa mia, sino que la habia oído alabar á todos los Señores adonde yo tenia entrada, y que habia ido con algunos de ellos á visitarla, y me constaba le habian dado muchas dádivas y regalos, y que habia mas de dos muy picados. Con esta flor, en tiempo de dos meses llegó á estar tan bien pues-

puesta, y se halló tan pretendida y festejada, que no mirando que la hallé en paños humildes, y que la habia alquilado galas (porque aun para ser una muger mala ha menester caudal) para que pareciese lo que yo publicaba, y que me debia en verse en tanta altura, por los testimonios que le habia levantado: me dixo una tarde, que me recatáse de entrar en su casa; y que si me pudiera escusar de no entrar en ella, lo tendria á favor, porque una enemiga suya, habiendo aquel dia tenido una pendencia con ella, la habia llamado de bufona, y que si los galanes lo llegásen á entender, corriamos los dos muy gran peligro, y ella perderia mucha reputacion. Yo no pudiendo llevar en paciencia tantos puteriones y desagradecimientos, alcé la mano, y dile un par de tamboriladas, que no se las dió mejores el Obispo que la confirmó, y haciendo

do del rufian, le dixe: Dile á tus bravos, que me las vengan á pedir, que Estebanillo Gonzalez me llamo por mar y tierra, medio Gallego y medio Romano: y echando estas y otras roncas me salí á la calle, empuñando la espada, y calando el sombrero; y ella disimulando, por no publicar su agravio, me dixo, que aunque se echára con un negro con una jeta de un geme, me habia de hacer cortar la cara. Y aunque le dí á entender no hacer caso de toda una Armada, fue tanto el miedo que concebí, que cada instante me atentaba el rostro, por ver si lo tenia rabanado, y á cada paso lo volvia atrás, para mirar si venia algun galan suyo en mi seguimiento, ó si salia la criada á tomar la demanda; que pienso, que segun yo iba, y segun mis brios, bastára ella á dexarla vengada. Y desde entonces, en viendo un negro, me aparto media legua de él,

él, porque temo no venga de su parte á cumplir el favor que me prometió. Fui hecho una basura de temor á buscar un par de valientes de los de la fama, de quien poderme amparar; y hallé dos que me dexaron sin ella, porque quien no tiene dineros, ¿qué fama puede tener? Estos tales, por dos desventuradas bofetadas que habia dado, le dieron mas de docientos venturosos bofetones á mi bolsa. Declaréles todo el suceso, y ellos encareciendo el atrevimiento, y exágerando el riesgo, me llevaron á hacer consulta del remedio á la audiencia de una taberna: y despues de haber hojeado los Bártulos de media docena de platos, y los Baldos de una docena de garrafas, me pidieron quatro de á ocho para gastar en espías, y informarse con todo secreto de la agraviada y de su sirvienta, si se habia querellado á algun galan suyo; y asimis-

mismo para andar en seguimiento de los que la entraban á visitar, para ver si en saliendo de su casa venian en busca de la mia. En conclusion, cada dia me daban avisos falsos con personas echadizas, de que habia dado cinquenta escudos á unos esmarchazos del País, para que me dividiesen la facha, ó me faciasen: y cada dia se me agregaban mas valientes, para andar en busca de ellos, haciendome contribuyente de todos, por persuadirme, que por sus respectos, y por saber que era camarada de tantos hombres honrados, no se atrevian á ofenderme, y que me convenia andar de dia con escolta, y á boca de sorna con patrulla, siendo todo una mentira y embeleco, y una pública estafa. Tuve suerte de encontrar una tarde á la criada de la parte ofendida, á la qual, por ir cercado de tanta valentia, me atreví á llegar á hablarla, no diciendo

doles quien era: y dandole quexas del rigor de su ama, en pagar á quien me matáse, habiendole hecho tantos servicios, me aseguró con todos mil juramentos, que aun no le habia pasado tal por la imaginacion, y que antes estaba muy arrepentida de lo que me habia dicho, y muy pesarosa, porque no habia vuelto á su casa; porque despues que la había dexado, tenia muy pocas visitas ó ningunas: y que para que mas me satisfaciese de la voluntad que me tenia, que leyese aquel villete que traía, con el qual habia mas de una semana que me andaba buscando para darmelo, y que la respuesta fuese el ir yo mismo á desenojarla, porque seria bien recibido, y que ella, aunque pobre criada, salia por fiadora de qualquiera riesgo ó daño que sobre aquel particular me viniese. Recibí el papel, y dandole entero credito á la pucheril Embaxadora,

ra, le dí un real de á ocho para alfileres, por la buena nueva que me habia dado; y prometiendole, que haria lo que su Señora me mandaba, me despedí de ella, y ocultando el villete, me volví al corrillo, adonde me esperaban. Fui con ellos á Palacio, dandome por desentendido de la picardia que conmigo habian usado, pues me habian hecho sentir mas el miedo que habia tenido, que no el dinero que habia gastado. Llegamos al cuerpo de Guardia, y diciendoles que me aguardasen, que subia á hablar á su Excelencia, me aparté para siempre jamás de aquella quadrilla de pretendientes de galeras y solicitadores de horcas. Paréme en las escaleras á leer el papel de mi bien costosa Dama, el qual decia de esta forma:

Señor Gallego Romano,
Hombre de chanzas y burlas,

Que ha probado todos bodrios,
Y campado de garulla:
Mas ruído que bayeta,
Mas descollado que grulla,
Con mas flores que Verano,
Y mas conchas que tortúga:
Postillon de Alcalá á Huete,
Gentil-Hombre de la bufa,
Residente de bodegos,
Y asistente de bayucas.
¿Cómo ingratonazo amante,
Despues de darme una zurra,
Y jugar de carambola
Con quatro mil garatusas
Has dexado á tu carrasca,
Quizá por buscar corruscas,
Y por chamuscarme en zelos,
O te guiñas, ó te afufas?
Tortilla me contempla,
Que en lugar de llanto arrulla,
Por saber que aquesa flor
Es del berro, ó la de Osuna.
Vuelve á casa pan perdido,

Pues

Pues me tienes vagamunda,
Que tu persona apetezco,
Y renuncio tu pecunia.

No me pesó nada de ver los versos, aunque por ellos me trataba como quien soy, y como quien su merced era, porque al fin me satisfice mas de lo que la criada me habia asegurado. Y entrandome á visitar á su Excelencia, y coger los ciento del pico, no salí de Palacio hasta el quarto del Alva, haciendo á mis valientes estar toda la noche á escuras, y sin cenar, y aguardandome al sereno. De alli adelante dí en no entrar en quartél, y de no salir de los Palacios de los Señores, hallando por mi cuenta, que si durára un mes mas el andar en la compañia que andaba, sustentando el Exercito de vagamundos que cargó sobre mis hombros, que me fuera forzoso volver á exercitar mis antiguos

oficios, ó sentar plaza de Soldado. Porque ha llegado á tal estado la malicia, que ya no hay descuidada madre, que en reconociendo las faltas de su hija, y sobras de nietos de diferentes padres, como quesos de muchas leches, no se consuele con decir, que no le faltará á su cordera un Soldado con quien casarla: y el negro del llanto es, que se vienen á cumplir sus no santas profecías. No hay hombre, por baxo y humilde que sea, que en viendose, que por sus defectos no cabe en el mundo, ó que no halla quien le dé un bocado de pan, que luego no se acoja á la inmunidad de este sagrado. Y aun apenas los tales han sentado la plaza, quando todos quieren ser parejos con los demás que nacieron con obligaciones, á los quales les suelo yo decir con preeminencia de mi chanza, que *membrillos cocidos y caracoles crudos no son todos unos.* Dexóme la tro-

tropa de caimanes tan remontado de cuentas, que llegandose el tiempo de la embarcacion hube menester vender parte de mi recámara. Y por no parecer ingrato á mi abofeteada Cortesana, ni faltar á la correspondiencia que debe tener una persona de mi autoridad, le respondí á su villete el Romance siguiente:

MAdama, Doña Embeleco,
Mas lamida que alcuzcuz,
Mas probada que piñata,
Mas chupada que orozuz;
Mas batida que una estrada,
Mas navegada que el Sur,
Mas combatida que Rodas,
Mas ganancioſa que un flux;
Tan Circe de los novatos,
Que con saber que eres pu-
Sildnime pecadora,
Te hacen todas rendibu;
Gaytera perdurable

Del juego del dingandux,
Tarasca de las meriendas,
Y del dinero abestruz:
Ya no hay Bras, ni hay pan perdido,
Que á tu gran ingratitud
Le he cantado ya el per omnia,
Despues de hacerle la Cruz.
Solo estoy arrepentido
De que te hice la buz,
Y de haberme zambullido
Por lastre de tu laud.
A Dios te queda, que parto
A ver á Calatayud,
Por no ser de tu galera...
El forzado de Dragud.

Cerré el papel, y dandoselo á un vinatero conocido mio, se lo puso en sus manos, saliendo sin aguardar respuesta, como lo habia ordenado. Fuíme á embarcar, por haber tirado la Capitana pieza de leva. Hice llevar mi baúl, observando el adagio que dice:

ce: *Al embarcar el primero, y al desembarcar el postrero*: metílo á lo Príncipe en la popa de la Capitana, llevando para el matalotage del largo camino veinte frascos de vino, y veinte sardinas saladas, y diez panecillos vizcochados, y otras menudencias de regalos de dulces, para quitar el amargor de la boca, despues de las grandes polvaredas. Iba el Armada naval llena de Infantería y Caballeria, levantada en aquel Reyno, para rehacer con ella los Exercitos de España; y por Cabo de toda ella Don Pedro de Arellano, Caballero de la Orden de Santiago, llevando en la Capitana, demás de mi persona, á muchos Caballeros y Señores particulares; y particularmente á Don Melchor de Borja, General de las Galeras del dicho Reyno, y un Obispo de la Orden del Seráfico Francisco, y al Reverendísimo Padre Fray Juan de Ná-

polés, General de la dicha Religion en la Provincia de España, y otros muchos Frayles que iban á ella á Capitulo General, que de presente se hacia. Partimos de Nápoles con viento en popa y mar en bonanza, dexando llena la amenidad de aquella playa de madres que lamentaban por sus hijos, y casadas que lloraban por sus maridos, y de solteras que suspiraban por sus amantes. Entremetime con todos los Señores, y por haberme encomendado el Virrey al General, tenia particular cuidado con mi persona; que si como he tenido ventura con Señores, la hubiera tenido en armas y en amores, quedára inmortalizado entre los varones heroycos, y entre los amantes de renombre: pero las armas me han desmayado el corazon, y las Damas me han afligido las bolsas. Llevabamos ocho cocineros, que trataban de nuestro regalo, y sirviendo

yo de sobrestante de todos, abastecia la mesa, y comia de lo mas sazonado. Bebia tan sin compás, que siempre servia de lio en la popa, ú de estorvo en la proa: por cuya razon los Soldados unas veces me despojaban sin ser enemigo, y otras me daban humazo sin ser atalaya, y otras me punzaban con alfileres sin ser morcilla; llegando á tal extremo sus desembolturas y mis bien quexados agravios, que mandó el General, que pena de estar seis horas de cabeza en el cepo quien me llegáse á hacer mal; ni inquiétase mi perdurable reposo: y para mayor defensa mandó que me pusiesen un Soldado de posta, quando á no poder mas, me reclináran los vapores, y me atraquinára el sueño. Llegamos á dar fondo á la Isla de Mallorca, Reyno muy fuerte y abasteçido, y sobre todo muy barato, y ilustrado de mucha Nobleza. Salté una mañana en tierra, y por

de-

desechar los frios humores marinos, tomé tal lobo terrestre de aguardiente, que excedí á mi retador Polaco en tercio y quinto; y al salirme á tomar el ayre, por desistir el gran bochorno, salió la aguardentera trás mi, pidiendome la paga de lo que habia bebido. Yo, sin respetar sus tocas, pareciendome que era algun animal que me servia de estorvo á mi camino, le dí tal embion, que le hice á su despecho sentarse en tierra. Levantóse como vibora pisada, y cerrando conmigo, me dió tal puñetazo en la barriga, que me provocó á restituirle por la boca toda su aguardiente, dandole con el un baño, que la cubrí de arriba abaxo. Ella, hallandose afligida, comenzó á dar voces, y llorar su vestido, mientras yo con basbas mortales, tomé posesion de siete pies de nuestra comun madre. A este tiempo acertó á pasar el General, y compadecido de ver-

verme rendido, y lastimado de oír, aunque de léjos, á la remojada aguardentera, mandó que se le diese á ella un patacon, y que á mí me llevasen los marineros á su Capitana, donde fue menester para entrar en ella virarme con el cabrestante, porque mas puede y pesa un lobo racional, que no dos irracionales. Salimos aquella tarde de aquel Puerto, y al cabo de doce dias que habiamos partido de Nápoles, llegamos á dar vista á la deseada España, sin haber encontrado en todo el camino, ni enemigos que nos perturbasen, ni tormenta que nos inquietáse, atribuyendolo todos, despues de la voluntad del Cielo, á la ventura del General; pues habiendo hecho otros tres viages, siempre habia llegado á salvamento: que no consiste en solo tener valor el que gobierna, sino en tener dicha para conseguir sus resoluciones.

CA-

CAPITULO V.

En que prosigue su llegada á España, y de dos ridiculos casos que le sucedieron con una moza de posadas y un moderno Ingeniero: de la merced que le hizo su Real Magestad, y de un nuevo galanteo que le sucedió en ella; y de los demás acaecimientos que tuvo hasta llegar á San Sebastian.

Desembarquéme en Vinaróz, con todos los Señores que iban en aquella Armada, y la gente de guerra fue á desembarcar á los Alfaques de Tortosa. Pusose en camino de Zaragoza Don Melchor de Borja, y yo, por ahorrar de gasto, y triunfar á costa agena, lo fui acompañando, y por ser el viage que yo habia de hacer. Llegamos en el fin de una jornada á una Vi-

Villa, llamada Hijar, que está en el Reyno de Aragon, y entrando en una de sus mejores posadas, por hacer frio, me fuí derecho á la cocina; y hallando en ella una adamadilla fregona, olvidado del uso de la tierra, le tomé una mano, y se la besé, y ella corrida de que la tratáse como á Padre de Confesion, ó como á Misa Cantano, alzó un trapo de cocina, y dióme tal golpe con él en medio de la cara, que me quitó el sitio de todo el cuerpo: y al tiempo que trataba de desagraviarme, y de armar la fullona, me hallé cercado de toda la familia, cerrando de tal suerte con el pobre Estebanillo, que si no acuden al socorro los criados de Don Melchor de Borja, vengo á morir de achaque de un beso. Sacaronme de poder de aquella caterva, y viendome libre de ellos, empecé á decir á grandes voces: O bien haya dos mil veces Flandes, y dicho-

so y bienaventurado quien vive en él, pues alli con la mayor llaneza y sencilléz del mundo se apalpa, se besa y galantea sin sobresaltos de zelos, ni temores de semejantes borrascas; cuya libre preeminencia y acostumbrada comunicacion es causa de muchos aciertos en la gente ordinaria, pues obligados los estrangeros de la cortesia y afabilidad que hallan en sus metresas, y del amor que todo lo vence, llega una pobre doncella, en virtud del casamiento, á ser madamisela, é infinidad de ellas á madamas. Y diciendo, no hay tal Flandes en el mundo, me retiré al aposento que me habian señalado. Entramos la segunda semana de Quaresma en la Ciudad de Zaragoza, que el que goza de su grandeza y regalo, puede ser enviadiado de todos. Es Corte y cabeza del Reyno de Aragon, y en esta ocasion custodia y defensa de Castilla, y resguardo

do de Navaara: cuya amenidad de campos y fertilidad de arboles, aumentando los Anales de su fama, acreditan y multiplican la inmortalidad de su nombre; y animada y vanagloriosa de Principes y Señores que la califican, ha llegado á merecer ser hoy segunda Corte de España, y habitacion de su invencible Leon. Supe en ella como mi amo el Duque de Amalfi, despues de haber recibido mil honras y mercedes de su Real Magestad, y muchos presentes de sus Grandes, se habia embarcado para Flandes á gobernar las armas. Senti de tal manera su partida, por lo que yo estimaba estar en su servicio, y por la falta que me hacia, y por haber hecho el viage en valde, que no sé como no me caí muerto de pesadumbre; pero animandome lo mas que pude, me salí á divertir, y á contemplar el caudaloso, y cristalino Ebro, que con la-

labios de plata besa los pies de los altivos muros de aquella insigne Ciudad, y siendo procreado de las copiosas corrientes de Navarra, viene á servir de espejo á esta antigua Cesar-Augusta, depositaria de multitudes de Virgenes, de millares de Santos, y de inmensidades de Martyres. Fui un dia á su abundante plaza del Pilar, adonde el Patron de las Españas dexó á la que, siendo Emperatríz del Cielo, es defensora de aquel Reyno. Y despues de haber hecho oracion en su Templo Angelical, salí á ver aquel espacioso y abundantísimo mercado, el qual estaba lleno de atun fresco, de truchas salmonadas, y de mil diferencias de pescados, asi de su cercana mar, como de su convecina rivera. Aficionéme á unas sardinas sarpresadas, ó ya fuese por ser su precio moderado, ó por ser apetitosas á la bebida; y comprando media docena de ellas

ellas y una ochena de pan, me retiré á una taberna de vino blanco, que por ver entrar y salir mucha gente de ella, me persuadí, que no amargaba el bodrio, pues tantos tunantes acudian á la sopa. Asaronme las sardinas, y á solo el olor que daban estando en las brasas, me bebí media docena de tazas de vino, y despues al sabor, diez y ocho. Preguntéle á la huespeda, ¿quánto era lo que le debia? Y mirandome con mucha atencion de pies á cabeza, me dixo: Vuesa merced no se ha bebido mas de veinte y quatro tazas de á dos dineros: si yo tuviera veinte y quatro parroquianos tan buenos oficiales, mi marido fuera en breve tiempo Veintiquatro de Sevilla. Yo le pagué lo que me pidió, asegurandole, que aquello era una niñeria, y un breve desayuno, para lo que yo acostumbraba á beber: y ella, haciendose muchas cru-

ces, me rogó muy encarecidamente, que no echáse su casa en olvido, que me daba palabra, que otro dia, por solo mi respeto, empezaria una bota de vino tinto, que era el mejor que habia en aquella Ciudad. Despedíme de ella, prometiendo no faltarle, mientras á mí no me faltáse el dinero. Salime á la calle del Coso, segundo Cásara de Palermo, y hallé hecho el distrito de su Cruz otras segundas gradas de San Felipe, adónde fui conocido de muchos Soldados de Flandes, Alemania, é Italia, con los quales me fue fuerza hacer camarada, por no andar solo, y por tener con quien conversar. Estaban esperando á su Magestad, porque se decia que estaba de partida en Madrid, para venir á aquella Corte: y en el interin tambien yo, como pretensor, y que llevaba carta de la Emperatríz su hermana. Dimos en visi-

tar la taberna del blanco y tinto, aunque mis visitas eran tan cortas, que alli me salia el Sol, y alli me hallaba la Luna. Haciase en este tiempo en una Aldea cercana de esta Ciudad una fiesta, á devocion de un Martir de aquel Reyno, á cuya fama acudia mucha gente de toda la comarca; y por no tener que hacer yo y dos camaradas Soldados de Flandes, nos fuimos á divertir y entretener á la dicha Aldéa: y en el camino fue cada uno de ellos discurriendo sobre sus pretensiones. Dixo el que parecia de mas autoridad, que se habia ocupado todo un año en leer un libro, que trataba de fortificaciones; y que aunque era verdad que no tenia ninguna experiencia, porque habia muy poco que habia venido á servir desde el Reyno de Napoles, su Patria, que tenia tan en la memoria todo lo contenido en el libro, que se atrevia á de-

cirlo, sin errar una sylaba, tan bien como el Ave Maria, y venia á suplicar á los Señores del Consejo de Guerra le diesen licencia para sentar plaza de Ingeniero, y gozar del sueldo que gozaban los demás de aquel genero: que lo que á él le faltaba en experiencia, le sobraba en ciencia. Dixo el otro compañero, que él habia servido en la Caballeria, y que en la batalla de Rocroy habia sido su compañia desbaratada: yendose él retirando para ampararse al calor de nuestra Infanteria, un Teniente de nuestras Tropas, pensando que era Francés, por ir en tal trage, por ser habito mas desembarazado y libre que los demás para hacer el amor, y montar á caballo, le habia seguido, y dado un pistoletazo y dos cuchilladas: y que despues de haberse librado de sus fieros golpes, y puesto en salvamento, en virtud de haber teni-

nido buen caballo, y dado al diablo el primer inventor de trages agenos, siendo tan bueno y honesto el suyo, que habia pedido licencia, por haber quedado estropeado del brazo derecho: y que habiendo llegado á Madrid, y presentado sus papeles ante los Señores del Consejo de Guerra, por no haber sido las heridas dadas por el enemigo, en castigo de querer ser arrendajo de Francés, y vestirse de Dominguillo, con porpuen estrecho, y con gregüescos con bragueta encintada, no le habian querido hacer merced, antes le habian roto todos los papeles de sus servicios, y remitido el memorial al Parlamento de París, para que le premiáse, quando no los servicios, por lo menos el aficion de quererlos imitar en el uso del vestir; y que asi se habia venido como persona desesperada á andar mendigando. Con estos discursos llega-

nos á la Aldea á la una de la tarde, y hallamos en su plaza dos compañias de labradores; la una de Moros con ballestas de bodoques, otra de Christianos con bocas de fuego. Tenian hecho de madera en la mitad de su dicha plaza un castillo de mediana capacidad y altura, adonde habian de estar los Moros; y el dia venidero, quando la procesion llegáse á su vista, la compañia de los Christianos le habia de dar asalto general: y despues de haberlo ganado á los Moros, los habian de llevar cautivos y maniatados por todas las calles, dando muchas cargas de arcabuzazos en señal de lo victoria. Tenian dos danzas, la una de espadas, y la otra de cascabel gordo, y quatro toros que correr: por lo qual estaba el anchuroso distrito todo lleno de andamios, y todas las entradas de sus calles cerradas con talanqueras. Estaba toda la

puerta de la Iglesia colgada de paramentos, y pendientes de ellos veinte y quatro premios, para premiar los veinte y quatro mejores Sonetos que se hiciesen en alabanza y pintura de una rosa, que al Alva es boton y capullo, á mediodia flor, y á la tarde despojo. Los premios eran cintas y guantes, bolsillos, y un par de ligas de color. Habia al tiempo que llegamos á esta academica colgadura mas de veinte Sonetos de Estudiantes, y de personas de *Don* y rumbo, que asimismo habian venido á ver la fiesta. Yo, por ser tentado de la Poesía, me acerqué á leer aquella selva de variedad de Musas. Era su compostura tan realzada y culta, que mas me pareció prosa Griega, que verso Castellano. Leílos todos sin entender ninguno, y le dixe á un Estudiante que estaba cerca de mí, que me hiciese merced de declararme aquel genero

de Poesia, y decirme, si tal lenguage era Armenio ó Caldeo. A lo qual me respondió, que no se atrevia á declararlo porque él tenia allí uno, que era parto de su ingenio, del qual esperaba llevar el mejor premio; y á querer darme la significacion de él, se hallaria confuso, y no saldria con ello, porque lo que de presente andaba valido, era el gongorizar con elegancia campanuda, de modo que pareciese mucho lo que no era nada, y que no lo entendiese el Autor que lo hiciese, ni los curiosos que lo leyesen. Porque en no remontandose un Poeta, sino abatiendose á ratèrías de escribir con lisura, pan por pan, y vino por vino, no solamente no era estimado, pero tenian sus versos por versos de ciego. Llamé á mis camaradas, que el uno estaba divertido en ver las danzas, el otro en darle vueltas al castillo, midiendolo todo á

pies,

pies, y nivelandolo con un compás; y con achaque de beber un trago, para aliviar el cansancio del camino, los llevé á una taberna, para ver si acertaba mi pluma á remontarse sobre aquella bascuenza gerigonza. Y pidiendole á la huespeda un jarro de vino y recado de escribir, nos retiramos á una pequeña sala, adonde nos dieron lo que habia pedido. Puseme á escribir; el Ingeniero á peynarse, y el otro á beber. Levanté los ojos buscando un consonante, y ví al peynado Matematico, que habiendo desembaulado de una de sus faltriqueras un gran papelon de harina, se estaba rociando con ella un largo y enerespado cabello que tenia: no pudiendo detener la risa, le dixe, ¿que si trataba de freir la cabeza, pues la enharinaba tanto? A lo qual me respondió: Hermano Estebanillo, cada uno campa con su oficio, y vive con

su

su ingenio, si acaso lo tiene: y así mientras vos quereis ganar premios con vuestros disparates de Juan de la Encina, me aseo yo para representar lo que soy, y hablar al Concejo de esta Aldea sobre los yerros que tiene la planta y fortificacion del castillo: que estoy cierto, que he de sacar yo mas en media hora con mi Matemática, que no vos en un año con vuestra Poesia. Repliquéle, ¿que si importaba al caso, para que lo respetasen, el ir enharinado como besugo? Respondióme, que no ignoraba yo que en Flandes servia aquello de gala, y de secar el pelo, y que era uso de gente de porte, y que por habersele acabado unos polvos olorosos que habia traido de allá para el efecto, se aprovechaba de los de la harina; y que hallaba por experiencia, y que lo habia fundado en buena Matemática, el ser mucho mejores, y mas ba-

baratos; porque siendo el trigo el Rey de las legumbres, y el Patriarca de las plantas y yerbas, era fuerza que fuese su harina ó polvo la nata y flor de todo lo referido: y que asi lo pensaba dar por escrito, é introducirlo, quando volviese á los Países Baxos. Con la buena conversacion ó polvareda, di yo fin á mi Soneto, él á su hevada peynadura; y el otro, que tenia mas juicio que nosotros, al jarro. Salimos todos juntos á la plaza, despues de haber pagado lo que habiamos hecho de gasto, y apartandome de ellos, llegué á la puerta de la Iglesia, y en el referido paramento prendí con un alfiler el Soneto que habia hecho al nivél que estaban todos los demás, cuyos versos eran los siguientes:

EBurnea de candor, Fenix pomposa,
Debil boton, brondoso bruxuleo,
Za-

Zafir mendiga, armiño golosea,
Siendo dosél tributa pavorosa.
Maravilla Epigrama procelosa,
En Canicula fiesta titubea,
Pues solsticio Faeton, Ninfa Febea,
Precipicios inunda jactanciosa.
O iniquo trance y trémulos fulgores!
Contemplarse al albor Regio edificio,
Y yantando en atril de Ruy-Señores:
Ser al Ocaso infausto sacrificio,
Y sombra mustia lo que al Alva flores,
Siendo de Ceres fragil desperdicio.

Apenas estaba colgado el compendioso globo de bernardinas y dislates, quando como si fuera cartel de justa Real, se llegó todo el novelero vulgo á leerlo; y celebrandolo por no entenderlo, y ensalzandolo, porque presumiesen que no lo ignoraban, sacaron mas de veinte traslados de él; y por hallarse presentes los Jueces Academicos, me dieron por premio las referidas figas, aunque mal dadas,

y

y peor merecidas, quedando con todos en opinion de segundo Gongora. Y apartandome de la tropa de mil cultos versificantes, me fui en busca de mis camaradas, santiguandome de que hubiese llegado á ver tiempo, que se premiasen chanzas y bachillerias, y no ingenios. Hallé al estropeado encolerizado con los Soldados de la Compañia de la Suiza, diciendoles á qué lado habian de llevar los arcabuces los que iban á la parte de afuera de hileras, y cómo se habia de calar la cuerda, y á quantas hileras habia de ir la vandera. Y aunque lo quise apartar de alli, diciendole, que para qué se metia en lo que no le iba ni venia, pues aquellos Labradores no eran gente de guerra, ni estaban obligados á saber las leyes de la milicia: no puede desarraigarlo de la Compañia, respondiendome, que no parecería bien, que los forasteros que vi-

nie-

niesen á aquella fiesta hiciesen burla de aquella pobre gente, habiendo allí Soldados viejos, còmo ellos lo eran, para doctrinarles. Dexélo con su tema, y yendome paseando por la dicha plaza, vi que en un rincon de ella estaba el Matematico con el Cabildo y Concejo, que se habian juntado á su pedimento. Acerquéme un poco, para ver de qué materia se trataba, y puesto el oído como vaquero que ha perdido novillos con cencerro, oí, que mi camarada le estaba diciendo al Alcalde, que era un valiente Ingeniero, y que tendria á particular favor, para darse á conocer en España, que su merced le ocupáse en lo tocante á su profesion, pues de presente tenía muy bien en qué. El Alcalde le respondió, que lo habian engañado en hacerlo venir á aquella Aldea, porque en ella no habia ingenio ninguno, que en Motril los habia muchos

chos y buenos de azucar, y que allí siendo tan eminente como decia, seria muy bien recibido. El replicó, que su ingenio no era de azúcar, sino de hacer fortificaciones; y que habiendo visto, que la de su castillo estaba errada, segun las reglas de Euclides, y que no sabrian los Soldados, por ser visoños, hacer circunvalacion, ni abrir ramal de trinchera, por eso los habia hecho juntar á sus mercedes, para que se fuese ganando palmo á palmo, sin que llegáse á haber inundacion de sangre, mediante lo qual quedaria aquella pequeña República eterna. El Regidor respondió: No son tan visoños nuestros Soldados como vuesa merced los hace, pues en esta convalacion ó convalecencia que es necesaria, sabrán hacer muy fuertes ramales y bien torcidas sogas, porque además de no haber en toda esta comarca quien les

lle-

lleve ventaja, cogemos en esta Aldea el mejor esparto que hay en todo el Reyno: en lo demás, porque dé fama nuestra fiesta, vuesa merced disponga á su gusto; que todos estos Señores del Concejo le ayudarán con todas veras. Dixo el Soldado, que lo primero que se habia de hacer, era añadir y poner dos Caballeros al castillo. El Jurado le respondió: Eso no le dé á vuesa merced cuidado, porque esta tarde y mañana al amanecer vendrán aqui muchos y muy calificados de Zaragoza, y por hacernos merced, se pondrán en la parte que les ordenáre; y si fueren menester Damas, lo alcanzarémos de la misma suerte. Advirtióles el Soldado, que los Caballeros que decia, habian de ser labrados de tierra. Respondióle el Sacristan, que los Caballeros de aquel Reyno, y de todo el mundo, que no eran de bronce ni de acero sino de

tier-

tierra y polvo, como el mas pobre villano, y que para darselo á entender la Iglesia, el Miecoles de Ceniza les decia al ponersela: *Memento homo, &c.* Insistiales el Soldado, que mandasen juntar á todos los Labradores, para abrir un cordon, que cogiese todo el contorno de la plaza, para que el castillo quedáse sitiado. Respondióle el Alcalde, que para abrirlo y cerrarlo, que él y sus compañeros bastaban; pero que la dificultad que se les ofrecia, era, que no se hallaria en la tienda cordon que fuese tan largo, porque todos los que se vendian en ella, eran cortos y clavateados; pero que podria suplir la falta un liston, pues campearia mas, y sería mas agradable á la vista. Estaba el Soldado tan grave y espetado, y tan divertido en la gente que se le habia juntado, que no atendia á los despropositos que le respondian. Pre-

guntóle al Regidor, que si tenia en los Almagacenes provision de zapas y palas? El qual le respondió: Señor Ingeniero, en esta Aldea hay muchos zapes, porque es muy abundante de gatos, zapas, si no son las hembras de este linage, no hay otras ningunas: mas en lo que toca á palas, tendremos quantas quisieremos. Pidióle el Soldado, que le traxese un par de ellas, para ver si eran de municion, y llegandose el Jurado á una de las mas cercanas casas de adonde se haeia el Ayuntamiento, le traxo una pala grande de madera, con que en aquella tierra se junta y traspala el trigo: y llegando muy vanaglorioso, se la puso en las manos al señor Matematico, diciendole: No por falta de palas se dexará de hacer la fiesta, porque en un quarto de hora me atrevo á juntar docientas de éstas; y si no le agradáre esta hechura, y las qui-

quisiere mas largas, le haré traer quantas se hallaren en los hornos. Díxoles el Soldado, que aquellas no eran de provecho, porque habian de ser de hierro las distancias de las anchuras de las bocas, porque con aquella era imposible abrir trinchera, para desembocar el foso. El Sacristan, haciendose cruces, le respondió, que en su vida no habia oído los nombres exquisitos y extravagantes que iba nombrando, ni que tal habia escrito en su Breviario; pero que á él le parecia, que la trinchera era cosa forzosa que se abriese con trinchete, segun su derivacion: y que si era asi, que allí habia un zapatero de viejo, que los tenia muy buenos y muy afilados, y que en un pensamiento le abriria, como quien rebaña rajadas de melon. Estaba tan turvado el pobre Soldado de ver que todos quantos estaban en su rueda, pensando que ha-

bia dormido entre algunos sacos de harina, ó que á posta se la habian achado, pensando lisongearle, se llegaban á él, y unos con las manos, y otros con los ferreruelos, y otros á soplos le iban desollinando el cabello, y enxalvegando el vestido, que no advertia en que lo que hablaba con aquellos villanos, y lo que le respondian era Hebrayco, por ser gente que no lo entendia, ni ataba, ni desataba, con su loca pretension; y con todo esto no dexaba de proseguir en su tema. Díxole al Alcalde, que para el castillo, y hacerle brecha, habia menester media docena de cañones. A lo qual respondió, que aunque fuera una docena se los podia dar al punto el Sacristan, porque los tenia, como hacia el oficio de Escribano, de los mejores gansos que se hallaban en toda Francia. No digo cañones de escribir, dixo el Soldado, sino piezas gruesas.

Res-

Respondióle el Alcalde: de esas, gracias á Dios, tenemos hartas de lienzo casero, y de muy buenas frisas. Yo, que estaba reventando de haber tenido tanto la risa, soltandola toda de un golpe, dí causa á que todos me mirasen, y no de buen talante; y porque no sospechasen que era haciendo burla de ellos, les dixe, que la causa de haberme reído, habia sido de ver á aquel Señor Ingeniero, mi camarada, en figura de mozo de molinero, hablar tan culto con sus mercedes, que ni era entendido, ni se daba á entender, pues las piezas que pedia eran de Artilleria, de las que traen los Exercitos para defensa y ofensa. A esto respondió el Alcalde, que era pedir gollorias, porque no tan solamente no las habia en el Aldea, pero que la mayor parte de sus moradores, ni las habian visto, ni oído. Mi camarada medio enfadado, de

que yo hubiese llegado á interrumpirle sus designios, le dixo al Alcalde, que supuesto que no habia piezas con que abrir brecha para dar el asalto, que sería forzoso que le diese media docena de barriles de polvora, para hacerle mina al castillo, y volarle un lienzo. Respondióle el Regidor; esos son dos que no hallarémos por ningun dinero; pero se los daré á Vmd. de anchovas, que las puede comer el mismo Rey: y para que las pruebe, y vea que tengo buen gusto, mientras vamos al encierro de los toros, por ser ya hora, se irá con el Señor Jurado á una pequeña posada, que está aqui cerca; que yo le enviaré un plato de ellas, para que se regale con su camarada; y quanto se hiciere de costa hoy y mañana en ella, les pagarémos con mucho gusto, y esta noche nos veremos, y tratarémos de lo que se ha de prevenir,

pa-

para que nuestra fiesta no tenga ningun defecto, ya que Dios nos ha traído á tan buena ocasion dos tan excelentes Matamicos. Dióme gana de reir, pensando, que si el Regidor, sin conocernos, nos llamaba Matamicos; si nos hubiera visto en la taberna de Zaragoza, con justa causa nos pudiera llamar Matamoros y Matazorras. Pasó el Jurado delante de nosotros; y juntandose á este tiempo con el Ingeniero el otro Soldado, nos llevó á un pequeño bodegoncillo, y dió orden y facultad al huesped, que se llamaba Pero Anton, para que nos diera de comer y beber quanto quisieramos, que el Concejo lo pagaria. Y volviendose muy de priesa, por causa del dicho encierro, nos dexó tan bien aloxados, que con el luquete del plato de anchovas, que nos trahxo un hijo del Regidor, henchimos de rayas toda una pared. Acomoda-

mos razonablemente al Patron de casa, el qual, por no dar muestras de su flaqueza, y por darnos alegria, por lo bien que despachabamos su mercancia, nos empezó á tocar un tamboril y una flauta. Yo y mis camaradas tomamos por estrivillo el decir, toca Pero Anton, que el Aldea lo paga: y al son del chiste y paloteado, le comimos quanto tenia en su casa, menudeando tan apriesa los quartillos, que faltando pared adonde rayarlos, fue necesario ir cruzando las rayas sencillas, y convirtiendolas en dieces. Hizose el encierro, acudiendo á él muchos Nobles de Zaragoza, á los quales el Alcalde aloxó en su casa, y contandoles lo que habia pasado con el Ingeniero, le dixeron, que sin duda debia de ser algun loco, porque aquello se hacia en la guerra, y no en la paz, y que si abria cordon ó trinchera en la plaza, que

¿ có-

¿cómo se habian de correr los toros, y que quién habia de querer estar en el castillo, si lo batia ó volaba? Acertóse á hallar en esta conversacion el que hacia el Capitan de los Moros; y viendo que él habia de ser el batido ó volado, partió como un rayo á querer matar al Matematico. Detuvieronle los Caballeros y el Alcalde, reportandole, con darle por castigo al que le queria hacer tanto daño, sin ser su enemigo, ni haberle ofendido en su vida, que pagáse la costa que habia hecho, y que él y sus camaradas se saliesen al punto de toda aquella jurisdiccion. Vino el Sacristan á notificarnos el Autó, á tiempo que el Ingeniero estaba blasonando de que por él se hacia aquel gasto, y que pensaba sacar muchos ducados de aquel pequeño Concejo, porque estaba satisfecho, que no habia otro como él en todos los Exercitos de la

Chris

Christiandad. Quando oímos el riguroso fallo, los dos nos quedamos mudos, y mi Estudiante de un año, y sin Maestro, atonito y embelesado. Requiriónos el Sacristan, que nos saliesemos con mucha brevedad, porque estaban conjurados contra nosotros todos los Moros, por haberlos querido volar, siendo bautizados: y que si nos detenìamos alli demás de la pena del Señor Alcalde, nos matarian ellos á puro bodocazos. Llamé á Pero Anton, con mas miedo que vergüenza, y le dixe, que supuesto que lo gastado no lo pagaba el Aldea, sino nosotros, que nos mirase con ojos de piedad, pues lo habiamos preservado á el de los barriles y cañonazos. El qual, como he dicho, por estar de buena data, ó por temer que la Morisma no nos hallase en su casa, nos hizo buen partido. Pagamos cada uno su parte, andando á pu-

puto el postre por quien habia de pagar primero, y no ser el postrero en salir de la casa y de la Aldea. En efecto despachamos con brevedad, y con la mayor presteza que podimos. Llegamos antes de la media noche á las murallas de Zaragoza, adonde en el portal de un Convento nos estuvimos hasta el Alva, dando al diablo el libro de las fortificaciones, y al salvage que tan poco provecho habia sacado de él. Venida la mañana, entramos en la Ciudad, la qual hallamos alborozada, y llena de fiestas y regocijos, por entrar aquel dia en ella su Magestad, habiendo salido á recibirle todos los Titulos y Caballeros, y toda la demás Nobleza. Yo y mis compañeros, olvidando con la buena nueva la mala noche, y por celebrar la entrada, nos fuimos á nuestro devoto tabernaculo á hacer hora, y á ver á mi buena tabernera,

que

que demás de haber sido desde el segundo dia que entré en su casa la tesorera de mis dineros, siempre que me veía, me hacia mil alhagos. Bebia yo tan desaforadamente de aquel licor Zaragozano, que mis camaradas me habian muchas veces reñido, diciendome, que miráse que aquel vino no era Francés ni Italiano, sino Español puro y sin trampas: y que aunque eran las comidas substanciosas, comía poco, y bebia mucho, y que al cabo habia de dar conmigo en el Hospital, ó en la sepultura. Pero yo me hacia sordo, y callaba y sorbia. Empezó á pasar la nueva de que su Magestad estaba ya á las puertas de la Ciudad, y queriendo ir á verle, y á gozar de tan excelsa entrada, no me pude menear de la parte adonde estaba asentado, por hallarme tan tullido de manos y pies, que no era señor de mí. Fueronse mis camara-

das

das contentos, de que por no haber tomado sus consejos habia salido verdadera su profecia, y cumpliósele el deseo á la tabernera de tenerme siempre en su casa. Pero no le duró mucho el alegria, porque dentro de quince dias dí fin al corto caudal; y asi que olió mi pobreza, me dixo, que buscára posada, porque no queria tener enfermos en la suya. Anduvo tan bizarra conmigo, que aun no me quiso hacer credito de una taza de vino, quizá por solicitar mi salud, habiendomelas dado de diez en diez, quando estaba mucho peor, y tenia con que pagarselas: mas al cabo y la postre cada uno acude á quien es. Habianme dicho mis camaradas, como en la jornada habia venido acompañando á su Magestad el Marqués de Grana y Carreta, Embaxador Ordinario de la Magestad Cesarea, cuya nueva me alentó de manera, que vien-

viendome forzado de la necesidad y de la falta de salud, le fui á visitar, y por estar satisfecho, que en aquel Señor habia de hallar todo socorro y amparo, por ser muy generoso, y muy amigo de mi amo, á quien yo habia conocido en la batalla de Tionvila, siendo General de la artilleria de la Armada Imperial, que gobernaba el Duque mi Señor: el qual, asi que me vió pendiente de dos muletas, admirandose de hallarme en tan miserable estado, usando de su grandeza y piedad, me admitió en su casa, mandando á sus criados, que se me acudiese y regaláse con todo lo que yo pidiera. Dióme, demás de estas mercedes, una libranza de muy gentiles reales, con que quedé libre de necesidad. Tuve, demás de esta suerte, otra no menor que ella: y fue, que teniendo noticia de la grave enfermedad que tenia Don Francisco

To-

Totavila, Maestre de Campo General, y su hermano Don Vicente Totavila, á quien yo habia conocido en Flandes siendo Capitan de Corazas, haciendo alarde de Señores liberales y de ilustres Caballeros Napolitanos, vinieron por mí en una carroza, movidos de compasion, y llevandome á su casa, me dieron una cantidad de doblas, para que me pusiese en cura: que no es poca grandeza en el siglo que corre, que haya Señores que dén sin pedir, y mas en tiempo que estimaba yo mas un real, que ahora un doblon; porque entonces me hallaba tullido y desacomodado, y al presente me hallo con salud, y con ella adquiero lo que he menester, y mas de lo que yo merezco. Viendome entonces favorecido de tantos Señores, y la bolsa en buen estado, consulté mi enfermedad con el Licenciado Estanca, Cirujano de opinion, ciencia

y

y experiencia, y con el Doctor Tamayo, Cirujano de su Magestad, los quales me condenaron á ser gato de Algalia, y caballo de juego de cañas: y por ver si me podia librar de tener penas de Infierno en vida, me ponia todos los dias á la puerta de la calle de la casa del Marqués, adonde, como tengo dicho, era mi asylo y habitacion, y á quantos Doctores pasaban, malos ó buenos, de foma ó sin ella, les quitaba el sombrero hasta el suelo; no tanto por el grado, como por haberlos menester, y á todos contaba la llaga y la plaga, y les ofrecia montes de oro, y á ninguno daba nada, porque del prometer al cumplir, hay muchas leguas de distancia, y mi oficio es de recibir, y no de dar. Decianme todos: Estebanillo, si quieres vivir, no bebas (que era lo mismo que decirme caete muerto); y el vino que hasta

aqui

aquí has despeñado por los conductos de la garganta, es menester que salga alambicado por todo el cuerpo, en agua convertido. Viendo que todos se conformaban en una misma cosa, me determiné, con el refugio de los Señores que me favorecian, á irme al Hospital á tomar una docena de sudores, y dos unciones particulares. Recibieronme con gran voluntad, por tener un loco mas en aquella santa Casa: y tratandome como alma condenada, me abochornaban los tuetanos, y me escaldaban las paxarillas, estando siempre como el Rico avariento, carleando con un palmo de lengua fuera de la boca, pidiendo á aquellos benditos Lazaros una gota de vino, acotandoles con las Obras de misericordia: pero ellos me decian, que con la paciencia se alcanzaba la Gloria; y que lo que habia pecado por carta de mas, era

necesario que lo purgáse con carta de menos. Y despues de haber hecho mi cuerpo una docena de veces sopa abahada, me dieron las dos unciones para que aprendiese á ser mula de Doctor, babeando todo el dia. Viendome tan atormentado y afligido delante de los Enfermeros, y de otros muchos testigos, hice en alta voz juramento solemne de no beber mas vino, pues por su causa habia llegado á verme como me veía, y á padecer lo que estaba padeciendo. Pero arrepentido del gran disparate que hacia, de quererme privar de aquello que mas estimaba, y de intentar apartarme de lo que mas queria, al mismo punto que acabé de hacer voto, le añadí una alforza, diciendo en voz baxa, hasta que salga del Hospital. Y con haber le acortado el plazo al juramento, aun lo vine á quebrantar, pues en el rigor y fiereza de la salida de los su-

dores, y entrada en las unciones obligué con ruegos á mis camaradas á que me traxeran lo que me ayudó mas á echar espumas, y lo que me alargó mas la enfermedad; porque mas gustaba de morir bebiendo, que vivir sin beber. Habian venido acompañando la Corte algunos Poetas de los de nombre y fama, y uno de ellos que tenia noticia de mi persona, y aun unos mendrugos de zelos sobre una ninfa á quien festejaba, que por su agudeza y brio la llamaban la Coscolina; quizá á pedimento de ella, ó por venganza de él, me compuso la Glosa siguiente:

Tomando estaba sudores
Marica en el Hospital,
Que el tomar era costumbre,
Y el remedio era el sudar.

EL remedio del gracejo,
Galan de la Coscolina,

Que al olor de una sardina,
Da fin á un tonel de añejo;
Por curtir bien su pellejo,
Que está lleno de vapores,
Sin que le valgan sus flores,
Ni aproveche su cocaña,
Hoy en la Corte de España
Tomando estaba sudores.
De suerte se vió afligido,
Como le falta la nieve,
Que llora lo que no bebe,
Mas no por lo que ha bebido:
La sed lo tiene rendido,
Y en faltandole el bocal,
Es incurable su mal;
Pues de suerte se entristece,
Que hecho lagrimas, parece
Marica en el Hospital.
No da al viento exclamaciones,
Siendo sus ansias atroces;
Pues por no dar, no da voces,
Y por tomar, toma unciones:
Por pedir, pide á montones,
Y toma sin pesadumbre
Una azumbre y otra azumbre;
Y asi pide por merced,

Que le remedien su sed,
Que el tomar era costumbre.
Siendo un tiempo Bachiller,
Hoy está en eterna muda,
Y lo que ha bebido suda,
Y trasudá por beber:
Por dar al cuerpo placer,
Trata ya de se afufar,
Por salir á refrescar,
Diciendo, que es mejor medio
El beber para el remedio,
Y el remédio era el sudar.

Despues de haber estado mas de dos meses en el Hospital, salí de él sano de pies y manos; pero las piernas como huesos, y el cuerpo como esparrago, y la voz como tiple de capilla, y con orden de que hiciese quarenta dias de dieta; la qual cumplí de manera, que antes de pasar las quarenta horas, habia ya bebido mas de quatrocientas, comiendo en casa del Embaxador quanto me daban, y

comprando en las plazas quanto apetecia: de suerte, que me tratába como sanó, echando seis higas al Doctor, y doce al Cirujano, y cien bendiciones al varon santo que descubrió el sarmiento, y docientas á los que las plantan y benefician. Sentí infinito el no hallar en la Corte á los dos hermanos Totavilas, y estuvè harto pesaroso, quando me dixeron que estaban en campaña, por faltárme á la convalecencia tan buen amparo. Dióme capricho, porque no se me apolillaran los dos vestidos que me dió el Rey de Polonia, de vestirme á lo Polaco, por llevarme tras mí los ojos del vulgo, y por ser conocido con mas brevedad. Salíme en este trage á pasear todos los dias con una maletilla, á lo de Príncipe ó Privado, estrañando de tal manera el trage toda la Ciudad, que sus oficiales dexaban sus acostumbradas obu-

pa-

paciones, por salirme á ver á las puertas, por tener que reir y fisgar; las Damas su labor, por asomarse á las ventanas á hacer burla y donayre de mí; y los muchachos, olvidados de los mandados á que iban, me cercaban y seguian, y aun á veces me querian apedrear. Unos decian, que era Judío, otros que Japon, otros que Turco: y yo callaba y orejeaba, porque aquel que dexa su trage, se pone á qualquier censura. Habia hecho el amor, ántes de haberme tullido, á una Dama de mantellina, y de chinela con liston, gobernanta de la cocina, y llavera de la despensa, compradora del sustento, moza de cantaro, y lavandera de rio, á quien ya he dicho que llamaban por mal nombre la Coscolina: y por vivir enfrente de la taberna de los dos vinos, adonde yo cargué como nube, y no de agua, para llover en la region de

fuego del Hospital, tuve lugar para verla, hablarla, y regalarla. Y como al tiempo que ella me mostraba amor, y daba con algunas finezas señales de agradecida, caí malo, y me ausenté de su barrio á ponerme en cura; se suspendió la comunicacion, y quedó mi pretension en cierne: mas como las de aquella raza son el symbolo del amor, y el desprecio del interés, sin reparar en dimes ni diretes, me hizo, sin ser Doctor, media docena de visitas, dexandome siempre debaxo de las almohadas muy lindos papelones de confituras. Por no parecer ingrato á tanto favor, la fui á buscar un Sabado en la tarde á la carniceria principal; y encontrandola al salir de ella, y llegandome á hablar, como solia otras veces, se espantó tanto de verme en aquel habito, y se corrió de tal suerte, por verse detener delante de tanta gente,

que

que encendida en cólera, y llena de vergüenza, se abaxó al suelo, y tomando una piedra, que podia servir de pesa de relox, me la tiró con tal suavidad y blandura, que á no retirar la cabeza, me la hiciera pedazos, y diciendo: al loco muchachos, se fue con la mayor brevedad que pudo. Los muchachos, por obedecerla, empezaron á darme mil voces, repitiendo: guarda el loco, guarda el loco, cargandose de piedras y de tronchos de coles. Y tengo por cosa cierta, que á no pasar á esta ocasion el Embaxador, que me metió en su carroza y me llevó á su casa, que venia á ser uno de los inumerables Martyres de Zaragoza, aunque dudoso el premio de mi martyrio. Fui otro dia á hablar á su Magestad, con mil temores de llegarme á poner delante de tal soberania, pues quando ví los rayos de su grandeza, y consideré

las fuerzas de su poder, eché de ver, que los demás poderios opuestos á los giros de su luz son vapores, ó exhalaciones abortadas de la tierra, cuya ambicion las ha congelado en nubes, y cuya envidia y golpes de la fortuna han solicitado obscurecer su claridad, y suspender el curso de su luciente carrera, sin advertir ni considerar, que al cabo ha de permanecer por su Sol, y al fin ha de deshacer, consumir y abrasar los mas altivos y remontados vapores, y las mas gruesas y preñadas nubes. Presentéle los papeles de los servicios que habia hecho siendo correo, la letra de favor de la Emperatríz Maria, y las fees que llevaba de haber sido criado de su Alteza Serenísima el Infante Don Fernando, pidiendole en recompensa el poder tener una casa de conversacion, y juego de naypes en la Ciudad de Nápoles: la qual no sola-

men-

mente me dió por merced particular y provision en forma; pero demás á mas carta para el Almirante de Castilla, Virrey de aquel Reyno, para que me amparára, y favoreciera, que solamente se puede llamar feliz y bienaventurado el que sirve á tan gran Monarca, pues él solo es el que premia, y el que tiene con que poder premiar: y aquel que en su servicio no abanza, culpe á su corta suerte, y nó á la grandeza de este poderoso Alexandro. Yo quedé tan ufano, y tan agradecido de ver que un refulgente Apolo, y un Leon coronado se acordáse de remunerar servicios tan inutiles, y hechos por tan humilde sabandija, que á no saber que mi madre me habia parido en Salvatierra de Galicia, Reyno que me ha honrado en poderme nombrar su leal vasallo, me hubiera al mismo punto que recibí la merced partido por la posta

á

á Roma, y sacado su esqueleto de la tumba adonde yace; y trayendolo lleno de paja, como Caimán Indiano, en llegando con él al primer Puerto de qualquiera de sus Reynos lo vaciára, y me zampára de nuevo en su vientre, aunque estuviera en él en cuclillas, y la obligára á que me volviera á parir vasallo de tal Deidad. Que si supieran bien los que lo son, el Rey que tienen, y las mercedes y honras que cada instante les hace, le sirvieran de rodillas; pues siempre las pregona la fama, las publican las historias, y las envidian los Reynos estrangeros. Hallandome ya despachado, y tan á medida de mi deseo, me fui á despedir del Conde de Monte-Rey, y de Don Luis de Haro, Grandes de España, y grandes en valor y grandeza, amparo de todos los pretendientes: los quales, demás de haberme favorecido en mi pretension,

sion, y en la brevedad del despacho, me dieron dos cartas de favor para el dicho Virrey, suplicandole, que por ningun impedimento se me dilatáse la Real merced: que el ser Señores no consiste en la Nobleza del Solar, ni en la grandeza del Titulo, sino en dar muestras de serlo, ayudando á los desvalidos, y favoreciendo á los que poco pueden, y honrando generalmente á todos: que para no hacer esto, poco me importa á mí ni á nadie, que sean Grandes, ó que sean pequeños. Diôme asimismo el Marqués de Grana, demás de las mercedes que me habia hecho, una carta para el Virrey de Navarra, y cinquenta ducados para el camino, y treinta Don Francisco Toralta, Maestre de Campo General Reformado, y Gobernador de Tarragona. No me atreví á irme á despedir de tantos Duques, Marqueses y Condes como ha-

bia

bia en aquella Corte, por haber sido causa mi enfermedad de no haber tenido dicha de haberlos comunicado. Y estando con algun reposo aguardando á partir con comodidad y compañia, me envió á llamar mi conocida tabernera, la qual, pensando que me hacia una lisonja, me dió un villete muy cerrado, diciendome, que se lo habia dado su vecina, á quien yo tanto habia estimado, para que en todo caso lo pusiese en mis manos. Abrílo con harto regocijo, porque aunque me sentia algo agraviado, no dexaba de quererla con todo extremo, el qual decia de aquesta suerte:

POR pensar que Vmd. era Soldado, me inclinè á su persona, porque como tengo algo de Venus, soy aficionada de los que siguen á Marte. Y aunque le vi que asistia mas al ramo de una taberna, que no á la van-

de-

dera del cuerpo de guardia, no por eso lo desestimé, porque jamás tuve por valiente al que pasa plaza de aguado: pero quando llegué á verlo con bonete Turco y sayo de loco, quedé tan corrida y avergonzada de haber empleada tan mal mis finezas, y de haber puesto en tan humilde sugeto mi amor, que quise vengarme á pedradas en la causa, por haber sido engañada en la materia. Y asi Vmd. perdonando el atrevimiento, ponga mi amor en eterno olvido, y enamore de hoy mas á las que fueren Polacas; ó mudando de trage, podrá ser que yo mude de parecer.

Su menor criada,

Y un tiempo su mayor aficionada.

Quedé tan enamorado de oír el villete, como picado de haberla visto

to apedrearme con dos mil donayres, tanto, que estuve resuelto á suspender el viage, y á mudar de vestido; pero por no resfriarme, y por temer, que Dama que se llamaba Coscolina, se me habia de acoger como cañamar, me salí al mismo punto de Zaragoza, y tomé el derecho rumbo de San Sebastian, para pasar en la primera embarcacion que halláse á los Estados de Flandes, á buscar á mi amo y Señor, para agradecerle el bien y regalo que en su casa habia recibido, y las mercedes y honras que por su respeto me habian hecho; y despues con su licencia y voluntad irme á Nápoles á gozar de la merced que su Magestad me habia hecho, quiza por atencion de que era yo su criado, y que solo habia venido á España en busca suya. Llegué á la Ciudad de Tudela, una de las principales de Navarra, adonde me dí un ver-

verde aceytunado de olorosas frutas y de excelentísimos vinos, llevando ordinariamente un mundo trás mí, por la novedad del trage, haciendoles creer el mozo de mulas, que era un Embaxador del Transilvano. Pasé á una legua de aquella Ciudad el presuroso y sobervio rio de Ebro sobre los hombros de una anchurosa y reforzada barca, en la qual compré una gran cesta de anguilas, por ser comida regalada y estimada en toda aquella comarca, las quales con los harrieros y pasageros y mozos de mulas, que nos habiamos juntado en el camino, nos las merendamos en una venta, á quatro leguas de Tafalla, bebiendonos con cada una, porque no se nos pegáse al estomago, una azumbre de vino, mas helado que si fuera deshecho cristal de los despeñados desperdicios de los nevados Alpes: porque vale tan barata la nie-

ve en aquel País, que no se tiene por buen Navarro el que no bebe frio, y come caliente. Menudeamos de tal suerte al sabor de las anguilas, y á la consolacion de la frescura de la bebida, que á estar mas en la venta de lo que estuvimos, obligabamos al ventero á que bebiera lo que beben los bueyes, hallando, quando entramos en su posada, un tonel lleno de lo tinto. Caminamos al caer el Sol, y toda la noche, por ser tierra tan calida, que no se puede andar por ella, sino es con mucho riesgo de salud, mientras dura la fuerza del Sol. Quiso mi desgracia, por barajarme el gusto que traía de la buena merienda, que á una legua de Tafalla, emparejando con una Ermita que está cerca del camino Real, ni sé si por ir lleno de sueño, ó por caminar cargado de vino, dí una caída de la mula abaxo tan feliz y venturosa, que sin rom-

romper la manga de la ungarina Polaca, ni la del jubon Napolitano, ni la de la camisa Española, me hice mil pedazos un brazo, ponerse la mula pequeña de cuerpo, y el camino llano y arenoso. Quedé yo el hombre mas contento de este mundo, de ver que mi caída no necesitaba de insignia; porque ¿qué mas gusto, que en qualquier tiempo digan los que vieren el revolcadero: *Aquí cayó un lobo Gallego*, que no: *Aquí mataron á un hombre, rueguen á Dios por él?* Llevaronme medio muerto á la Villa, y metiendome en una posada, en lugar de Cirujano, pedí que me traxesen de beber para pasar el susto. Traxo el huesped una cantimplora de vino frio, y el mozo de mulas un Cirujano caliente: y tratando primero de aplacar mi sed, traté despues de remediar mi brazo. Hallóme con un calenturon itomerario, y atribuyendo-

dolo al vino que en su presencia habia bebido, dixo, que si proseguia con tal desorden, que no tenia que ponerme en cura. Dile palabra de enmendarme, y de satisfacerle su trabajo, en virtud de lo qual me curó aquella noche, viniendome á visitar despues dos veces al dia. Coheché de tal manera al huesped, que apenas habia dado fin á una cantimplora llena de clarete y nieve, quando ya estaba otra apercibida, y puesta á enfriar. Deciame el Cirujano todas las veces que me curaba, que echára de ver si habia importado el reglarme en la bebida, pues cada dia iba mejor. Reímos yo y el huesped, dandole á entender, que bebia agua cocida. Al cabo de quince dias me hallé sano, y con fuerzas para ponerme en camino. Pagué al huesped; y despues de haber andado muy generoso con el Cirujano, le dixe, que la causa de

estar tan fuerte y animoso, y haber estado bueno con tanta brevedad, era por los milagros que había usado el vino conmigo, por ser yo tan devoto suyo, y por haberlo tenido siempre á mi cabecera. El me respondió: Lo que á unos mata, á otros sana. Y despidiendome de los dos, y saliendome aquella mañana de Tafalla, llegué á la tarde á la Ciudad de Pamplona, cabeza del Reyno de Navarra, frontera de Francia. Y queriendo entrar por una de las puertas de sus fuertes y altivos muros, se alborotó de tal manera la guardia que estaba en ella, por verme en trage Polaco, que me espanto, cómo no me dieron una rociada de balazos. Salió un Cabo de Esquadra con veinte y cinco Soldados, y todos con sus armas á recibirme, mas de guerra que de paz. Hicieronme poner pié en tierra, y cercandome, como

si fuera enemigo, me preguntaron, ¿que de qué Nacion era, qué oficio exercia, de donde venia, y donde iba? Yo temblando de verme entre tantas picas y arcabuces, despues de haber satisfecho al interrogatorio, les dixe, que mirasen que era Estebanillo Gonzalez, flor de la bacarandina, criado del Duque de Amalfi, y hidalgo muchísimo menos que el Rey, y que para que mas se satisfaciesen, les presentaria mi carta de creencia y executoria, protestandoles, que me diesen libertad, y me levantasen el sitio. Pero no siendo todo esto bastante para ablandar al Cabo de Esquadra, se determinó de llevarme delante del Conde de Oropesa, que era Virrey de aquel Reyno, y á quien yo traía las cartas de recomendacion. Llevé trás mí un batallon de gente popular, apellidandome á voces Espion. Llegué á Palacio con toda esta

ta escolta, y entraronme en el quarto de su Excelencia, habiendole primero enviado un recado con un page suyo el Cabo de Esquadra, de que habia preso á un Esguizaro Español por sospecha de espía. Llegué á su deseada presencia, por verme libre de aquellos Soldados del prendimiento; y despues de haberle hecho un rastreado de cortesías, le dí la carta, la qual leyó con mucho agrado, y riendose de ver con el recato y guardia que me habian traído; le mandó al Cabo que se volviese, que aquella espía era de paz. Y despues de haberse entretenido conmigo en saber el largo viage que habia hecho, sin haber podido dar un alcance á mi amo, mandó á su Mayordomo, que todo el tiempo que me detuviese en aquella Ciudad, hasta tener nueva cierta de embarcacion, que me diese ocho reales de racion

cada dia, que de presente hay Racionero de la Capilla Real de Granada, que hubiera trocado su racion por la mia. Hallabame siempre á su mesa, adonde saliendo siempre tripa horra, daba sepultura á los Mexicanos. Venian todas las noches muchos Caballeros Navarros, y particularmente Don Pedro Navarrete, á cortejarle y entretenerle, con quien yo chanceaba bravamente, y despues de venderles Bulas sin ser Quaresma, les contaba las mayores mentiras y embelecos que se pudieran imaginar; y para que no pudiesen comprobarse, acotaba haber sucedido en Alemania y en Polonia. Dabanme allí muy buenos baratos, y en sus casas muy caros y sabrosos claretes. Baxéme una noche á jugar á las pintas con un acemilero alentado, y encerrandonos los dos en su aposento, que estaba pegado á la caballeriza, á la luz de

una

una torcida, alimentada con aceyte, le gané todo quanto tenia, con tal rigor, que aun no tuvo dicha de que llegáse el naype á su mano: y colérico de su mala suerte, ó sentido de la pérdida que habia hecho, quitandome de las manos el libro desquadernado, me dió con toda la baraxa en mitad de los hocicos. Yo, acordandome de las leyes del duelo, por no quedar en nada cargado, aunque siempre lo estaba de vino, le dí tal sombrerazo en las asentaderas de los bigotes, que le dexé aplastadas las narices. Acudió con velocidad á un rincon á tomar su espada, y yo temeroso de que la hallάse, y me ahorrάse de venir á Flandes, apagué la luz, y dandole un soberbio candilazo sobre las espaldas, despues de haberlo hecho acemilero Manchego, quedó el pobre Estebanillo á escuras, y á puerta cerrada, y muerto de miedo;

do; pero dime tan buena maña á palpar la surtida, que primero dí con el cerrojo, que mi contrario con la tizona. Salíme á lo raso, y amparandome del cuerpo de guardia, llegó en mi seguimiento mi encandilado azeytero, con cinco palmos de herrusca, tan antigua que pienso que en su juventud la traxo el Cid en sus alforjas. Opusose á su impetu un Cabo de Esquadra, y despues de haberlo desarmado, sin haber tocado á la queda, y de darnos á cada uno media docena de cintarazos (que de esta mercancia suelen los Oficiales de ahora ser muy liberales); se hizo sabidor de todo el caso, y trató de hacernos amigos, no queriendo venir en ello mi rascador de mulas, hasta tanto que le pagáse el menoscabo de la ropilla, y el valor del candil. Pero yo, dando muestras de Principe Polaco, le dí doce reales de veinte que

le

le habia ganado; y llevandolo á él y al Cabo de Esquadra y á media docena de Soldados á la taberna del vino de Zaragoza, que está dentro del mismo Palacio; gasté los otros ocho reales que me quedaban de toda la ganancia, ahogando la pendencia, y poniendo en olvido los agravios. Tuve otro dia nueva de que habia llegado á San Sebastian la Marquesa de Torres en una Fragata de Dumquerque, de lo qual dí aviso al Virrey, y pidiéndole licencia para proseguir mi viage, me dió á la despedida un pasaporte, y una carta para Onofre Pastor, Maestre de Campo Reformado, y Gobernador de aquella Plaza, para que me hiciese dar embarcacion, y una ayuda de costa, como de mano de un Grande de España y Conde de Oropesa. Salí de la Ciudad de Pamplona con una mula y un criado; y despues de haber pasado los confines

del Reyno de Navarra, entré en la Provincia de Guipuzcoa, que aunque es País no barato, es muy regalado y ameno de variedad de arboledas. El segundo dia, y postrero de mi viage, á persuasion del criado, quizá por ir él á caballo, bebí una poca de sidra, por hacer gran calor, y decirme que era buena para refrescar; pero apenas la habia embasado por mi daño é ignorancia en la cueva de mi barriga, empezó á tener alborotos con el vino que estaba adentro, y andar á puñadas el uno con el otro, sintiendo yo, bien contra mi gusto, la batalla y el combate; ¿pero qué menos me podia suceder con bebida, cuyo propio nombre es Zagardoa, que mal azagaya de tiren al ladron que tal me hizo beber? Al fin, como en muchos Reynos y Señoríos me han dado Emperatrices, Reynas y Damas de calidad, muchas ayudas de costa, en esta

ta

ta Provincia la señora Doña Zagarduna, Marquesa del Real de Manzanares, me honró con hacerme ayuda de cámara y escudero de á pié, pues todo el camino fui á pata con los calzones sueltos y en las manos, y haciendo á cada veinte pasos una parada: llegué, sobre tarde, á San Sebastian debilitado, lacio y despeado: y para alivio del mal que habia padecido, la primer nueva que me dieron, fue, que la Fragata que habia venido de Dunquerque se habia partido para la Coruña: mas para conmigo *todos los duelos con vino son menos*, y es el que me mata, y da vida. Acudí al remedio, y entrandome en una posada, me traxeron un vizcocho y una azumbre de lo de Rivadavia, el qual, por ser mi paysano, me sosegó la tormenta de la barriga, y fue causa de poderme poner las agujetas. Y sintiendome un poco mas aliviado,

fui á llevar la carta del Conde de Crepesa al Gobernador de aquella Plaza, el qual me dixo, que el dia que supiese que habia alguna embarcacion para Flandes, que le avisáse, que al punto me haria embarcar; y que si se me ofreciese alguna cosa, que acudiese á su casa. Con esto me despedí, y yendome la vuelta de mi posada á tratar de la convalecencia de mi desgracia, encontré con dos Soldados de los Países Baxos, qué me habian conocido en ellos, el uno Alferez, y el otro Sargento, los quales habian sido prisioneros en la batalla de Rocroy, y se habian huído de la prision, y estaban aguardando pasage para volverse á sus Compañias: y despues de habernos saludado, les supliqué se quedasen aquella noche á cenar conmigo: en cuyo combite me contaron su larga prision, y el modo que tuvieron para librarse; y llegar á gozar

zar de la amada libertad. Quedamos aquella noche de concierto de hacer camarada, supuesto que todos eramos de una Nacion, y haciamos un mismo viage. Estuve treinta dias en esta Villa, gastando lo que tenia, y sin tener socorros, como en las demás partes donde habia estado. Asistiales á mis camaradas Don Diego de la Torre, Secretario que habia sido de Estado y Guerra en los Estados de Flandes. Al cabo de este tiempo hallamos un Baxél Hamburgués, que iba á Olanda, con el qual concertamos nuestra embarcacion por muy poco dinero, y del remanente qué á mí me habia quedado compré siete mil limones, con intencion de venderlos donde llegáse á tomar puerto, y quatro doblar el caudal; pero hice la cuenta sin la huespeda. Hicimos una muy buena provision, asi de comida como de bebida, la qual juntamente con

con los limones llevamos al dicho Baxél; y echando la bendicion llegá la tierra, tomamos quieta y pacífica posesion de él.

CAPITULO VI.

En que prosigue el viage que hizo á Flandes: los naufragios que le sucedieron en el camino, y los palos que le dieron en Inglaterra: la llegada á Brusellas, y la despedida para Nápoles.

Salimos de aquel Puerto con favorable viento, y con esperanza de tener feliz viage: y el primer dia, por tener conociencia y amistad con el Patron y Marineros, donde fueron tantos los brindis, que si con cada uno caminára mos un quarto de legua, llegáramos aquella noche á Dunquerque. Dimos todos tres camaradas valien-

tes nuestras, mientras duró la bonanza de alentados, fuertes y briosos; pero al cabo de dos dias nos sobrevino tan fuerte borrasca, que deshicimos la pompa, y hechos unas madejas, nos tendimos como atunes. Tardamos veinte y cinco dias en solo tomar la canal, habiendo desde San Sebastian á la boca de ella no mas de ocho ó diez leguas. En esta canal, que he tirado, trás de todos nuestros infortunios y trabajos, nos faltaron los bastimentos, así á nosotros como á los Marineros. Aquí fue donde de todo punto aborrecí el agua, y donde acabé de confirmar por insensatos á los hombres que pueden caminar por tierra, comiendo quanto quieren, y bebiendo quanto gustan, y ponerse á la inclemencia de los vientos, al rigor de las ondas, á la furia de los piratas, y finalmente poner sus vidas en la confianza de una débil tabla,

sin considerar el peligro de un escollo, el riesgo de una Sirte, y el daño de un baxío, el temor de un banco, el sobresalto de una playa, y la soberbia de una bestia fiera e indomita; y que le basta ser muger para ser mudable y voltaria. Viendo la muerte á la puerta, y la hambre dentro de casa, animé á mis compañeros, y diciéndoles: *De paja ó heno el vientre lleno*; los baxé abaxo, y dando en los limones, como si estuvieran en conserva, cortabamos la cólera á todas horas, aunque teniamos bien poca; los quales nos servian de principios y postres. Tratamos todo el dia las bocas agrias, las barrigas acedas, y los dientes afilados y de un palmo, y á las noches cerrabamos con una docena de toneles de vino, que llevaba el Patron, con que quedabamos confortados. Y por irse pudriendo mis li-

monés, los iba trocando con una gran cantidad que llevaban los Marineros, y creciendo y multiplicando la mia. Pero viendonos el Patron tan alegres y regocijados, y estar todo el dia y la noche debaxo de cubierta, sin lamentarnos de la hambre y sed como todos los demas lo hacian, y considerando que no eramos cuerpos santos para pasarnos de milagro, baxó abaxo, y haciendo visita general, nos descubrió la flor, y nos mandó subir arriba. Pero anduvo tan bizarro, considerando á lo que obliga la necesidad, que nó se dió por entendido, ni nos hizo cargo de nada de lo que le faltaba; pero de allí adelante nó nos dexó entrar debaxo de cubierto, con que nos helábamos de frio, y nos ahilábamos de hambre, soplando siempre un viento contrario para acabarnos de acomodar. Estando ya desahuciados de todo reme-

dio, dando bordos, llegamos una tarde á dar fondo en Valmur, uno de los mejores Puertos de Inglaterra. Saltamos en tierra, y nos entramos en una taberna; y como si fuera noche de Carnestolendas, ó se casára alguno de nosotros, toda la noche, ó la mayor parte de ella se nos fue en satisfacer las muchas que habiamos pasado malas, sin haber á las ultimas rociadas ninguno que se acordáse de las tormentas, ni de las calamidades pasadas. Venida la mañana, desembarcamos todos los limones, y los llevamos á vender á una Villa, que está á una legua de este Puerto, y en una de las mas ricas posadas tomamos un aposento, y llevando con nosotros una gran partida de ellos, dexamos los demas encerrados. Fuimonos á la plaza, adonde pasamos plaza de marchantes de agrio, y á medio dia nos regalabamos como Mer-

ca-

cadantes de dulce. Dspachamos aquel dia todos los que sacamos al mercado; y volviendo á la noche á nuestro aposento, hallé que me habian hurtado mas de la mitad de los que habia dexado: y como si estuviera en tierra del Rey de España, y tuviese á mi lado al Duque de Amalfi, mi amo, que me defendiese, empecé á luzir la posada á voces, y á llamar perros, ladrones, luteranos al huespede y á sus criados: á lo qual ninguno me respondia, por no entenderme. Llegó el Sargento á mí: y viendome tan colérico y desbaratado, pues braveaba en tierra agena, y con nacion contraria á nuestra Fé, me dixo, que callase, porque habia muchos en aquel Reyno, que sabian hablar Español, y que si alguno llegáse á entender lo que les decia, que me matarian á palos: pero apenas fue dicho, quando fue hecho, porque habiendome oido un Ingles

glés Español ado todos los nombres de las fiestas que les habia dicho, dió cuenta á quantos estaban en la posada; y tomando cada uno el palo que halló mas á mano, me dieron mas leñazos, que limones me habian hurtado. Y no contentos de haberme medido de arriba abaxo infinidad de veces, y de no dexarme hueso que me quisiese bien, nos llevaron á todos tres á una jaula de hierro, que estaba en mitad de la plaza, y encerrandonos en ella como á papagayos, nos dexaron á escuras, y al resistero del viento. Alli purgamos los buenos pastres que nos habiamos dado, y alli temimos, siendo en tierra, mas que todos los peligros que habiamos pasado en la mar. Estuvimos toda la noche haciendo consultas, y á la mañana amanecimos arrecidos, por ser cerca de Navidad, y tramidos de sed y hambre. Llegabanse á vér quan-

los pasaban por cerca de la jaula, y en lugar de preguntarnos, como estás loro, nos decian, infames Papistas y espiones, y otros favores á este tenor. Acertó á pasar un Caballero de aquella Villa, que su persona daba muestras de serlo, el qual nos saludó en Latin; y yo tomando la taba, y soltando la tarabilla, sin darle lugar á que nos hiciese ninguna pregunta, le estuve latinizando mas de média hora, contandole nuestro viage, y causa de la pendencia, y mollizna de palos, y encerramiento de jaula: y humillandome ante él, le mostré todos mis papeles, y le supliqué, que tuviese compasion de nosotros. El qual, enternecido de ver con la poca razon que nos tenian de aquella suerte, fue, y habló á la Justicia, y volviendo con un Ministro de ella, nos hizo abrir la puerta, y sin decirnos nos, nos salimos de la jaula, y nos pusimos en la cal-

lle los tres paxarotes. Agradecimos al Caballero la merced que nos habia hecho, y vendiendo los limones que nos habian quedado en junto, salimos de la Villa mas recios que jarras. Llegamos á la Marina, adonde hallamos el Baxél con mucho espacio, y sus Marineros con mucha flema, y dos Fragatas de Dunquerque, que forzadas del mal temporal habian llegado á dar fondo. Viendo que estaban medio de partida, y que el dinero iba boqueando, nos determinamos de embarcarnos en ellas, y llegando á hablar á los que venian por Cabos, me llevaron á mí á la una, y mis camaradas á la otra. Salió la mia dia de Navidad del año de mil seiscientos y quarenta y cinco, y en corso contra Olandeses, Franceses y Portugueses. Iban todos deseando hallar ocasion en que mostrar su esfuerzo, y dar un filo á sus uñas, y yo rogando

á Jesu-Christo, que por su bendito Nacimiento no tuviesemos fortuna de llegar á descubrir vela, aunque fuera de cera. Pero el segundo dia nos fue fuerza pelear con un Baxél Olandés, y despues de habernos peloteado mas de una hora, se fue á pique, salvandose la gente. Tomamos la derrota la vuelta de Bretaña, andando á caza de Baxeles Franceses, y en encontrandolos, poniamos vandera Francesa; y de la misma suerte, en encontrando Baxeles Olandeses, poniamos vandera Olandesa. Llegamos á la Costa Bretona, donde cada dia andaba el diablo en Castillana, y se batia muy bien el cobre. Si el Baxél que encontrabamos era fuerte, huiamos como galgos, y todos muy tristes, y yo reventando de alegria, y en siendo debil, y de poca defensa, cerrabamos de tropa á cayga quien caye-

re. Y yo, por no dar alguna mala caída, me metia debaxo de cubierto, y en estando pasada la borrasca, subia á saber si era presa de vino: y en siendolo, peleaba yo solo mas que todos, pues mientras los Marineros, se chupaban media docena de potes, me chirriaba yo una. Anduvimos muchos dias, unas veces huyendo por reconocer ventaja, convertidos los mas valientes en temerosas liebres, y otras veces dando alcances, por ser nosotros mas fuertes, transformado el mas cobarde en invencible Leon. Al fin, habiendo echado algunos Baxeles á fondo, y cogido presas de importancia, nos volvimos la vuelta de Flandes, ayudados de un Poniente favorable. Era una alegre fiesta de caramesa el vernos, quan bien lograbamos los ratos desocupados que teniamos, porque como el vino no nos habia costado nada, bebiamos todos á dia

cracion; y el mal humor que yo gastaba, quando llegabamos á embestir, le trocaba á este tiempo en chançear, y en ayudar á las faenas, no á las de los arboles y velas, sino á las de remojar los tragaderos. Eran siempre mas largos estos oficios que los del Sabado Santo, y á la tarde veniamos á estar todos iguales, y á caer unos sobre otros: al fin vida de cosarios, y muerte de pasageros. Viniendo un dia todos muy alerta por la Costa de Francia, al tiempo que emparejamos con Culés, nos salieron á dar alcance dos Baxeles Olandeses, los quales, mas por fuerza que por grado, nos hicieron meter en Dunquerque, contra la voluntad del Capitan de la Fragata, que no contento de lo pasado, aun todavia queria probar su ventura; mas yo, viendo quan buena habia sido para mí el haber dado fin

á mi viage, salté en tierra, y me entré en la Villa. Y como otros buenos Christianos se vàn derechos á la Iglesia, yo me fui derecho á una taberna, y no metiendo en ella mas de quatro reales, empecé á pedir y á gastar como si fuera cargado de doblones, en confianza de hallar amigos ó conocidos, porque mi oficio es unas veces barco lleno, y otras barco vacio.

Estuve allí unos dias refrescando y descansando, y á la partida el Maestre de Campo Don Fernando Solís me dió con que pagar el gasto que habia hecho, y con que venir hasta Nieporte, adonde Salvador Bueno, Gobernador de aquella Plaza, me amparó, y ayudó para el camino. Llegué otro dia á Brujas, adonde me vestí á lo Polaco, y por ser Carnestolendas, y trage ocasionado, faltó muy poco de no apedrearme. Pasé de allí á Gante, en cuyo Castillo hallé todo regalo y aga-

agasajo; y al cabo de dos dias hicé mi entrada en Brusellas, que fue el segundo dia de Quaresma, adonde fuí muy bien recibido de mi amo, haciendome la merced que siempre me ha hecho, y gozando en su Palacio de la generosidad que siempre he gozado. Fuí á visitar á los demás Señores, en quien hallé la misma grandeza, y aun mas que antes, y con mas quilates aventajadas las dadivas. Llevaba tambien trás mí sus poquitos de muchachos, porque imagino, que no se ha visto trage mas mirado, ni hombre mas perseguido que yo con él: y yendo á ver á mi Dama, para mudar de vestido, me dixo el mercadante, adonde la habia dexado, que á pocos dias de mi partida se habia ella echado al mundo, por quitarse de malas lenguas; y que todos mis vestidos los habia vendido ó empeñado, sin haber dexado cosa ninguna en su casa.

Fui-

Fuime á la de su tia, la qual me recibió con mil zalemas, y me dixo, que en aquel instante acababa de salir de allí su sobrina, y que estaba como un Angel, y que deseaba volver á mi poder, y que la habia estado mas de una hora persuadiendo, para que me fuese á hablar, y dar un recado muy amoroso de su parte, y á discurparla del yerro que habia hecho: y que el haberse hecho tan miserables los hombres para con las mugeres, la habia obligado, por verse en necesidad, á enagenarme la ropa que le habia dexado á guardar. Yo dixe, que al punto le enviaria la respuesta de todo lo que me habia dicho por escrito, para que se la diera á su sobrina. Y despidiendome de ella, me entré en casa de un amigo, y tomando recado de escribir, le compuse un Romance, que decia de esta suerte:

Ma-

MAdama Doña Escotofia,
Ya no mas, por no ver mas,
Puesto que hasta aqui he querido
Cantar mal, y porfiar.
Ya, mi Reyna, no me atrevo
Sufrir mas, por querer mas,
Porque agravios por finezas
Es ya moneda usual.
Esa zalema á los Moros,
Ese tus tus á otro can,
Esas flores á otro Mayo,
Esas chanzas á otro Bras.
Lleve el Favonio suspiros,
Lleve lagrimas la mar,
Y lleveme á mi el diablo,
Si vos me engañáreis mas.
Por vuestra causa he quedado
Retrato, del Padre Adán,
Siendo en Corte, por lo menos,
Polvo, á no poder mas.
Vos, Señora, habeis tenido
Mas conchas que no un Caimán,
Mas cautelas que un Sinon,
Mas pleytos que una Ciudad,
Mas entradas que no un Reyno,

Mas

Mas salidas que un Lugar,
Mas visitas que una Audiencia,
Mas aplauso que un mordáz;
Mas encuentros que los dados;
Mas ofrendas que un Abad,
Mas vuelcos que tuvo Troya,
Mas tiros que tiene Oran:
Mas que Angelicas traspuestas,
Mas disputas que una paz,
Mas cebo que un pescador,
Mas uñas que un gavilan.
Y si mas llegare á veros,
Quando juege, y diga mas,
Ruego al Cielo que en castigo
Diga topo, y eche azar.

Hicelo un villete, y despues de haberlo cerrado, se lo envié con un muchacho á la tia, echandoles á los dos la bendicion para siempre. En este tiempo mi amo, por verme en mi trage, y hacerme dexar el ageno, me hizo una pura mancha el vestido Polaco en un banquete; pero al cabo de

dos

dos dias salí á su costa hecho una parte de plata. Y por hacer alarde de la nueva gala, me fui al salon de Palacio; y andandome paseando por él, me acordé de haber leido, como en aquel mismo puesto el invencible Emperador Carlos V. por hallarse enfermo de la gota, y fatigado de los trabajos de la guerra, hizo renunciacion de su Imperio y Reynos, y se fue á Yuste á retirarse, y á tener quietud. Y queriendo aprovecharme de tan grandioso exemplar, por verme enfermo del mismo achaque, y fatigado de los trabajos de la paz, y porque se me va pasando la juventud, y el que me voy acercando á la vejéz, propuse de abreviar con mas eficacia para irme á retirar, y á tener sosiego en aquel ameno y delytoso Yuste de la gran Ciudad de Nápoles, Metropoli de todas las grandezas, maravilla de maravillas, cuyos montes son dulces

olvido de los hombres, cuyos campos son prodigios ostentosos de la naturaleza, cuyo celebrado Seveto es emulacion del Xanto, y competidor del Patheolo, su muelle asombro del pyramidal coloso, sus Templos desperdicios del de Efeso, sus Principes y Señores el symbolo de la lealtad, la congregacion del valor, el centro de la Nobleza, el Sol de toda la Europa, y la flor de toda la Italia. Para cuyo efecto traté al instante de hacer este libro, por hacerme memorable; y porque sirva de despedida de mi amo y Señor, para que como tan gran Principe, viendo que es cosa justa lo que le suplico, en premio de lo que le he servido, acordandose de la palabra que me dió despues de la batalla de Tionvila, me dé licencia para retirarme á disponer de la merced que su Magestad me hizo á la fertil vega Napolitana, teniendo mi celda en el

San Yuste de su Ducado de Amalfi. Y estando en los ultimos pliegos de esta obra, llegó á esta Corte la funesta y infeliz nueva, de como á la Magestad Cesarea de la Emperatríz María habia sido Dios servido de llevarla á mayor Imperio, para que trocase la corona que tuvo en esta vida por la corona de la Gloria; cuyo justo sentimiento me inundó el corazon de suspiros, y de llantos los ojos; porque en oir un tan tierno malogro y tan acelerada partida, ¿qué diamante no se ablandára, ni qué risco no se enterneciera? Y soy tan por todo extremo infelice, que siempre á una pena me sigue otra pena, á una desdicha otra desdicha: pues habiendo tenido suerte de servir á un tan gran Principe, como fue su Alteza Serenísima el Infante Cardenal, que en campos de zafir pisa tapetes de luceros, al tiempo que mas me amparaba

y asistía, por ser perla del Nacar de la divina Margarita, se lo llevó el Cielo para que en él fuese celestial rubí: y quando con toda liberalidad y grandeza la Magestad Real de la hermosísima Reyna de Polonia me honraba y favorecia, trocó el Reyno estable por el eterno: y ahora de presente la Emperatríz del Orbe, Reyna de la hermosura, la Princesa de las flores cuya belleza era sobre humana, y cuyas virtudes eran divinas, porque gustaba de hacerme merced, y de ayudarme con generosa mano, dexando á Alemania en un eterno caos, y á España en una confusa tiniebla, se ha partido á ser luz del Sol, y Querubin entre los Querubines: de modo que para que á mis tormentos no haya humana resistencia, me han faltado de quatro años á esta parte tres columnas invencibles, tres Deidades milagrosas, y tres floridos pimpollos de la

Casa de Austria, que han
fante de España, herma
deroso Rey; una Reyna
muger de tan gran Monarca,
mana de un Emperador; y una
peratríz de Alemania, muger de un
Emperador del Orbe, y hermana de
un Rey de España, y de una Reyna
de Francia: de suerte, que hoy me
hallo tan huerfano y solo, que ya no
tengo á quien volver los ojos, sino es
á mi Rey y Señor, y á mi antiguo
dueño el Excelentísimo Duque de
Amalfi, que á no estar debaxo de su
amparo, y no hallarme tan obligado
como me hallo, á tanto favor y mer-
ced como me ha hecho y hace, me
hubiera forzado el sentimiento de es-
ta ultima muerte á irme á un desierto
á hacer penitencia, ó á un oculto y
encumbrado monte, para que entre
sus soledades me acabasen las melàn-
colías que me afligen de la presente

desdicha. Y por dar muestras de agradecido á tantos y tan grandiosos beneficios como de su Magestad Cesarea habia recibido, compuse á su muerte los siguientes versos:

QUando lleno de albores
Entró el jurado mes, Rey de las flores,
Prestando á los jardines
Ayenidas de rosas y jazmines,
Y dando á los vergeles
Lluvias de lirios, flotas de claveles:
La flor mas olorosa,
La mas purpurea y refulgente rosa,
Que pasó de Castilla
A ser del Sacro Imperio maravilla:
La que al Sol al miralla,
Le presentó victoria, y no batalla:
La Emperatríz Maria;
Risa del Alva, y explendor del dia,
Tragico golpe quiso
Transformarle el laurel en ciprés;
Porque en tal desventura
Nos faltase la luz, y la hermosura.

Ja-

Jamás creyó su Athlante,
Que se eclipsára Sol tan rutilante,
Ni que de fiera Parca horrenda huella
Se atreviera á menguar Luna tan bella.
De hoy mas no dén las flores
Fragrancias de odoriferos olores,
Ni tenga el mar bonanza,
Ni se vistan los prados de esperanza:
Sea todo agonía,
Pues le faltó al Imperio el alegria,
Hinchendose con llanto muy profundo
De sentimiento y luto todo el mundo.

GLOSA.

Aprended flores de mi,
Lo que vá de ayer á hoy;
Que ayer maravilla fui,
Y hoy sombra mia aun no soy.

PUrpureos claveles rojos
Fueron mis facciones bellas,
Todas racimos de Estrellas,
Todas Soles á manojos:
Mas ahora son despojos,

Y no aquello que antes fui,
Pues deshojó el alhelí
La parca de mi hermosura:
Y asi de tal desventura,
Aprended flores de mi.
Ayer me vió la campaña,
Dando á sus flores olor,
Muger de un Emperador,
Y hermana de un Rey de España:
Y hoy un golpe de guadaña
Me ha postrado adonde estoy,
Y aquello que fui, no soy,
Ni puedo volver á ser;
Con que podrá el mundo ver
Lo que vá de ayer á hoy.
La corona de mi frente
Tuvo ayer muy gran valía,
Por ser Reyna de la Ungria,
Y Emperatríz del Oriente:
Por rosa resplandeciente
Tal bien ayer merecí;
Mas como mortal nací,
La parca cortó mi sér,
Sin respetar, ni temer,
Que ayer maravilla fui.
Infanta nací en la cuna,

Y en mi juventud hermosa
Vine á ser Reyna, y Esposa
De un Sol, de quien fuí la Luna:
Tributóme la fortuna,
Y ahora feudos le doy,
Y aunque en urna Real estoy,
Me sirve de desconsuelo,
Que ayer me ví Sol del suelo,
Y hoy sombra mia aun no soy.

Ya me parece, amigo Lector, que será justo el dar fin á este volumen; porque no sería razon, trás de tanta pena y sentimienio, escribir cosas de chanza, quando hubiera materia para ello; y así me perdonarás el haberte dado el postre en tragedia, pues harto me holgára yo, y toda la Christiandad, que su Magestad Cesarea se gozára siglos de siglos, y darte, en lugar de sus epitafios fúnebres, una docena de romances alegres. Y asi culpa á la muerte, y no á mi pluma; pero porque te quedes sa-

saboreando con la miel del bureo, y no lloroso con el trágico fin, porque sea postre agridulce como granada, hice una despedida de mi amo, y de todos los Señores y Damas de esta Corte, advirtiendote, que me ha costado harto trabajo, porque su compostura es la mas dificil que hasta hoy ha salido, por ser romance sin una letra vocal, que es la *O*, con ser la mas necesaria de todas cinco, que es el siguiente:

INsigne Duque de Amalfi,
Cuya fama á Italia ilustra,
Y ella ufana á tus laureles,
La da palmas á la pluma:
Fuerte Alcides de Alemania,
Cuyas Deidades Augustas
Y Aguilas sacras rapantes
Las preservasteis de injurias:
Valiente Anibal de Flandes,
Pues en su primera angustia
Le sacasteis invencible
De las tinieblas escuras:

Es-

Esteban se parte á Italia,
Y antes de partir renuncia
El alegria y la chanza,
Y la gala de la bufa.
A V. Excelencia suplica,
Le dé licencia, si gusta,
Pues que sus males y achaques
La muerte y vejéz anuncian.
Brusellas, quedad en paz:
Damas, Deidades purpureas,
De cuya beldad se saca
Quinta esencia de luz pura,
A reverder en el valle,
Pues ya mi merced se afufa
A tener casa de naypes,
Y á vivir de garatusa.
Principes, Duques, Marqueses,
Mi viage se apresura,
Y el partirme es para siempre,
Y la vuelta para nunca.
El fin de mis caravanas
Anhela, y pide pecunia,
Que es la bella entretenida
Sanguijuela, que lo chupa.
Valiente y fuerte Milicia,
Cuya infernal barahunda

Me hace temblar cada dia,
Y guardar muy bien la nuca,
A mi partida haced salva,
Pues sabeis mis cancamusas,
Y que en campaña de Requiem
Nunca estuve de Aleluya.
Burgesia, ya se ausenta
Esta tremenda figura,
Que de lamparas y tazas
Fue tarasca, y fue lechuza.
Quedad en paz y quietud,
Galeazas de la chusma,
Polillas de la salud,
Venteras de carne cruda.
Muy huerfanas quedareis
Bellas y amenas bayucas,
El alma queda en rehenes,
Ya que el cadaver se muda.
Mis niñas en esta ausencia
Darán vertientes de zupia,
Que si es muerte el ausentarse,
Lagrimas dén à sus urnas.
Si al que se muda, Jesus
Siempre le ampare y le ayude,
Buen viage y buen pasage,
Pues que ya pinta la uva.

TA-

TABLA

DE LOS CAPITULOS

que se contienen en este segundo Tomo.

CAP. I. *En que declara la vuelta que dió á los Estados de Flandes sirviendo de correo: y lo que le sucedió en el socorro y batalla que dió su amo en Tienvila: y de como fue recibido en el servicio de su Alteza Serenísima el Infante Cardenal; y otra mucha variedad de sucesos*, pagina 1.

CAP. II. *Donde prosigue el fin que tuvo la referida mascara: la salida que hizo á campaña, quando se sitió Arrás: el chiste que le sucedió con un vivandero: lo que pasó á la retirada con*

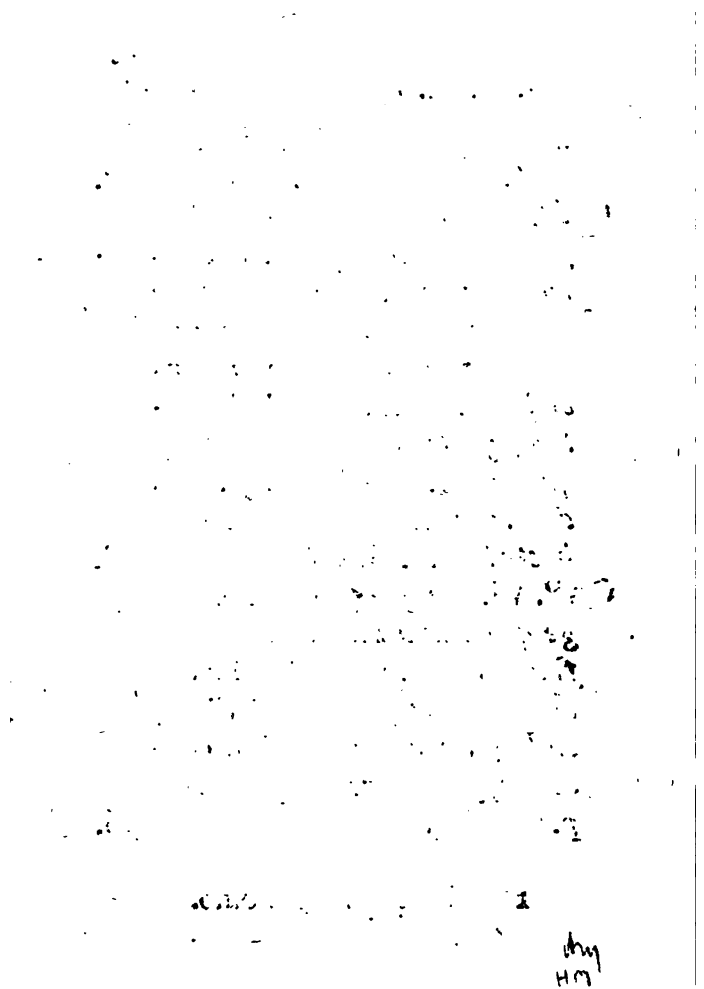
con su Dama, y la nueva campaña de Ayre: enfermedad y muerte de su Alteza; y su partida á Alemania en busca de su amo el Duque de Amalfi, pag. 46.

CAP. III. *En que prosigue el fin que tuvo aquel sitio, y del viage que hizo al Reyno de Polonia, y de lo que le sucedió á la vuelta en la batalla de Lipsic que dieron los Imperiales á los Suecos, y un reencuentro que tuvo con un trozo de vivanderos, y de la vuelta que dió á Flandes, y despues al Imperio*, pag. 95.

CAP. IV. *En que cuenta el segundo viage, que hizo al Reyno de Polonia: el desafio que tuvo con un Estudiante Polaco: la llegada á Viena y partida á Italia, lo que le sucedió en el camino con un Capitan Ale-*

Aleman; *y los viages que hizo á Roma y Napoles, hasta llegar á España*, pag. 225.

CAP. V. *En que prosigue su llegada á España, y de dos ridículos casos que le sucedieron con una moza de posadas y un moderno Ingeniero: de la merced que le hizo su Real Magestad, y de un nuevo galanteo que le sucedió en ella; y de los demás acaecimientos que tuvo hasta llegar á San Sebastian*, p. 188.

CAP. VI. *En que prosigue el viage que hizo á Flandes: los naufragios que le sucedieron en el camino, y los palos que le dieron en Inglaterra: la llegada á Brusellas, y la despedida para Nápoles*, pag. 256.

Fin del segundo Tomo.